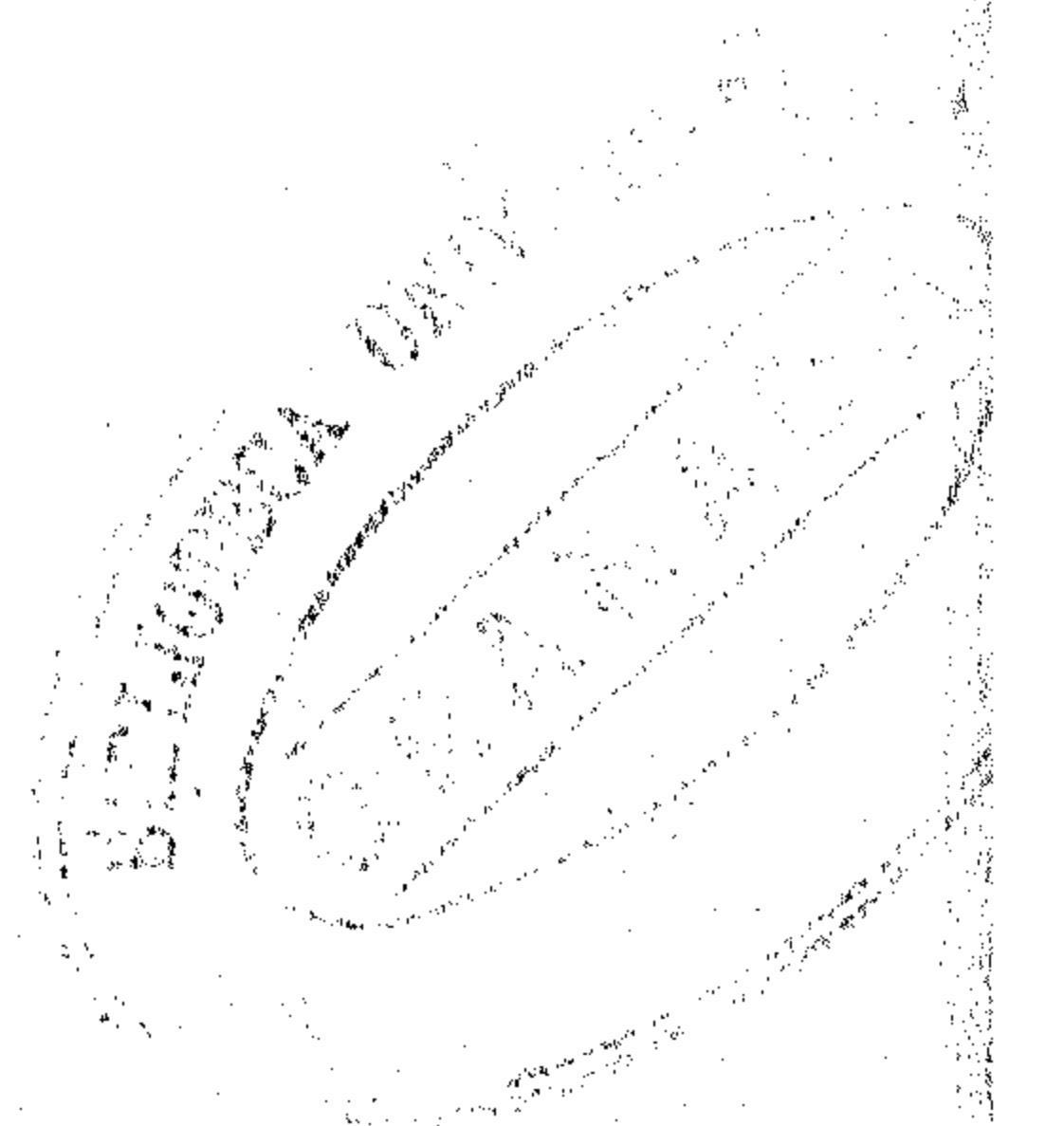




LA ATLÁNTIDA



R. 5012

R. 5012

LA  
ATLANTIDA

POEMA ESCRITO EN CATALAN

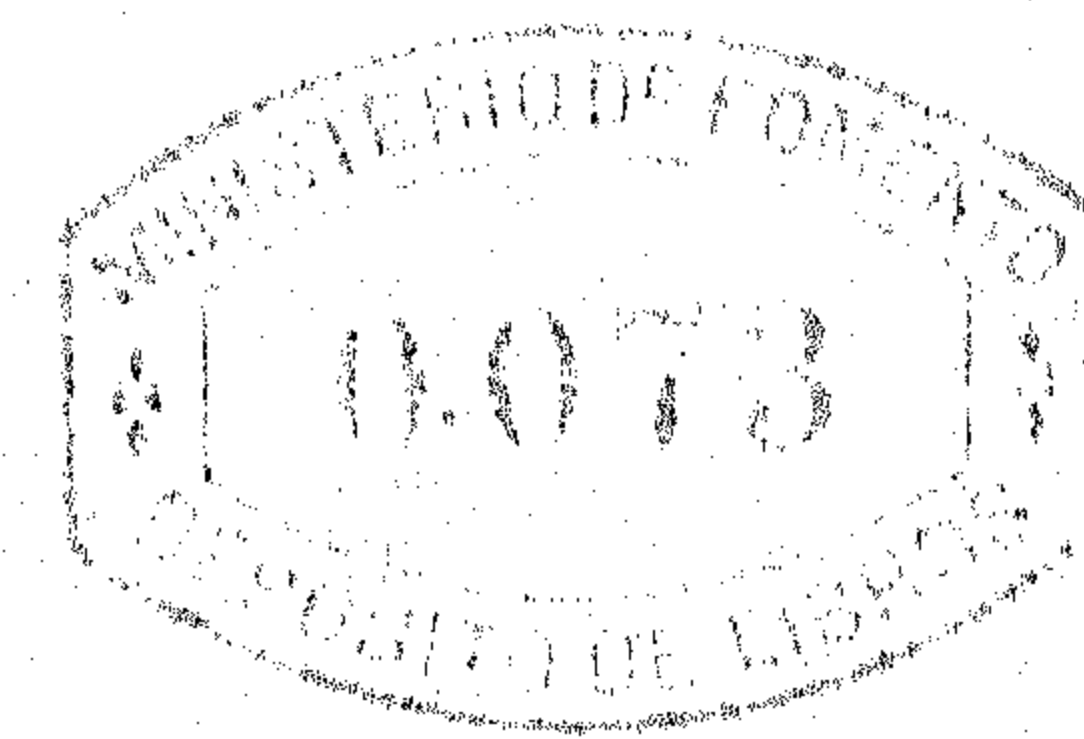
POR D. JACINTO VERDAGUER

y

*Traducido en verso castellano por*

D. FRANCISCO DÍAZ CARMONA

Catedrático de Geografía é Historia en el Instituto de Ciudad-Real.

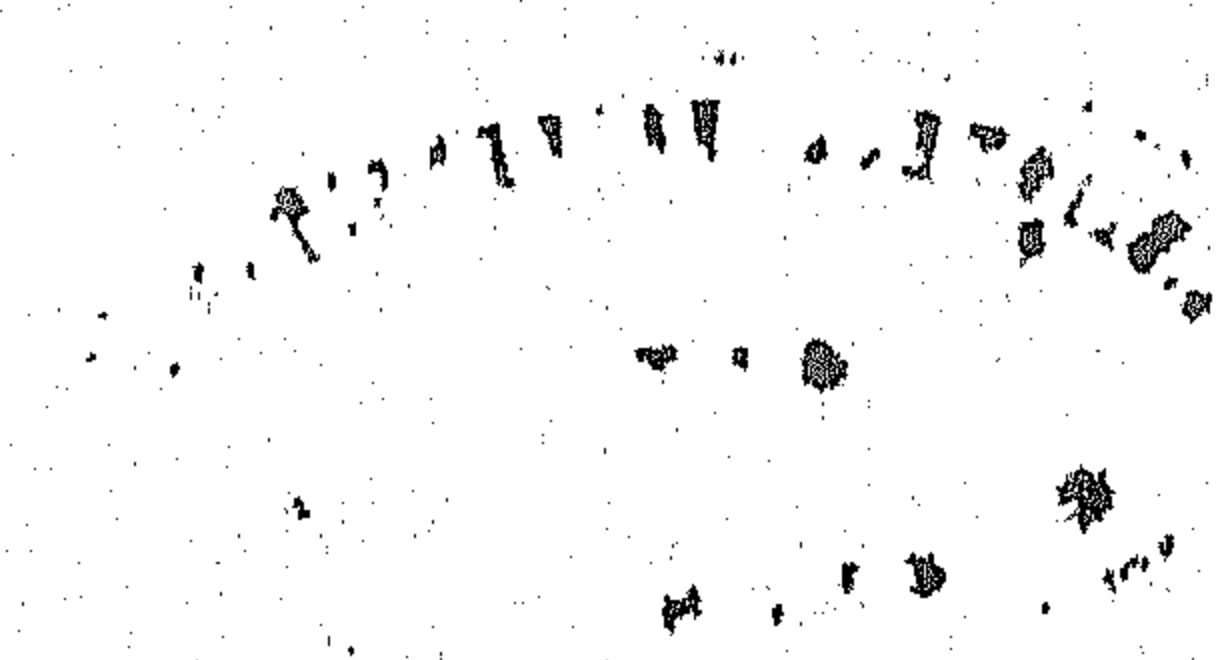


MADRID

TIPOGRAFÍA GUTENBERG

Calle de Villalar, núm. 5.

1884



AL EXCMO. SR.

Dr. D. Juan de Dios de la Rada y Pelgajo

Individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de Nobles Artes de San Fernando, Director de la Escuela superior de Diplomática, etc.

*Mi querido amigo: A los excelentes consejos de V. debo el que esta obrilla salga purgada de muchos defectos, que sin duda habrían pasado inadvertidos para mí; y descoso de manifestarle mi gratitud, tanto por esto, cuanto por el generoso estímulo con que me ha alentado á publicarla, me atrevo á dedicársela, sintiendo sólo que la escasez de mi ingenio no me permita ofrecerle cosa de más valía. Sea esto, sin embargo, prueba del sincero afecto que le profesa su agradecido amigo*

*Francisco Diaz Carmona.*



## ESTUDIO SOBRE LA ATLÁNTIDA

### I

El poema cuya traducción en versos castellanos me atrevo á dar á la estampa, disfruta ya de celebridad europea. Sea cual fuere el rango en que definitivamente le coloque la posteridad entre las obras del ingenio humano, lo evidente es que no pertenece á aquella clase de libros que brillan un momento y mueren, fugaces como el relámpago. Las mismas controversias que suscitó al aparecer, dan claro indicio de la potente y enérgica inspiración á que debe su origen; pues sólo aquello que pasa de las fronteras de lo vulgar y ordinario, tiene el privilegio de atraer las miradas y despertar la atención y el estudio de todos.

Esto es precisamente lo que ha sucedido con *La Atlántida*, la cual debía producir y produjo de hecho vivísima impresión, ya por causa del asunto, ya por los medios que para desenvolverlo empleó el poeta.

En cuanto al asunto, difícil es concebir otro más grande y adecuado para inflamar la inspiración hasta el punto de que sólo el imaginarlo, y más aún el intentarlo, y más, mucho más el ejecutarlo, son inequívocas pruebas de ingenio varonil, vigoroso y creador. Trátase de una gran catástrofe sumergida entre las nieblas misteriosas de lo pasado; pero de tal manera

olvidada, que apenas quedó de ella á la posteridad levísimo vestigio en vagas tradiciones, suficientes sólo para encender la fantasía y estimular su vuelo por el campo de las ficciones.

Un inmenso continente que se anega de pronto bajo las olas tumultuosas del mar, como se va á fondo un navío abierto en dos mitades, una civilización que perece, reinos que se hunden con sus tronos y sus sepulcros, islas y continentes, dormidos hasta entónces bajo las olas, que brotan á flor de agua para recoger como en herencia los restos de ese mundo que muere... Tal es el asunto que, surgiendo de repente ante la privilegiada fantasía del Presbítero catalán, ha dado origen al poema que hará famosa su memoria. ¡ La Atlántida ! Este nombre, poético de por sí, había pasado á través de los siglos envuelto entre los misterios de la cólera divina y las nieblas de una tradición remotísima, y á él iba enlazado el recuerdo de imperios vastos y de florecientes civilizaciones, sumergidos de pronto bajo las olas del mar, con sus tronos, sus reyes y sus ciudades.

Eco lejano ya de esta catástrofe era la voz de Platon cuando recordaba que en tiempos remotos hubo más allá del Estrecho de las Columnas una isla mayor que la Libia y el Asia, en la cual reinaban reyes de grande y maravilloso poderío, que tenían bajo su dominio otras muchas islas y algunas partes del continente; y que en un solo día, y en una sola noche fatal, desapareció bajo las aguas del Océano <sup>1</sup>.

Esa isla, que por una parte extendía su dominación sobre la Libia hasta el Egipto y sobre la Europa hasta Tirrenia, estaba por la opuesta en comunicación con un vasto continente desconocido; siendo como el puente por donde se comunicaban entre sí las diversas partes del globo.

<sup>1</sup> Véanse los diálogos de Timeo y Crisias.

Ahora bien; esta tradición, transmitida por los sacerdotes egipcios á Solon y recogida por Platon para la posteridad, es el fondo sobre el cual ha levantado el Sr. Verdaguer el edificio de su poema, obra maravillosa y gigantesca, ante la cual, como dice un escritor eminente, « la crítica de pormenor debe desaparecer » para dar lugar á un estudio más amplio, profundo y general. Examinada con este espíritu, sucede que á medida que nos vamos familiarizando con el asunto y el genio del poeta, admiramos cada vez más las proporciones grandiosas y sencillas á la vez del plan, la magnífica sobriedad de los medios empleados para su ejecución; y si aquel mundo en que nos hizo penetrar, á los principios nos pareció fantástico y quimérico, va poco á poco adquiriendo realidad y vida, hasta que vencidos y subyugados por el poeta, le seguimos gustosos adonde nos quiere llevar, y concluimos por admitir, como cosa real y viviente, ese mundo ideal y de extraña grandeza, concebido por su poderosa fantasía. ¡ Glorioso triunfo para un poeta !

Pero para alcanzar esto ¡ cuántas y cuán inmensas dificultades, capaces de arredrar al ingenio más brioso y alentado ! Si acudía á la historia, estaba muda; si á la tradición, apenas podía trasmitirle sino un eco vago y casi imperceptible, como los últimos sonidos de una tempestad que se aleja. Era preciso sacarlo todo del fondo de la propia fantasía, resucitar ese continente con sus reinos, sus altares, sus dioses y sus moradores, y dando á éstos nueva vida con el soplo del genio presentarlos, no aislados y oscuros allá tras las barreras infranqueables del mar, sino grandes, poderosos y temidos dominadores del orbe. De este modo la potente inspiración del poeta podía enlazar la existencia de ese mundo gigantesco y olvidado con la de otros continentes, herederos de su riqueza, de su gloria y poderío; y al unir con el áureo eslabon de la poesía los postreros vestigios de la tradición con los primeros acentos de la historia,

hacer interesante para todos los pueblos la gran catástrofe que se confunde con los orígenes de los mismos.

Era preciso á la vez salvar la distancia inmensa que nos separa de ese acontecimiento remotísimo, aproximarle á nosotros, revestirlo de un carácter permanente, casi actual; darle un interés social, religioso, nacional, á fin de que fuera como el eco de nuestras creencias y sentimientos. Considerado de este modo, el asunto del poema envolvía tan graves y serias dificultades, que sólo á un ingenio superior era dado superarlas. Pero esta maravilla es la que con prodigiosa facilidad é inspiracion ha llevado á feliz término el grande y ya famosísimo poeta mosen Jacinto Verdaguer. Cómo lo haya realizado es lo que vamos á examinar.

Si se profundiza algo en el estudio de este poema, se verá que envuelve un asunto no caprichosamente escogido, sino directamente enlazado con el más glorioso acontecimiento de la historia de España, con el descubrimiento del Nuevo Mundo, con el « más grande auto que los siglos han visto despues de la Pasion del Divino Redentor, » como decía un escritor del siglo XVI.

Dos naves, una genovesa, veneciana la otra, se encuentran cerca de las costas lusitanas; trábese entre ellas terrible combate, el cual concluye entre la tempestad del cielo y la del mar, que sepulta á las dos en sus abismos. Sólo se salva del naufragio un jóven que, arrojado por las olas, casi moribundo, á playa solitaria, es salvado por anciano venerable, el cual huyendo del mundo, ha ido á buscar en aquellos sitios la paz del alma.

Un día, desde alto pico que domina la extension del Océano, el viejo, viendo pensativo al jóven marinero, le hace sentarse al pié de un árbol, y « abriendo el libro fiel de su memoria, » empieza á relatarle la historia de aquel mar:

« ¿ Ves ese mar que abarca la tierra de polo á polo? En

otro tiempo fué huerto de las Hespérides; áun el Teyde arroja reliquias de sus despojos, rebramando siempre cual monstruo que vela en un campo de matanza. »

La maravillosa historia de los Titanes, hijos de Atlas, empieza entónces. La Atlántida, la espléndida soberana de Occidente, saliendo de su inmenso sepulcro, bajo la relacion maravillosa del anciano, aparece con su poder, su soberbia, sus crímenes y su terrible castigo, y en diez cantos inmortales se pinta la lucha de los Titanes contra el cielo, el hundimiento de la Atlántida y la aparicion de la nueva Hesperia, de España, donde ha de brotar lozano y robusto el retoño arrancado del atlántico jardin por las manos vigorosas de Alcides.

Concluye el anciano su historia

« Y con dormint lo somni de la gloria  
L'inspirat mariner no li respon:  
Es que, envolt ab la boyra del misteri,  
Ab celistics y llum d'altre hemisferi,  
Dintre sa pensa rodolaba un mon. »

(ATLANT Conclusion.)

Ahora bien; ese jóven, ese inspirado marino, que absorto por el relato del anciano siente, como por una revelacion súbita, *rodar dentro de su pensamiento un mundo*, ese mortal predestinado es CRISTÓBAL COLON! Y ese mundo aparece ante su fantasía envuelto en el mismo misterio que aquel otro continente sepultado por la justicia de Dios bajo las olas del Océano; y uniendo con la fuerza potente de su privilegiado pensamiento á la Atlántida perdida con aquella otra Atlántida vírgen é inocente que vislumbra entre sus ensueños de gloria, siéntese arrebatado por superior impulso para lanzarse en pos de ella y buscarla, dormida todavía para la fe y la civilizacion, tras las olas de los revueltos mares. Esa Atlántida nueva será el más rico florón, la más preciada perla engastada en la diadema de aquella



nueva Hesperia que brota como tierno retoño del árbol carcomido de la Atlántida primitiva. Ahora bien, ¿no están contenidas aquí como en germen todas las tradiciones y las mayores glorias históricas de España? ¿No hay en ese poema una *síntesis muy armoniosa*, como felizmente ha dicho el Sr. Menéndez Pelayo, síntesis cuyo punto de enlace, cuyo centro, si es lícito hablar así, lo constituye la grandeza de la nación ibérica? Dígase lo que se quiera, al enlazar de una manera tan natural y sencilla tiempos, sucesos é intereses tan distantes y heterogéneos, el poeta ha logrado vencer escollos al parecer insuperables, y ha sabido colocarse en aquella alta cumbre en donde, según Balmes, siempre se coloca el genio.

Esta feliz y admirable síntesis constituye, en nuestra humilde opinión, el mérito más insigne é indiscutible del poema de Verdaguer. Podrá la crítica juzgar con más ó menos severidad los vagos contornos con que están delineados los personajes de este poema; podrá tachar á éstos de inverosímiles; podrá dudar si se trata de seres humanos ó de fuerzas de la naturaleza; podrá acusar al poeta de haber abusado de sus facultades descriptivas ahogando bajo inagotable torrente de metáforas y pinturas toda la acción del poema; pero aún admitiendo que todos estos sean defectos, jamás se admirará bastante el pensamiento capital de ese poema, tan grandioso como sencillo.

Un mundo muerto y sepultado bajo el peso de las olas y de los siglos; otro mundo, oculto allá tras los lejanos horizontes, sonriente como la esperanza, virginal y espléndido como nunca lo pudo forjar la más potente fantasía; y entre ambos España, recibiendo de aquél el legado de su grandeza y de su gloria, y de éste el presente de sus riquezas y homenajes; siendo el puente por donde á través de los siglos se dan amoroso abrazo esos dos continentes, y el centro adonde vienen á refluir la grandeza del uno y la magnificencia del otro; tal es el dilatado teatro

escogido por el poeta. Allí un imperio que se pierde entre las nieblas de la tradición; aquí un continente adormecido entre las nieblas del misterio; allí el ayer con sus sombras; aquí el mañana con sus risueñas esperanzas; y en medio, potente, grande, bella, sentada sobre el florido respaldar de los Pirineos, arrullados sus bordes por aquel mismo mar que avaro oculta con sus olas un continente sepultado y otro continente desconocido, la nueva Hesperia, que mirando al primero, le dice: «Tú has muerto, pero yo he resucitado tu poderío;» y tocando con la vara del genio á la frente del segundo, exclama: «Despierta y abre los ojos á la luz de la civilización y de la verdad.» ¿Quién habrá que no quede sorprendido y como anonadado ante un plan tan gigantesco, ante una concepción tan sublime? ¿Quién dudará en que solamente á un gran poeta, á un poeta de la misma estirpe que los Dantes y los Milton, ha podido ocurrírsele la atrevida idea de llevar á cabo semejante obra, aún corriendo el riesgo de dar una caída que en este caso sería *una gran caída de un gran poeta*?<sup>1</sup>

Pero si este pensamiento es asombroso por la magnitud de su concepción, no ménos admirable nos parece el arte exquisito y no aprendido, con que enseñoreándose el poeta, si es permitida la frase, del tiempo y del espacio, ha sabido prestar unidad á acontecimientos separados á incalculable distancia por el espacio y por el tiempo. El resorte utilizado para ello es tan sencillo como fecundo. Toda la unidad del poema está fundada en aquellas dos estrofas de la introducción, donde se cuenta que el anciano, habiendo llevado al joven marino á un alto pico de la sierra, se prepara á contar la historia de la tremenda catástrofe:

<sup>1</sup> Palabras de D. J. Sardá, en su art. sobre *La Atlántida*.

« Vora la mar semblava 'l cap de serra  
 Lo mirador del cel sobre la terra;  
 Un día que rodavan pel bell cim,  
 Veyent lo vell al mariner pensivol  
 Lo crida á seure sota un roure altivol,  
 Ahont no arriba 'l salabrós ruixim.

Y obrint lo llibre immens de sa memoria,  
 Descapdella 'l fil d'or d'aquesta historia  
 De perles de Occident pur enfilay,» etc.

Ahora bien; obsérvese cómo este sencillo resorte da por resultado la más completa unidad en el poema. En la altura donde el poeta los coloca, abarca la mirada por la parte de tierra un horizonte extenso desde las llanuras que baña el Guadalquivir hasta las montañas de Portugal; por el frente la inmensidad del mar, en cuyo fondo yace sepultada la Atlántida, más allá del cual adivina la mente aquella *ingens telus* de que hablaba Séneca; en una palabra, desde allí se descubre el inmenso espacio que ha de servir de teatro á la historia que se va á narrar. Por otra parte, esta narracion, con referirse á un acontecimiento de gigantescas proporciones, no es sino el motivo, la causa ocasional de otro acontecimiento más grandioso todavía, á saber, el descubrimiento del Nuevo Mundo; es como gigantesco pedestal sobre el que ha de levantarse sonriente y hermosa, llamada por la voz del jóven marino, la nueva Atlántida, oculta hasta ahora tras el velo de los mares.

Imposible parece llevar á cabo con más sencillos elementos un plan tan vasto como el de esta obra. Y sin embargo, desde el principio se presenta ya la narracion con carácter verdaderamente épico. La tierra, como una anciana á quien se recuerdan los días alegres de su infancia, se prepara á escuchar; la mar, medio adormecida, alza la frente; y de pié sobre el pico de la sierra, señalando con su dedo la inmensidad de las olas, majes-

tuoso é imponente como si fuera el Genio del Atlántico, el solitario va á contar al jóven marinero la maravillosa historia de un continente desconocido y muerto.

## II

Antes de penetrar en el exámen del poema, permítasenos recorrer las diversas opiniones formuladas por los críticos acerca del asunto elegido por el poeta. Así como han abundado los justos elogios respecto al mismo, tampoco han escaseado las censuras.

Entre éstas, la más notable y más acerba á la vez es la del difunto D. Manuel de la Revilla, que á vuelta de algunos elogios tributados al poeta, calificó dicho asunto como impropio de un poema épico, anacrónico y falto completamente de interés. El hundimiento de la Atlántida para este crítico era « el peor asunto posible. » « Mejor hubiera hecho el Sr. Verdaguer, ya que su propósito fué hacer un poema naturalista-descriptivo, en prescindir de lo sobrenatural y trazar el grandioso cuadro de la creacion tal como la ciencia moderna lo concibe. » « La materia cósmica primitiva dando origen á las nebulosas, y éstas engendrando á su vez los sistemas planetarios; la vida apareciendo por sorprendente evolucion sobre la superficie de los mundos, ascendiendo progresivamente desde la mónera al hombre; las edades geológicas desarrollándose en las edades de los siglos; la inteligencia surgiendo del oscuro fondo de la vida como flor preciada de la creacion; hé aquí asuntos, concluye el Sr. Revilla, en que hubiera hallado ancho campo la inspiracion privilegiada del Sr. Verdaguer. »

No solamente era el « peor posible » el asunto elegido por nuestro poeta, sino que carecía de interés nacional, y hasta de



interés humano. « El verdadero objeto del poema, continúa el Sr. Revilla, es pintar la catástrofe de la Atlántida, relacionando con ella las fábulas relativas á la formación del Pirineo, el jardín de las Hespérides y la apertura del Estrecho de Gibraltar. Hércules es el protagonista de este poema... Ahora bien; á nosotros, hijos del siglo XIX, ¿qué nos importa todo eso? ¿Qué se nos da de que se sumergiera en los mares esa Atlántida, probablemente fabulosa, cuya desaparición en nada ha influido en nuestro destino? Si el hecho es cierto, para nosotros no es otra cosa que una catástrofe geológica, debida á causas puramente naturales; grandiosa y terrible sin duda, pero no lo bastante para constituir el asunto de una epopeya. En cuanto á atribuirla á causas maravillosas, harto sabemos á qué atenernos en este punto, y no hay poeta que nos convenza de que la Atlántida estaba poblada por Titanes, y fué destruída por Hércules y el Ángel exterminador. »

Prescindiendo por ahora de otros cargos que el Sr. Revilla dirige también al poema, fijémonos en éstos, que son los que se refieren al asunto del mismo.

Poco diremos respecto al primer cargo, ó sea la impropiedad del asunto para un poema épico. Es evidente que el poeta es dueño para elegir el asunto que le plazca, con tal de que sea poético y verdadero, ó por lo ménos verosímil. Que es poético y en alto grado el argumento de *La Atlántida*, ¿quién lo puede dudar? Sea ó no verdadero el hundimiento de aquélla, lo cierto es que el hecho, tal como lo presenta la tradición, es uno de los más grandes que pueden sorprender y cautivar á la fantasía. La poesía jamás permanece muda ante las grandes catástrofes, ante las ruinas de lo pasado, y entre ellas crece siempre y exhala sus más suaves cantos, idealizándolas y hermoséandolas, bien así como las flores, que arraigan en las grietas de los muros carcomidos, alfombran con su manto de vivos colores los

escombros ennegrecidos por el tiempo, y templando la tristeza y aridez de aquellos lugares, producen en el alma apacible y suave melancolía. Yo no sé qué le falte al argumento de *La Atlántida* para ser verdaderamente poético. Una gran culpa cometida por pueblos criminales y ensoberbecidos con su poderío; un gran castigo fulminado por la mano de Dios contra ellos, y el súbito exterminio de esos pueblos con sus imperios y grandezas, son los elementos tradicionales del hecho, y aunque no se crea en lo sobrenatural, aunque no se considere sino como una catástrofe geológica semejante suceso, ¿quién duda que sus proporciones son verdaderamente colosales y despiertan en los ánimos vivísimo interés?

¿Será que la distancia remota de ese acaecimiento le ha hecho perder ya toda importancia para nosotros los hombres del siglo XIX? Pero ¿qué importa la distancia de los siglos, si el asunto, tal como la tradición lo ha conservado, es de tal modo gigantesco que se alza sobre otras catástrofes más próximas que registra la historia, dominándolas con su grandeza, y es visible aún á través de las nieblas de innumerables generaciones? En el orden de los sucesos la distancia está en razón inversa de la magnitud; sucede con ellos como con las montañas, que parecen tanto más próximas cuanto mayor es su altura; y el viajero las distingue allá á lo lejos y parece que las toca con la mano, mientras que los picos más bajos, las colinas y los valles desaparecen de su vista á medida que se aparta de ellos. Ningun asunto épico más remoto y más próximo á nosotros en este sentido que el « Paraíso Perdido, » y ¿quién habrá que lo tache de poco interesante?

Los fundamentos en que se apoyaba el Sr. Revilla para juzgar malo el asunto de la Atlántida, eran el tratarse de un acontecimiento probablemente fabuloso, y el referirse á civilizaciones y personajes completamente extraños á nosotros. Respecto

á lo primero, diremos que el poeta no es historiador, y que así como éste ha de fundar su narracion en hechos verdaderos, á aquél basta que sean verosímiles y encuentren su apoyo en la tradicion. ¿Pudo ocurrir la catástrofe descrita por el poeta? ¿Se halla conforme con las tradiciones conservadas y transmitidas por la antigüedad? Sin duda alguna. Pues entónces nada importa lo demás. Si por otra parte el poeta ha tenido bastante arte para relacionar ese hecho con la historia de los pueblos conocidos, si no sólo ha conseguido esto, sino que enlazándolo con acontecimientos gloriosos, le ha hecho entrar en cierto modo dentro del plan de los mismos, ¿cómo dirigir contra él acerbas censuras precisamente por aquello que constituye su mérito más relevante é indiscutible?

Respecto al segundo cargo, creemos que tiene más de aparente que de sólido. Cierto; á nadie pueden interesar hoy las hazañas de Hércules y las desventuras de Hespéris, el mito de Geryon ó el de Anteo, porque nadie cree en la existencia de esos personajes celebrados por la fábula, y caería en el ridículo el poeta que se empeñase en celebrar con acentos épicos sus inverosímiles aventuras. Pero ¿quién puede imaginar siquiera que el propósito del Sr. Verdaguer haya sido resucitar ese mundo muerto de fábulas y de mitos? Su verdadero propósito era cantar el castigo impuesto por la justicia divina á una sociedad culpable; este es el fondo del poema.

Pero obsérvese ahora que este acaecimiento se supone ocurrido en edades remotísimas, sumergidas entre las nieblas de los mitos y tradiciones primitivas de los pueblos, y es más, relacionado con muchos de ellos, como el jardín de las Hespérides, la apertura del Estrecho de Gibraltar por el esfuerzo de Hércules, el poder de Atlas, etc. ¿Ha hecho mal el Sr. Verdaguer en recoger estos elementos mitológicos enlazados con la tradicion y formar con ellos la vestidura de su obra? No lo

creemos. El poeta no narra por sí ese acontecimiento, como lo hacen Homero, Virgilio ó el Tasso en sus respectivos poemas, sino que pone la narracion en boca de un anciano, el cual transmite á su oyente la tradicion, sin discutirla, ni depurarla, tal como ha llegado hasta él. Por aquí se ve cuán sin motivo se extrañaba el Sr. Revilla, de que Verdaguer cantara con la «inspiracion de un gran poeta» y «la candidez de un niño de cinco años» esas hazañas que él mismo no podía creer ni tomar en serio. Con decir que el Sr. Verdaguer no ha cantado tal cosa, está contestada la objecion. Con exquisito arte ha puesto en los labios de un personaje anónimo, indefinido, vago, irresponsable como la tradicion misma, esa historia maravillosa y fantástica de gigantes y de héroes, la cual revela en efecto la candidez de un niño de cinco años; pero ¿dónde hay mayor candor é ingenuidad que en las tradiciones de la infancia de los pueblos? Precisamente este candor que al Sr. Revilla parecía incomprendible en tan eximio poeta como el Sr. Verdaguer, es una de las cosas que más revelan el poderoso ingenio de éste, porque con su mirada penetrante ha comprendido que sólo á fuerza de candor y de ingenuidad infantil podía ser la narracion del anciano eco fiel de la tradicion, y sólo siendo eco de la tradicion, podía encontrar en ella un apoyo real la narracion. No es el Sr. Verdaguer quien relata la rebelion y lucha de los Titanes, las hazañas de Hércules y la destruccion de la Atlántida, es la tradicion misma la que habla, personificada en el anciano; es la tradicion, ingenua, candorosa, crédula como un niño de cinco años, y que ha ido á pedir al poeta aladas estrofas, ora centelleantes como el relámpago, ya mansas, apacibles y murmuradoras como las ondas de cristalino río. El mérito del Sr. Verdaguer consiste en habérselas podido dar. Donde el señor Verdaguer habla por sí mismo, es en aquellas estrofas áureas de la introduccion escritas con la potente fantasía de un



asiático y la austera sobriedad de un espartano; en aquella balada del *sueño de Isabel*, mezcla de miel y de leche, que no puede traducirse á lengua alguna; en aquella misteriosa evocacion de un mundo « envuelto en las nieblas del misterio, *ab celisties y llum d'altre hemisferi.* » Donde está el alma del Sr. Verdaguer, el ingenio del Sr. Verdaguer, la potencia poética de primer orden del Sr. Verdaguer, es en la *armoniosa síntesis*, que ha llevado á cabo, uniendo en un mismo cuadro, poniendo á una misma perspectiva, acontecimientos y cosas tan separadas por los siglos y por el espacio.

Esta disposicion y traza de la obra le ha permitido reproducir la tradicion, no tal como la vería un hombre del siglo XIX, sino tal cual es, vaga, nebulosa, contradictoria en apariencia, en la realidad conforme siempre consigo misma. De este carácter especial nacen todas las cosas chocantes á primera vista en el poema; nace la mezcla de lo sobrenatural, pagano y cristiano, que tanto ha sublevado á algunos críticos y especialmente al Sr. Revilla; nacen las proporciones indeterminadas de los personajes, mitad hombres, mitad símbolos; las aparentes contradicciones en los hechos de esos mismos personajes, y por último, lo vago y oscuro á veces de la narracion. Detengámonos un poco en estas consideraciones.

### III

Un poeta cristiano de cualquier siglo, que no hay razon para hablar sólo del XIX, como pretendía el Sr. Revilla, sabe muy bien que jamás han existido los dioses y semidioses inventados por la imaginacion de los pueblos paganos; y un hombre cuerdo de cualquier época sabe asimismo que no ya un Hércules, sino

ni doscientos mil, armados cada uno con su correspondiente clava, hubieran podido hender de un golpe una montaña y abrir la comunicacion entre dos mares. En esta parte los hombres somos tan incrédulos con respecto á Hércules, como con respecto á aquellos andantes caballeros que cercenaban por la cintura á un gigante de cuarenta palmos con la misma facilidad con que los demás mortales cortamos una rebanada de pan. Ahora bien; nada más chocante y ridículo, por tésis general, que el empeño de un poeta en hacernos creer muy formalmente que hubo un Hércules que dividía en dos una sierra con un solo golpe de clava; que se trasladaba de un salto desde los Pirineos al Cabo de San Vicente, y que dando otro salto se presentaba en Africa para sostener descomunal batalla con los ejércitos de Anteo, con las Górgonas, Estinfálidas y Harpías, vencéndolos y disipándolos; héroe, en suma, de tan colosales proporciones, que así hunde los brazos en una selva incendiada para salvar á una infeliz moribunda y trasladarla en un santiamen al pico de lejana montaña, como amontona sierra sobre sierra para formar un sepulcro, ó pasa con el agua á la rodilla los mares turbulentos y embravecidos como un muchacho atraviesa un charco. *Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi,* dice cualquiera al oír estas cosas. Y sin embargo, estas cosas se leen en el poema del Sr. Verdaguer, y aún cuando no puede negarse que á la primera impresion chocan y extrañan como todo lo que se halla en oposicion con el mundo físico y real que conocemos, lejos de degenerar en ridículas van poco á poco cautivándonos y concluyen por triunfar de la resistencia de nuestra incredulidad y por arrebatarnos nuestra admiracion. En ese mundo gigantesco, bosquejado por el poeta, sucede algo parecido á lo que ocurriría al viajero que entrara en una selva primitiva, poblada de árboles y animales de especie desconocida y de prodigiosa magnitud; á la extrañeza sucedería el asombro, al asombro el estupor, al



estupor el anonadamiento en presencia de aquel mundo tan raro como grandioso. ¿De qué medio se ha valido, pues, el Sr. Verdaguer para salvar este escollo del ridículo tan inevitable al parecer como insuperable? ¿De qué medio se ha valido, no sólo para salvar este escollo, sino para sacar de él bellezas de subidos quilates?

Pues todo el secreto está, si no nos equivocamos, en la forma empleada por el poeta para aproximar á la escena en que se abre el poema los acontecimientos ocurridos en fecha tan remota. El escollo se salva desde el momento en que ya no es el poeta quien habla, ni siquiera el anciano, sino la tradicion misma de los pueblos primitivos, mezcla de grande y pequeño, de monstruoso y sublime, de verdad y fábula, de monoteísmo é idolatría, de sombra y de luz, de religion natural y de supersticiones. El poeta no cree esa tradicion, el anciano que la refiere tampoco; pero uno y otro la trasladan tal como la han recibido, y no se curan de separar de ella el diamante del guijarro; son narradores, no críticos. Pero esa tradicion, tal como es, monstruosa, contradictoria, absurda, ha de ser la varita mágica que, tocando en la frente del Genio, del jóven náufrago, del mancebo genovés, haga surgir en ella espléndida, lozana y sonriente la imágen de un Nuevo Mundo.

Lo que hay que pedir al poeta no es que reduzca á sus Hércules, Hespéris y Geriones á la talla vulgar y ordinaria, sino que los pinte tal como los pintaba la tradicion de esas épocas primitivas; lo que hay que pedirle es que sea eco fiel de la tradicion. Ahora bien; ¿dónde sino en las creencias mitológicas de los pueblos primitivos están los elementos reales de la narracion del poema? Ni el Sr. Verdaguer ha inventado el Dragon de las Hespérides, ni ha sacado de su fantasía á Hércules con su clava. Estos y otros mitos estaban hechos; él los ha recogido, los ha agrupado y los ha enlazado con arte maravilloso á la más

grande hazaña del pueblo español y al más notable de todos los sucesos humanos.

Este punto de vista es, en nuestro humilde sentir, el único verdadero para juzgar el poema del Sr. Verdaguer, y con él se explica perfectamente una cosa que hasta ahora había parecido indisculpable en su obra; á saber: la mezcla del maravilloso pagano y del cristiano. Oigamos sobre este punto la objecion del Sr. Revilla:

« Dentro de la mitología pagana, dice, la fábula de la Atlántida puede comprenderse; combinada con el Cristianismo, no tiene disculpa ni explicacion posible. Conciliar el Dios cristiano con los Titanes, el Dragon de las Hespérides y el semi-dios Hércules, es más de lo que á un poeta puede tolerarse. Hércules, obrando de acuerdo con el Angel exterminador del Apocalipsis, y haciendo milagros bajo la inspiracion de Jehovah, es mucho peor que aquella célebre isla llena de ninfas que depara Vénus á los portugueses en la epopeya de Camöens. »

Esta objecion es seria, y tal ha parecido á muchos críticos de *La Atlántida*, entre ellos al distinguido escritor francés monseñor José Tolra de Bordas, que ha dedicado un libro lleno de erudicion, de sagacidad y exquisito juicio al estudio del poema. « Si se nos permitiera manifestar una opinion, dice, haríamos nuestras reservas sobre este punto, y esto, mirando más á la armonía moral y á la unidad que á la belleza literaria y á las sanas reglas de la poética. Desde luégo lo afirmamos; nuestro espíritu y nuestro gusto se sienten inclinados á no satisfacerse plenamente, ni formalmente conmovidos de la intervencion de la Divinidad, cuando en el canto IV el Angel exterminador prosigue su mision y el Eterno hace oír su terrible voz, despues que en el primer canto nos ha mostrado á Hércules arrodillándose ante el altar de Júpiter, y en el canto III hemos asistido á la Asamblea de los Atlantes en el templo de Neptuno. »

Añade inmediatamente, sin embargo, que no expresa esta opinion sin desconfianza, porque no ignora que en el choque ó encuentro de estos dos maravillosos ha encontrado el poeta preciosos recursos para llevar á cabo su plan, que es á la vez el castigo de los Atlantes y la renovacion religiosa de una sociedad, para constituir la cual los hijos de Hércules abrazan la fe de los hijos de Túbal. Por último, trata de excusar la mezcla de ambos maravillosos con ejemplo y testimonio de insignes escritores como Camöens y Chateaubriand, de quien traslada las siguientes palabras: « Un asunto donde pudiera hacerse oír el lenguaje del Génesis cerca del de la Odisea, *donde el Júpiter de Homero viniera á colocarse al lado del Jehovah de Milton*, sin herir la piedad, el gusto y la verosimilitud de las costumbres... Concebida esta idea, fácilmente encontré la época histórica de la alianza de las dos religiones... *Los personajes están tomados de una y otra*. Despues de tal defensor, concluye Mons. Tolra, nada tenemos que añadir, y la causa de Verdaguer nos parece ganada. »

Con ménos benevolencia que Mons. Tolra, aunque no con tanta acritud como el Sr. Revilla, juzga tambien este aspecto del poema, otro crítico francés, M. Stephen Liegeard, el cual ha publicado dos excelentes artículos sobre la Atlántida en el *Pays*.— «Podríamos tambien, dice, hacer en este poema nuestras reservas sobre la extravagante alianza de los mitos de la antigüedad con las verdades de la Religion. Hércules, obrando de acuerdo con el Angel exterminador, se nos presenta bajo un nuevo aspecto. Cierto que el ejemplo de Chateaubriand justifica esta mezcla de Cristianismo y Paganismo combinados. Pero... sin insistir mucho en defectos que son más bien las consecuencias del asunto escogido, que obra del autor, reconozcamos que Verdaguer es un genio vigoroso, y que necesitábase nada ménos que la fuerza de semejante atleta para llevarnos á tales alturas.»

A esto se reducen las razones más salientes alegadas en este punto á favor de Verdaguer y en contra de la crítica del Sr. Revilla. Con perdon de los eminentes escritores cuyas palabras acabamos de trasladar, diremos con toda franqueza que su defensa no nos satisface plenamente, ni la creemos bastante para enervar la acusacion del crítico español, y si en apoyo del Sr. Verdaguer no existieran otras razones, su causa en este punto nos parecería perdida, y no sólo perdida, sino con las costas de una censura justa y tanto más grave cuanto que se trata de un poeta cristiano y además sacerdote.

El testimonio y el ejemplo de Chateaubriand no nos parece decisivo en el presente caso, porque si bien es cierto que en *Los Martires* aparecen los dos maravillosos cristiano y pagano, es porque hay dos acciones paralelas desempeñadas por personajes paganos y cristianos. No extraña allí que Cimodosca, siendo gentil todavía, confunda á Eudoro con Endimion, ni que Demodoco ofrezca víctimas en las aras de los dioses, miéntras el Obispo Cirilo celebra el Santo Sacrificio, ó ve ante sus ojos el cuadro grandioso de los cielos que se abren para dar paso al Dios verdadero. Pero en *La Atlántida* no es así; el mismo Hércules, que levanta altares á Júpiter, es el que oye entre el espanto de los mundos resonar en sus oídos la voz de Jehovah. Este ejemplo, pues, no es adecuado al caso. Tampoco lo es el del poema de Camöens, ni el de otros poetas famosos, porque casi siempre es un defecto en sus obras esta mezcla de ambos maravillosos. Los soldados portugueses, cristianos é hijos del siglo xvi, no podían creer en Vénus, ni en islas encantadas, y no hay poeta, por grande que sea su talento descriptivo, que logre salvar esta falta sustancial de verdad.

Asimismo creemos que no bastaría á disculpar al Sr. Verdaguer la ventaja que haya sacado del choque ó encuentro de los dos maravillosos, ó sea el presentar al lado del castigo y exter-



minio de una sociedad idólatra, el renacimiento y renovacion religiosa de otra sociedad que ha de permanecer fiel al único verdadero Dios, y el mostrar á la fuerza material personificada en Hércules, vencida y como absorbida por el Poder divino, de quien viene á ser aquél esclavo é instrumento. En primer lugar ese exterminio y esa renovacion no exigía la confusion de ambos maravillosos en una misma persona, y si la causa del exterminio era la idolatría, el primer culpable y el primero que merecía castigo era Hércules, que levantaba aras á Júpiter. En segundo lugar, en *La Atlantida* no hay propiamente choque ó encuentro, sino confusion, verdadera confusion de dos maravillosos. Hércules obedeciendo al mandato de Dios por un lado, y Hércules adorando á Júpiter por otro; hay no sólo confusion, sino contradiccion; Hércules con su clava abriendo montañas y precipitando los mares, y el Angel con su espada azotando las nubes para acabar con la Atlántida, como si no bastaran las aguas vengadoras del mar. En tercer lugar, esa lucha entre la fuerza material, representada en Hércules, y el Poder divino, y la absorcion de aquélla por éste, no se ve en el poema; pues por el contrario, se ve á la una sumisa y obediente al otro, sirviendo de instrumento y ejecutora de la sentencia fulminada por Dios contra los pueblos criminales.

Y sin embargo de esto, tal confusion, tal contradiccion ó tal choque, como se le quiera llamar, no nos parece defecto; ántes bien creemos que constituye una de las bellezas más insignes y recónditas del poema de Verdaguer. ¿Por qué razon, si no, sucede que á pesar de la crítica el maravilloso pagano se junta en el poema, sin que cause extrañeza, con el maravilloso cristiano? ¿Qué temperamento, qué medida, qué resorte secreto ha tocado el Señor Verdaguer para trasformar en síntesis armoniosa lo que parecía imposible que no fuera una imponderable monstruosidad? ¿Qué virtud ha encontrado en su ingenio para mezclar

colores tan discordes y sacar de ellos un cuadro tan armónico?

Parécenos que todo esto tiene sólo una explicacion fundada en lo dicho anteriormente. Verdaguer, sin discutir ni aquilatar el valor histórico de la tradicion platónica, la ha recogido y reproducido fielmente. Ahora bien; obsérvese que todas las tradiciones primitivas, fuera de la conservada por el pueblo escogido, están formadas de dos elementos: uno real, verdadero y permanente; otro imaginario, fabuloso y variable. En todas las naciones, á medida que se fueron apartando de su origen, el culto y creencia en un solo Dios se oscureció, pero no llegó á borrarse por completo; y al lado de los más monstruosos errores, entre los innumerables dioses forjados por la fantasía popular, á través de los mitos, símbolos y supersticiones, siguió flotando el arca santa de esta creencia salvadora, ora hundiéndose, ora reapareciendo, pero sin irse á fondo jamás. Lo mismo puede decirse de los grandes sucesos ocurridos en épocas más remotas de las que registra la historia particular de cada nacion; y si el Génesis nos ha trasmitido las tradiciones generales de la humanidad, estas mismas tradiciones, al pasar á cada pueblo, han recibido una forma especial más ó ménos extravagante, pero de la cual no han desaparecido por completo las huellas de su origen primitivo. Entregadas estas tradiciones á la fantasía de los hombres, sin autoridad viva que vigilase y custodiase su integridad, fueron poco á poco desfigurándose; nacieron de ellas para mezclarse con ellas el mito, la alegoría, el símbolo; perdieron su carácter general para tomar otro local, dándoles cada pueblo una fisonomía adecuada á su índole propia, y la verdad quedó ahogada bajo los encantos de la fábula. El amor á lo maravilloso se desbordó en todas direcciones, y el hombre, sin ideas claras por una parte acerca del verdadero Dios, y no pudiendo explicarse los grandes efectos y catástrofes de la naturaleza por

causas puramente humanas, inventó una clase de seres, hombres en la figura, en la talla gigantescos y dioses en el poder, capaces de llevar á cabo tan altas empresas. En una palabra, pobló la tierra de dioses y el Olimpo de hombres, bastante fuertes para combatir con los dioses; de esta clase es el mito de Hércules.

No hay, pues, que pedir á esas tradiciones mitológicas lo que no tienen, ó sea, verdad, claridad, homogeneidad. Están constituidas por un tejido de contradicciones y monstruosidades, en el fondo de las cuales hay un hecho cierto. En esas mitologías no desaparece por completo, á pesar de la multitud de dioses, la idea del único verdadero Dios; ni á pesar de la muchedumbre de las fábulas, se oculta del todo el hecho real sobre que se fundan. De aquí que, á través de las nieblas del mito, brille de vez en cuando algun rayo de la verdad primitiva oculta en su seno, y por encima del maravilloso mitológico, se levante á veces dominándolo el maravilloso propiamente divino.

Ahora, ¿es culpa de Verdaguer que estos dos maravillosos se hallen mezclados en el asunto de su poema? Él no se ha servido del maravilloso pagano, ni del cristiano, ni ha tratado de poner al uno enfrente del otro para sacar efectos grandes; lo que ha hecho simplemente ha sido valerse del maravilloso de las tradiciones populares de la antigüedad, donde no predominan exclusivamente ni el monoteísmo de las razas primitivas ni el politeísmo grosero de los últimos griegos y romanos, sino un estado religioso intermedio, donde ya la luz viene de hartó léjos para poder desterrar todas las sombras, y las sombras no son tan espesas y universales que no dejen resquicio por donde penetre alguna luz; situacion vaga, nebulosa é indefinida, parecida á la última hora de la tarde, en que las sombras agigantan los objetos y les dan fantásticas formas, á la vez que quitan precision á los contornos y distincion á los colores.

Dada esta situacion en el asunto escogido por el Sr. Verdaguer, éste no podía, no debía hacer otra cosa de lo que ha hecho. Tratándose de la destruccion de Pentápolis ó del diluvio universal, hubiera sido imperdonable en él que presentara á Júpiter ó Juno lanzando la lluvia de fuego, ó abriendo las cataratas del cielo. ¿Por qué? Porque aquellos sucesos son históricamente ciertos, y la fuente adonde tenía que acudir el poeta es la Biblia, que les señala causas conocidas y determinadas, ó sean los pecados de los hombres y la justicia de Dios, no la cólera de Júpiter ó Juno. Pero el argumento de la Atlántida no es así; la fuente de él es una tradición oscura y remota, y ¿qué había de hacer el poeta sino buscar las causas en la tradicion misma? De no hallarlas aquí, en ninguna parte estaban. Una historia, caprichosamente inventada por el anciano que la relata á Colon, no hubiera sido la tradicion misma, y no siéndolo, el poema (¡cosa rara al parecer!) en su capital designio, en su pensamiento general, carecía de base y fundamento. En efecto, Colon se resuelve en el poema, conforme en esto con la historia, á ir en busca del Nuevo Mundo, impulsado por la voz de la ciencia, que le dice: «si el sol se oculta en el horizonte, ¿qué otros mundos va á iluminar?, y por la de la tradicion, que le habla de un continente sumergido y enlazado allá en tiempos remotos con otras tierras desconocidas. El poeta consigna la tradicion, hace brotar de ella lo que hay de real y verdadero en su fondo, y haciendo que aparezca éste ante los ojos de Colon, da cuerpo y consistencia á las hipótesis científicas que flotan en su mente y le impulsa para lanzarse en busca del nuevo continente. Claro es que ni el anciano ni Colon creen la fábula de la Atlántida, pero uno y otro ven que en el fondo de ella hay un mundo desconocido que es posible descubrir, una realidad que no ha desaparecido completamente bajo la mentira de la fábula. Colon no necesita que el anciano añada á cada suceso extraordinario, que



relata, un: «cuenta la tradicion pagana,» pues ambos saben á qué atenerse sobre ella. El poeta, á su vez, no narra la fábula de la Atlántida sino porque de aquella fábula ha salido la hermosa y palpitante realidad de un Nuevo Mundo.

No es esta ocasion de demostrar con numerosos ejemplos cómo á traves de los mitos y supersticiones del paganismo se trasmitió de generacion en generacion la idea de un solo Dios, soberano de cielos y tierra. Pero sí es lo cierto, que con diversos nombres aparece en todas las mitologías, mezclada con fábulas de dioses y gigantes, la idea más ó ménos oscura de un solo Dios, y «cuando se penetra más allá de la corteza exterior del politeísmo grosero, y se investiga las concepciones de un órden más elevado, que hubieran servido á éste de punto de partida, se encuentra allí la nocion fundamental de la unidad divina, último resto de la revelacion primitiva, más ó ménos desfigurada por los monstruosos sueños del panteísmo. <sup>1</sup>» Llámese ora Zeus, ora Brahma, ya Ormuzd, ya Nou, la idea de ese Dios único y supremo en el politeísmo, es la que se ve en los siguientes versos del Prometeo de Esquilo:

«Nadie es libre fuera de Zeus; todo lo alcanzaron los dioses ménos el imperio. <sup>2</sup>»

Y sin embargo, al lado de este *Zeus*, en quien reside el imperio, forjó la imaginacion pagana innumerables dioses y semidioses, á los cuales levantó altares y presentó como autores de hechos extraordinarios.

Esto es, pues, lo que hay en el poema de Verdaguer; no dos maravillosos, sino uno solo confuso y contradictorio en los tér-

<sup>1</sup> Fr. Lenormant. Essai des commentaires des fragments cosmogoniques de Berosse, 1852, p. 54.

<sup>2</sup> Prometeo encadenado. Acto 1.º, escena 1.ª

minos, pero tal como lo concebía la tradicion mitológica de los pueblos, apartados ya de la primitiva revelacion.

## IV

A aquella hay que atribuir tambien el carácter indeterminado de los personajes de este poema. Hércules á veces desciende á la estatura de un hombre y piensa y siente como tal; á veces pasa de la talla de un gigante y se trasforma en una fuerza física de prodigiosa pujanza. Cuando hendiendo el Calpe con su clava abre la comunicacion entre dos mares, no se le puede imaginar como un hombre de carne y hueso, y cuando habla dulcemente á Hespéris y la invita á aceptar su amor, ya le faltan muchos codos para llegar á las proporciones de un héroe. Del mismo modo resulta inverosímil la belleza y lozana juventud de Hespéris cuando se piensa en que es madre de doce gigantes y de varias doncellas casaderas, como son las Hespérides. Todo esto perjudica ciertamente al interés del poema, y cualquier persona imparcial no puede ménos de reconocer que estos personajes semihumanos, semifantásticos, están fuera de las condiciones ordinarias para interesarnos con sus proezas lo mismo que con sus desventuras. Andrómaca, Héctor, Aquíles, Dido, Tancredo, son personajes más ó ménos idealizados por la poesía, pero reales, tangibles, verdaderamente humanos; seres que lloran y ríen, que gozan y sufren, capaces de debilidad y de heroísmo, de amor y de odio, en cuyas situaciones hay siempre algo que nos pueda interesar y mover. En este sentido, los personajes de *La Atlántida* no pueden sostener la competencia. Pero esto, ¿es culpa del poeta ó del asunto? Creemos sinceramente que no es del poeta, ni tomado en términos generales del asun-

to, sino del elemento mitológico que, como hemos visto, no podía ser eliminado del poema, dado el plan del mismo.

Léjos de ser culpa del poeta, éste ha probado en la pintura de los personajes dos cosas: primero, su delicada intuición artística; segundo, que sabe, cuando quiere y conviene á sus propósitos, hacer que esos personajes se destaquen del fondo nebuloso del cuadro, ponerlos á buena luz, animarlos, colorearlos, darles el calor de los más profundos afectos, y en una palabra, transformarlos con un solo rasgo en seres verdaderamente humanos, dignos de nuestra simpatía ó aborrecimiento. Si esas figuras labradas por la mano del Sr. Verdaguer no siempre se mueven en un fondo lleno de luz, si por el contrario, se pierden á veces sus contornos entre las nieblas y las sombras, y toman en ella fantásticas formas, es porque así conviene á su intento; pero cuando conviene aproximarlas, entónces toca con su dedo inspirado la escena; se ilumina ésta, y la figura surge ante nuestros ojos resplandeciente, gallarda, adornada con las gracias de la más interesante belleza. Hacer esto es ser poeta de raza.

Pero no siempre conviene esto al propósito del poeta. Su delicado instinto artístico le hizo comprender que esas figuras no podían moverse siempre dentro de un cerco de luz sin menoscabo del asunto. Sucedió aquí lo mismo que nos sucede cuando al aproximarse la noche contemplamos una cadena de montañas muy lejana. Tenue é indecisa la luz, lejano el objeto, confundiendo el azul del cielo con el de las montañas, éstas aparecen como informes masas de gigantescas sombras, sin que sea posible precisar sus contornos, ni mucho ménos distinguirlas unas de otras. Así en el poema de Verdaguer, donde la lejanía del suceso no permitía ver las cosas distintas y claras.

Añádase á esta confusión inevitable, nacida digámoslo así, de la perspectiva del suceso mismo, el carácter mitológico de los

personajes. Todo mito es un compuesto. En él hay un sér real, un sér humano, que es el fondo sobre el cual se levanta el mito; y además una especie de *prosderma*, una envoltura fantástica que constituye el mito, y que consiste en un conjunto de cualidades extraordinarias que se atribuyen á aquél. Así, por ejemplo, sin salir de Hércules, la imaginación acumuló en la persona de un sér real, famoso por su fuerza, todos los atributos y todas las hazañas que puede llevar á cabo la fuerza. Cuando este mito obra en la forma en que la fábula lo representa, su figura no es real, sino extraordinaria, monstruosa, extrahumana. Pero cuando lo que hay de real en el fondo se abre paso á través del mito, entónces aparece el hombre, pensando, sintiendo, obrando como hombre. Ahora bien, ¿es un defecto ó es una belleza en el poema de Verdaguer, el que aparezcan en él estas dos fases del mito de Hércules y de los demás personajes del poema? A nosotros nos parece que hubiera faltado á la verosimilitud el poeta si tratando de pintar un mito, mezcla de fábula y de realidad, de fantástico y de humano, hubiera pintado sólo el Hércules fantástico ó el Hércules humano; tenía que pintarlo todo á lo vez. Por donde se ve que, en nuestro sentir, es ociosa la duda que algunos han manifestado de si el poeta quiso personificar en Hércules una fuerza, un agente natural ó un personaje humano. El mito tiene de todo, de fuerza y de hombre, y el poeta ha querido pintar el mito.

Desde este punto de vista ya no extraña la indeterminación ni la confusión, y lo extraño hubiera sido lo contrario. ¿Se quiere, por ventura, que al reproducir el poeta el lado mitológico de su Hércules, nos hubiera dado la medida exacta de su estatura, y hubiera dicho si su nariz era recta ó si tenía un lunar en el cuello? ¿Había de traer tampoco el cómputo exacto de la edad de Hespéris, madre de doce gigantes, y de tres crecidas y núbiles doncellas? No; por su lado mitológico esos per-



sonajes están por encima de las condiciones humanas, y carecen de formas y de estatura.

En cambio, cuando los desnuda de su ropaje mitológico, cuando aparece el aspecto real, ¿á qué poeta tiene que envidiar Verdaguer los acentos penetrantes y verdaderamente humanos que pone en boca de sus personajes, ó los rasgos admirables con que hace que un rayo de luz atraviese de repente por entre la niebla de la fábula?

Dados los personajes, la vaguedad, la nebulosidad era inevitable, y el poeta ha comprendido que era el único medio para salvar el escollo que ofrecía la duplicidad de sus caracteres. Por eso no los describe, no los hace palpables, sino que los deja como sumergidos en una semioscuridad. Los personajes de Verdaguer son figuras que se mueven dentro de la niebla. Por eso vemos que empieza desde luego á ponerlos en escena sin preparacion alguna.

*« En el tiempo en que Alcides recorría el universo, etc. »*

¿Cuándo empieza la acción? ¿quién era Alcides? El poeta no responde á esta pregunta.

Por eso tambien pasa sin transicion de un objeto al otro, suprimiendo las distancias y los sucesos intermedios; y casi sin solucion de continuidad, Alcides va de las bocas del Ródano á los Pirineos, de los Pirineos á Gades, con la misma impetuosa velocidad con que el simoun atraviesa el desierto. Por eso, en fin, el poeta no da nombre, ni figura determinada á los Titanes, sino que se vale de estos términos: « Habla uno que mora en la fría Tule; levántase otro que es imágen del ángel rebelde, etc. ; » y hace llegar hasta sus oídos el grito que lanzan sus hermanas, á pesar de que las separan muchos kilómetros de distancia.

Pero aguardad á que la niebla sea atravesada por un rayo de luz, y veréis cómo esas figuras se aclaran. Es que el poeta,

ahondando en el mito, ha encontrado al hombre, y lo saca, lo anima, lo exhibe, hablando el lenguaje siempre bello, siempre conmovedor y patético de la pasion, ú obrando movido por impulsos á que siempre obedece el corazon humano. En una palabra, el personaje deja de ser un mito, un símbolo, para ser hombre y entrar en la esfera de las cosas que nos interesan.

Bello y profundamente humano es Hércules, cuando, rodeándole como bandada de místicas palomas los recuerdos de Hespéris, trata inútilmente de detener la clava destructora lanzada por él contra el Calpe. Bello y profundamente humano es, cuando obedeciendo al impulso de intenso amor depone, destructor de un mundo, su albedrío á los piés de la desolada belleza, ofreciendo así el espectáculo tan conmovedor de la fuerza vencida por la debilidad, subyugada con las cadenas del amor. Bello es aquel Alcides que enseña á sus hijos á esgrimir las armas en los combates, como el águila que enseña á sus polluelos á batir las alas en direccion al sol; y grandes, heróicos y prenda de futuras esperanzas, aquellos sus juveniles renuevos, fogosos é intrépidos; figuras apenas dibujadas, pero que ya hacen vislumbrar á la nobilísima raza que hará oscilar al mundo lo mismo que « una góndola cuando se sube el timonel sobre ella. » ¿Y qué decir de aquella doliente Hespéris, única palma que no ha tronchado el vendabal, madre sin hijas, reina sin vasallos, cuyos acentos lastimeros penetran en el corazon y lo hieren como puñal de agudísimos filos, ora gima sobre el cuerpo exánime de sus hijas, ora acuda al sepulcro del esposo difunto, buscando amparo á su pureza puesta en peligro, ya dé el último adios á los alados pajarillos, á los cándidos corderos, al manso río, al suelo amado de la patria, perdido para siempre y sepultado bajo las olas turbulentas del mar? Suprimamos los accesorios del mito, que ha respetado el poeta, prescindamos de las contradicciones, y veremos que en el fondo queda siempre la figura de la mujer, de la

esposa, de la madre, hablando y obrando con el lenguaje y los sentimientos de la madre, de la esposa, de la mujer. En el fondo de toda esta fábula hay situaciones llenas de interés real, hoy lo mismo que ayer y que mañana, pues siempre nos interesará el dolor de una madre que pierde á sus hijos, la lealtad de una esposa á la memoria de su esposo, la fortaleza de un corazón femenino arrostrándolo todo por conservar el lirio immaculado del pudor, la generosidad con que todo lo sacrifica al deber de conservarse para ser la madre de una nueva raza más pura, y en fin, el espectáculo de una reina que pierde su grandeza y poderío. Ahora bien, todas estas cosas ha sabido pintarlas el poeta de mano maestra, esculpiendo en versos dignos de Homero ó de Milton afectos tan humanos y de tan perenne realidad como los que enardecen el corazón de Aquiles ó cubren de lágrimas el rostro de Eva, al dejar para siempre el Eden cerrado para ella y su linaje.

## V

Han notado los críticos cierta contradicción en el carácter de Hércules. El móvil que le guía, dicen, después que ha sepultado á Pirene, es vengar la muerte de ésta con la de Gerion. Sin embargo, al oír á éste le perdona y se lanza á una nueva empresa. El amor de Hespéris, á la cual no conoce todavía, le hace olvidar demasiado pronto á Pirene, que le lega su corona, á condición de que venga su muerte y el nombre de Túbal.

También se ha notado cierta contradicción moral en el carácter de Hespéris, propio para disminuir el interés que despierta. Parece que ésta no debe otorgar tan fácilmente su mano y su corazón al destructor de su reino, al matador de sus hijas, al temible Alcides, olvidando el insondable abismo que los sepa-

ra, y cediendo á un temor ilusorio, cual es el peligro en que los Titanes ponen su honor; pues ella misma sabe que están condenados á irremediable muerte, y lo declara con estas palabras: «Mañana ya no seré madre.» La voz que parece salir de la tumba misma de su esposo, diciéndole «despósate,» encuentra en ella una obediencia demasiado pronta, y poco disculpable en una madre que acaba de abandonar el cadáver de sus hijas. Por otra parte, al pedir á Hércules que la salve de la muerte, cuando ha perdido ya todos los seres que pueden ligarla á este mundo, revela una pusilanimidad que enerva el interés hácia ella.

Se ha observado también falta de ilación, ó por lo ménos oscuridad en algunas partes de la narración. Así, cuando en el canto cuarto se oye el anatema divino que condena á la Atlántida á ser sumergida en el mar por causa de *su crimen*, no se sabe qué crimen es este hasta el sexto canto, en que Hespéris refiere á Hércules el atentado de sus hijos, los Atlantes.

Estos y otros defectos que pudieran notarse en la narración, así como el exceso en las descripciones, el atrevimiento y oscuridad en las metáforas, la repetición de escenas muy parecidas, como la de la Torre de los Titanes, no se hallan tal vez destituidas de fundamento. Pero en gran parte son debidos al asunto y al carácter que sobresale en el poema.

En efecto, el elemento descriptivo y el elemento lírico predominan sobre el dramático y lo ahogan. Mas esta falta de movimiento dramático era quizá inevitable dado el asunto. En presencia de las grandes catástrofes de la naturaleza, del trastorno de toda la creación, ¿qué son las pequeñas luchas del hombre? ¿no servirían acaso éstas para empequeñecer el cuadro, aunque despertaran más vivamente la curiosidad? Embargada la mente, el ánimo espantado, y como absorto al contemplar la magnitud del conjunto, todos los detalles desaparecen; y ante la grandeza épica de un continente que se hunde, de dos mares que se juntan,



de las nubes que se desploman sobre la tierra en espantoso diluvio, de los rayos que incendian bosques y ciudades; en presencia de aquel tremendo ejemplo de la cólera divina, cuando el agente es la justicia de Dios, los instrumentos de ésta todas las fuerzas de la naturaleza aglomeradas en inmenso remolino para caer sobre el culpable, y el culpable es un vastísimo imperio, con sus moradores y ciudades, las desgracias parciales de los individuos, sus rencores, sus pasiones, sus afectos é intereses, sus situaciones prósperas ó adversas, en una palabra, lo que constituye el tejido vario de la vida humana, se eclipsa, si no desaparece por completo. La parte descriptiva y lírica preponderan sobre la dramática, porque en el asunto, la vida social queda como anulada ante los trastornos de la naturaleza física, la lucha y el contraste de los caracteres se extingue ante el comun peligro, y lo maravilloso y extraordinario anula al elemento humano. Ahora bien, donde no cabe la lucha y el contraste de los caracteres, no cabe la trama dramática. El interés que el asunto despierta, nace, no del contraste, sino de la magnitud del asunto mismo; ese interés no es dramático, sino épico; y si no mueve y despierta la curiosidad, remueve en cambio en el alma fibras más delicadas. Veamos, pues, si este interés de orden más elevado existe en *La Atlántida*.

## VI

No resulta este interés, como hemos visto, de la trama dramática, del choque de pasiones y afectos humanos; donde está es en otra cosa que pertenece á todos los tiempos y sociedades, es decir, en la lección sublime que se desprende del poema, y que se funda en aquellas palabras de eterna verdad escritas en la Biblia; palabras en donde se halla la cifra y compendio de

toda la filosofía de la Historia: *Justicia elevat gentes, populos autem facit miseros peccatum*. Estas grandezas humanas que descaecen y mueren, ya heridas súbitamente por el rayo como Sodoma, ya condenadas al envilecimiento y servidumbre como los imperios del Asia, son siempre asunto de meditacion y de interés para el hombre, y nunca podrá la sociedad permanecer indiferente ante la decadencia ó ruina de un pueblo. En el pasado esplendor y abatimiento actual de éste ve su presente esplendor y su abatimiento futuro ó posible; algo que le toca de cerca y que es al mismo tiempo un ejemplo y un aviso.

No importa que unos cuantos escépticos atribuyan estas catástrofes á causas meramente humanas ó físicas, al esfuerzo y genio militar de un conquistador feliz, ó á fenómenos geológicos; la mayoría de los hombres, arrastrados por una fuerza secreta, superior á todas las sugerencias de la incredulidad, exclaman en presencia de estos grandes sucesos: «*Digitus Dei est hic*; por encima de este pueblo, de esta raza antes orgullosa é invencible, de esta ciudad altanera, ha pasado como impetuoso viento la justicia de Dios!» Cuando el poeta se apodera de este hecho y nos los pone delante de la vista, con la viveza misma de la realidad, desplegando para ello todos los recursos de la más rica fantasía, ¿cómo queréis que sus acentos inspirados no despierten en el ánimo un interés vivo y permanente, mezcla de religioso temor y asombro, de desengaño ante la nada de las cosas humanas y de espanto ante la magnitud de los castigos divinos? En ese cuadro no es el hombre pasado lo que nos interesa, ni sus luchas, sus rencores y sus agitacionnes; es el hombre presente, somos nosotros mismos que, sustituyéndonos en el lugar de aquéllos con el pensamiento, nos colocamos frente á frente de la misma catástrofe, y, viéndonos sujetos á caer en las mismas iniquidades, nos miramos ya como sometidos al mismo espantoso castigo. Los sentidos están

muertos para contemplar el cuadro complejo de aquella sociedad aniquilada; pero el alma se asoma á través de ellos y ve siempre cerniéndose sobre todas las naciones prevaricadoras la tremenda espada de la justicia divina.

El interés que de aquí resulta no es un interés dramático, sostenido por la variedad de los incidentes, por el contraste de los caracteres, por el conflicto de las pasiones, y circunscrito á determinados estados sociales, lugares y tiempos, sino un interés más íntimo y profundo, arrancado de las entrañas mismas de la sociedad humana, independiente de los tiempos y lugares; es ménos vivo, pero más hondo; tiene ménos atractivo, pero más intensidad; es ménos vario, pero más sólido; habla poco á la curiosidad, pero mucho á la inteligencia y á los más nobles sentimientos del alma.

En vista de esto, no puede ménos de parecer sumamente acerba la censura del Sr. Revilla cuando llama á *La Atlántida* un poema geológico y *sin interés*. Para aquel escritor, enemigo de lo sobrenatural, podría serlo; para el que por la misericordia divina no ha perdido la fe, siempre será una lección llena de vivísimo interés.

Pero si *La Atlántida* por su asunto tiene interés universal y religioso, lo tiene también nacional y muy subido, por la manera con que el poeta lo enlaza á los orígenes y al más glorioso hecho de nuestra historia. La España primitiva, el imperio de los Titanes, el continente nuevo, se concentran como en un foco en la España poderosa de los Reyes Católicos, y todos los elementos del poema gravitan hácia ese centro para poner más de relieve nuestra grandeza nacional. La mano del poeta reunió en armoniosa síntesis todos esos elementos, los animó y vivificó con el soplo del genio, é hizo un poema que, á pesar de todas las censuras, vivirá, porque es el compendio de las glorias patrias. Tal vez nunca existió la Atlántida, pero la herencia

que el poeta supone legada por ella á la Nueva Hesperia, fué realmente recogida por ésta, engrandecida y ampliada. No existió Hércules, pero la raza que hizo oscilar al mundo como una góndola, la que dió vuelta á la tierra con Elcano y plantó á la vez su bandera gloriosa en la cumbre de los Alpes, en las arenas de Africa, en las vastas comarcas de América y en las remotas islas de la Oceanía, bien merecía tener por progenitor á un héroe como aquél. De esta suerte todo lo hace concurrir el poeta á su fin de engrandecer á la patria, el mito y la realidad, la historia y la fábula, y del fondo de todas estas cosas surge, reina inmortal, poderosa y temida, la figura resplandeciente de España sentada entre el mundo antiguo y el nuevo, y recibiendo de ambos homenajes y tributos. Si esto es ser un poema sin interés, no sabemos entónces en qué consiste el interés.

## VII

Este grandioso conjunto se presenta revestido con las galas de la más espléndida poesía. No es Verdaguer un poeta acicalado, escrupuloso, nimio, que lleve siempre en la mano el tratado de los tropos y las figuras para distribuirlos acá y allá segun las reglas del arte; es, por el contrario, un poeta de inspiración varonil y libre. La medida y límite de esta libertad no la ha buscado él en los libros de los preceptistas (lo cual no quiere decir que no posea muy sólida y sazónada erudición), sino en el gran libro de la naturaleza abierto para todos aquellos que tienen ojos para ver, corazón para sentir y entendimiento para penetrar las inagotables bellezas de la creación. En las altas y agrestes montañas de su país natal, en las olas turbulentas de los mares, en la agitación de los viajes, en el estudio del corazón humano, en la historia y tradiciones de los



pueblos, es en donde ha encontrado ese riquísimo manantial de poesía, que fluye á veces sereno y apacible, desbórdase otras y cubre sus márgenes como impetuoso torrente, ó bien salta en vertiginosa carrera como potro salvaje, á través de praderas bañadas por la luz del Mediodía y cubiertas de la más espléndida vegetación. Nada rehuye la musa de Verdaguer, porque sabe que no hay cosa, por humilde que sea, que no pueda enaltecer la inspiración de un gran poeta. No se detiene á escoger la palabra ni los objetos. Si encuentra al paso el cardo silvestre ó la rosa de purísimos colores, recógelos ambos y los coloca, sin que parezca extraña la mezcla, en la corona magnífica que teje. Sabe muy bien que esa distinción entre el dialecto poético y el de la prosa, entre los objetos prosaicos y los propios de la poesía, no está sino en la mente de los preceptistas, porque todo en la naturaleza es bello, con tal de que se encuentre aquel aspecto por el cual la cosa es bella. Odia los epítetos cuando sirven sólo para llenar la medida del verso ó añadir un adorno postizo á cosas ó seres que van muy bien sin ellos; se precipita de lleno sobre el asunto, evitando perífrasis inútiles, y llama á las cosas por su nombre. Austero, seco, nervioso en la narración, cuenta las más portentosas hazañas casi sin conmoverse y ¡cosa rara! logra conmover y asombrar á los demás. Describe las tempestades y los trastornos geológicos con la verdad de quien ha vivido frente á frente de la naturaleza y no ha buscado á ésta en los libros. Pinta con una palabra, esculpe con un epíteto vigoroso, de los que él sólo sabe emplear, retrata con una comparación y encierra dentro de un verso una acción completa. Su frase áspera, agreste, salvaje á veces, se suaviza, ablanda y toma en otras los mórbidos contornos de la estatua griega; silba y ruge, arrulla y modula; en boca de los Titanes es soberbia, altanera y rebelde; candorosa y de virginales acentos en la de las Hespérides; tierna, apasionada y majestuosa

en la de su madre infortunada; viril y llena de generosos sentimientos en Hércules, y cuando entre el asombro de los mundos suena en el espacio la voz de Dios, no puede la palabra humana encontrar acentos más solemnes y grandiosos. Aunque el poeta no lo dijera, se comprende que aquella voz tiene algo de sobrehumano.

Otro mérito relevante de la poesía de Verdaguer es la forma verdaderamente escultural de sus versos. Puede decirse que éstos han nacido por sí mismos, sin esfuerzo ni fatiga, perfectos y limpios de toda palabra ociosa. Ni las exigencias del metro, ni la tiranía del consonante enervan un solo momento la potente fuerza de su ingenio, el cual marcha desembarazado y ágil á través de todos los escollos de la composición, salvándolos sin detenerse, no de otra suerte que los membrudos caballeros de la Edad Media lidiaban en los combates, sin sentirse agobiados por las piezas de la armadura, ni ceder al cansancio bajo el peso de las armas. Su facilidad es portentosa en esta parte, y bien puede asegurarse que en todo el poema no se encuentra un solo verso flojo ó desmayado, ni un solo consonante que venga allí traído y encajado por la fuerza. ¡Lástima grande que haya preferido para la narración el pesado verso alejandrino, tan ingrato á los oídos españoles! Dígase lo que se quiera, este metro no es á propósito para la narración, si bien ofrece ventajas para la descripción de espantosas catástrofes ó de espectáculos grandiosos. Es demasiado rígido y acompasado para expresar los diversos incidentes y matices de la narración, la cual exige un lenguaje sencillo, llano, flexible; y para este objeto no puede sostener la competencia con el endecasílabo, que por la variedad de sus acentos, por la facilidad con que prolonga el período hasta el verso siguiente, por su armonía ménos distante de la prosa, por su gallardía y ligereza, por la mayor libertad de su construcción, puede prestar á la narración mayor ameni-

dad y fluidez. Qué hubiera podido hacer Verdaguer empleando tal instrumento, dicenlo las sextinas de la introduccion y de la conclusion, y, sobre todo, el admirable coro de las islas griegas, diamante ático, engastado en la diadema no pulimentada de una princesa salvaje.

## VIII

Este poema, considerado en su conjunto y en las bellezas magistrales que lo enaltecen, no es, ni puede ser, sin embargo, una obra popular. La musa que lo ha inspirado es demasiado austera y elevada para solicitar el aplauso de las muchedumbres, las cuales, por otra parte, buscan tambien espectáculos que despierten más vivamente su curiosidad. Hay en nuestro poeta algo del rapsoda, algo del bardo, algo de los aedas de los tiempos primitivos. Colocadlo en medio de una sociedad primitiva tambien, que se halle en contacto inmediato con la naturaleza y que participe de la ingenuidad y del candor de esas épocas crédulas y sencillas; de una sociedad cuyo espíritu, encontrando poco pasto en las cosas que le rodean, se eleve y dilate por los espacios de lo maravilloso y extraordinario; de una sociedad, en fin, que viva adherida á la tradicion como el niño á los pechos de su madre, y Verdaguer será el poeta popular de esa sociedad, porque hablará y pensará como ella, y sin detenerse á buscar la palabra, encontrará siempre el acento más penetrante, el sentimiento más simpático, moviendo y arrastrando en pos de sí á todos los corazones.

Pero en una época tan varia y compleja como la presente, en que la multitud corre desalada en pos de todo lo que atrae la curiosidad, de todo lo que reproduce con más ó ménos viveza las múltiples y dramáticas escenas de un estado social de agi-

tacion y lucha, obras como *La Atlántida* no pueden ser populares en el sentido lato de la palabra. Pero este carácter de la poesía de Verdaguer ¿constituye un defecto?

Podrá serlo para aquellos críticos que juzgan que el ser popular lo es todo en la poesía, pero si hubiéramos de aceptar sus doctrinas, deberíamos mirar como la poesía más alta y selecta los romances y canciones que corren en boca del vulgo con más aplauso que los poemas, desconocidos para él, de Homero y Virgilio ó los cantos de la *Jerusalén* ó *El Paraíso perdido*.

Puede decirse con todo fundamento, que ninguno de los grandes poetas ha sido popular en este sentido. Pero á pesar de esta indiferencia de la multitud, la serena y majestuosa belleza de la obra del verdadero poeta, se abre paso lentamente, y va adelantándose y dejando atrás á aquellas que coronó el aplauso efímero de la muchedumbre, y avanzando siempre hasta alcanzar el puesto que le corresponde entre las obras dignas de la inmortalidad.

Esto es lo que decía un poeta con hermosas palabras: «Nada avanza la obra, nada, claman osados. Y entretanto la obra verdaderamente grande va poco á poco madurando. Hela aquí, que sale por fin á luz; nadie la mira, ni la entiende en medio del confuso clamoreo: la obra bella pasa á nuestro lado, acompañada modestamente de algunos pocos.»

Mas ¿qué le importa al poeta, el que la muchedumbre desfile silenciosamente mientras él lee sus versos, si entre esos pocos le escucha placentero y atento el divino Platon? <sup>1</sup> Esa muchedum-

<sup>1</sup> Como el poeta de Claros en la Jonia, Antimaco, leyese una vez ante gran concurso de personas una larga composicion, fruto de su ingenio, y viese que el auditorio iba desfilando poco á poco y desapareciendo de allí, ménos Platon, que continuaba sentado, dijo: "Seguiré no obstante leyendo, porque la autoridad de Platon vale á mis ojos más que todos los que se han ido y otros muchos más;" Cic. Brut. c. 51. n. 191.



bre representa al vulgo que se va detrás del tumulto y de las *mgæ canora*, pero Platon representa á la posteridad, es decir, á los hombres selectos de todas las generaciones que irán tejiendo lentamente la corona inmarcesible del poeta. Esas generaciones vendrán á estudiar en sus obras, y, cuando ya hayan espirado los últimos ecos de los poetas *populares*, todavía resonará vibrante la de aquél, y brillará su obra con la perpetua juventud de la hermosura, cuyos rasgos se esculpen en el mármol ó el bronce.

## IX

Pero no todos los críticos han tratado tan acerbamente á nuestro poeta; ántes bien puede decirse que para él se ha anticipado la posteridad. No permiten los límites de esta introduccion reproducir todos los juicios emitidos acerca del poema de Verdaguer; mas en prueba de la admiracion que produjo aquél al salir á luz, indicaremos los principales trabajos que se han publicado con motivo del mismo.

El de mayor importancia es, sin disputa, un estudio crítico, editado en Paris con el título de: *Une épopée catalane au XIX siècle.*—*L'Atlantide de Don Jacinte Verdaguer* (1 vol. en 4.º de 132 páginas) y debido á la elegante pluma de Mons. Joseph Tolra de Bordas, Prelado doméstico de Su Santidad. El distinguido crítico francés, igualmente versado en las modernas y antiguas literaturas, ha hecho una obra digna del poeta. Estudiando *La Atlántida* en sus diversas fases, sujetando cada una de sus partes á minucioso análisis, pone de relieve todas las bellezas que la enaltecen y desvanece casi todas las objeciones dirigidas contra ella. Es un trabajo magistral, que pocas veces flaquea y que da á conocer verdaderamente á *La Atlántida*. Hé aquí el suma-

rio de las cuestiones que plantea.—I. ¿Es posible en nuestra época el poema épico?—II. ¿Tiene España poema nacional?—III. ¿Puede ser nacional un poema catalan en España?—IV. Don Jacinto Verdaguer.—V. Introduccion del poema ó canto preliminar.—VI. Análisis sumario del poema *La Atlántida*.—VII. Dos fuentes del poema: 1.ª, la *Mitología*, Hesiodo.—VIII. 2.ª, la *Geología*, Relato de Platon.—IX. *La Nueva Atlántida* de Bacon. *L'Atlantide* de Lemercier.—X al XX. Análisis detallado del poema catalan.—XXI. Juicio general acerca del poema. Su éxito en Cataluña. Carta de Mistral.—XXII. De algunas bellezas particulares de *La Atlántida*.—XXIII. Talento descriptivo del poeta, que es ante todo el poeta de la naturaleza.—XXIV. *La Atlántida*, poema á la vez religioso y nacional.—XXV. Principales críticas. ¿Es *La Atlántida* un poema puramente geológico y sin interés?—XXVI. De la falta de relieve en los personajes.—XXVII. Mezcla de la oda y la epopeya.—XXVIII. Lo maravilloso en *La Atlántida*.—XXIX. La poesía y el estilo de *La Atlántida*.—XXX. Traducciones de *La Atlántida*.

Este sumario indica por sí solo la importancia de la obra de Mons. Tolra y el esmero con que se ha dedicado á estudiar el poema del Sr. Verdaguer para dar á conocer su relevante mérito. Tentados estuvimos á traducir el libro del sabio crítico francés y colocar la version al frente de nuestro humilde trabajo, seguros de prestar señalado servicio á los lectores, que de este modo podrían saborear una obra de excelente crítica acerca del poema, en vez de soportar la árida lectura de esta mala introduccion. Detúvonos la extension del trabajo, y ¿por qué no decirlo? el deseo de cooperar tambien con nuestro grano de arena á enaltecer el nombre del insigne poeta y de enviarle con estas mal trazadas líneas el testimonio de nuestra admiracion.

Más breve que la obra de Mons. Tolra, pero muy notable

tambien, es el estudio publicado en el periódico *Le Pays* por el distinguido crítico francés Mr. Stephen Liegeard, el cual, sin escasear las censuras y los elogios, concluye con Mons. Tolra que Verdaguer es un genio vigoroso y que se necesitaba nada ménos que la potencia de un atleta para elevarnos á las alturas en que se desarrolla el asunto del poema. No aprueba la mezcla de ambos maravillosos, punto de que hemos tratado anteriormente y encuentra fuera de lugar el coro de las islas griegas, si bien reconoce su alto valor artístico. Nosotros, sin desconocer que, en efecto, queda interrumpida la accion parcial del poema, esto es, la trama de las hazañas de Hércules, no nos atrevemos á calificar este canto como Mr. Liegeard, de *digresion tan brillante como inútil*. La accion principal del poema que no se funda en las hazañas de Hércules, sino en el hundimiento de la Atlántida, no queda interrumpida, ántes bien, á ella se enlaza naturalmente. Esas islas griegas son un pequeño y alegre oasis, que ha brotado en medio de un campo de destruccion, como consecuencia de ésta, y el poeta, cansado de tanto exterminio, de tanta escena de horror, se ha sentado un instante á descansar buscando reposo bajo la sombra de las palmeras y á la márgen de arroyos cristalinos y murmurantes, ansioso de recrear sus ojos en la virginal hermosura de aquella risueña y naciente naturaleza.

Mucho ántes que estos dos críticos había publicado el señor Don Marcelino Menéndez Pelayo un notabilísimo artículo sobre *La Atlántida*. En cuatro rasgos magistrales, nerviosos y llenos de vida, como todo lo que sale de la privilegiada pluma del jóven académico, calificó de un modo admirable el poema de Verdaguer, y dió á conocer en qué consistía su mérito y en dónde estaba la parte vulnerable del mismo. Defiéndelo, sin embargo, indirectamente contra los ataques demasiado apasionados de D. Manuel de la Revilla, el cual, á pesar de

todas sus prevenciones contra nuestro poeta, no dejó sin embargo de rendir tambien tributo á su mérito con las siguientes palabras: «Fantasía brillante y poderosa, llena de plasticidad y colorido; inventiva rica y variada; inspiracion espontánea, potente y entusiasta; fuerza extraordinaria de concepcion; tales son las cualidades que constituyen el númen poético de Verdaguer. Admirable en las descripciones, que si de algo pecan es de exuberantes, sabe trazar cuadros de tan firme diseño y vigoroso colorido, que más parece obra de pintor que de poeta. Gráfico, atrevido y grandioso en las imágenes (aunque no siempre se libra en ellas de cierta originalidad que suele pecar en mal gusto) da á sus concepciones formas verdaderamente escultóricas que se graban de un modo indeleble en la fantasía del lector. Vivo y animado en la narracion, elocuente en el estilo, castizo y algo arcaico en el lenguaje, brillante, abundoso, rico en su versificacion sonora y grandiosa, el Sr. Verdaguer es uno de esos maravillosos artistas de la palabra, que saben dar á la poesía los colores de la pintura y las armonías de la música, mostrando hasta qué punto puede el lenguaje humano trocarse en espejo fidelísimo de la realidad y en verbo magnífico del pensamiento. Bajo este concepto *La Atlántida* es un gran monumento poético y una legítima gloria de la poesía catalana.»

En las palabras que acabamos de trasladar están perfectamente compendiadas todas las cualidades poéticas del insigne catalan, y al escribirlas el Sr. Revilla, mitigó en mucho el efecto de las acres censuras que dirigió á *La Atlántida* por otros conceptos, y de las cuales hemos hablado ya, procurando desvanecerlas ó dejarlas reducidas á las proporciones que justamente corresponden.

Otro excelente estudio crítico acerca de este poema, publicó el distinguido escritor catalan D. J. Sardá, estudio lleno de muy acertados juicios y hermo-seado por un estilo elegante,



vivo y animado. Es el que ha puesto mejor de relieve la superioridad de Verdaguer en el género descriptivo. Véanse aquí sus palabras:

«Verdaguer es por temperamento, si cabe usar semejante palabra, y por su educación poética, lo que en el lenguaje crítico actual se llama un poeta objetivo... Hijo de la naturaleza, amamantado en sus pechos y educado por sus libros siempre en acción, siente esta naturaleza con verdadero cariño de hijo y la traslada á sus versos con el aire, con la luz y con todos los soberanos esplendores que magnifican y enaltecen su modelo. Los montes y los frondosos pinares de su tierra presidieron al nacimiento y sirvieron de cuna á su poema; lleváronselo luego los mares en rítmico balanceo al través de sus grandiosas soledades y lo impregnaron del salobre aroma de sus aguas. El poema es, por todas estas causas, una reunión de cuadros donde se exhibe la naturaleza en todas sus múltiples manifestaciones, descrita con espíritu admirable de observación, cuadro de conjunto formado por agregaciones de cuadros de detalle en los cuales es á su vez un cuadro cada palabra, porque cada palabra es una imagen viviente...» «Los cuadros y las imágenes, dice más adelante, pasan por su poema como pasan en él las aguas del Mediterráneo á través del portillo que la clava de Hércules abre en el peñasco de Calpe; pasan en vertiginosa carrera, desvaneciendo la vista del espectador. La imaginación del poeta corre desalada como ellas; es una catarata de imágenes pintorescas lo que salta de su inspirado lápiz. No como los épicos clásicos se enamora de un espectáculo y lo describe punto por punto, despacio, deteniéndose en todas las partes salientes y mirando sus cuatro costados. Verdaguer no minia; pinta á brochazos informes, nerviosos, pero llenos de color, llenos de luz con la espléndida magnificencia de la realidad, si esta realidad fué realidad allá en la noche de los siglos.»

Podríamos añadir á estos testimonios algunos pasajes de los notables artículos escritos sobre el mismo asunto por los señores Miquel y Badía, Pons y Gallarza, Richmar etc.; los elogios que se han dirigido al autor desde las columnas de casi todos los periódicos españoles y muchos extranjeros; las lisonjeras palabras leídas por el Presidente y Secretario del *Consistorio del Gay Saber*, llenas de entusiasmo y de justicia; los homenajes tributados al poeta por numerosas sociedades literarias; las distinciones de que aquél ha sido objeto por parte de elevados personajes, como Su Santidad Leon XIII, el Emperador del Brasil, que al pasar por Barcelona quiso conocer al autor de *La Atlántida*; la prontitud con que empezó á traducirse esta obra á casi todas las lenguas neolatinas, y si no toda, algunos fragmentos al idioma ruso; pero el hablar de estas cosas, nos llevaría muy lejos de nuestro propósito y prolongaría mucho este trabajo, ya largo en demasía. Quien desee conocer estos detalles y á la vez ver explicadas magistralmente las bellezas del poema de Verdaguer, acuda á la obra de monseñor Tolra, donde encontrará todo cuanto cabe decir sobre *La Atlántida*. Permítasenos, sin embargo, hacer especial mención de la hermosa carta que se inserta más adelante, dirigida al poeta catalán por el primero de los poetas provenzales, por Mistral, que no vacila en decir de Verdaguer, «que después de Milton (en su *Paraíso perdido*) y después de Lamartine (en su *Caída de un ángel*), nadie había tratado las primitivas tradiciones de la humanidad con tanta grandiosidad y pujanza.»

Algo hemos de decir, para terminar este capítulo, de un artículo firmado con las iniciales F. M., y publicado en un periódico de la Corte. Su autor, que parece hombre versado en la moderna literatura, y que además reconoce el mérito poético de Verdaguer, encuentra en este mucho parecido con Zorrilla y Arolas, compara á *La Atlántida* con un poema intitulado *Kós-*

mos, que segun el articulista apenas es conocido en los centros literarios de la Corte, pero de tal mérito, que en nada es inferior á aquélla; afirma que el *Colon*, de Campoamor; *Granada*, de Zorrilla, y *Roger de Flor*, de Justiniani, se acercan más al poema que *La Atlántida*, siendo el último muy superior á ésta, la cual es tambien inferior en muchos codos al *Moro Expósito* del duque de Rivas.

Sin desconocer el mérito de estas obras, alguna de las cuales es de subido precio, como v. gr., la leyenda histórica del insigne duque de Rivas, y las otras muy estimables, permítasenos, sin embargo, decir que *La Atlántida* es de un género tan completamente distinto, que no puede admitir la comparacion con ellas. En cuanto al *Kósmos*, debe tener un valor muy recóndito é inaccesible, cuando ni aún siquiera es conocido en los centros literarios. Por lo demás, aunque admiramos el portentoso ingenio de Zorrilla y la inspiracion lírica de Arolas, no desconocemos sus frecuentes extravíos poéticos, ni mucho ménos creemos que hay analogía entre estos famosos poetas y Verdaguer, en quien brillan cualidades que aquéllos no tienen, como son el vigor y nervio del pensamiento, la rica sobriedad del estilo y una intuicion vivísima de las grandes bellezas.

## XI

Con obra de tanto valor como *La Atlántida*, no atrevimiento, sino inconcebible temeridad ha sido la mía al pretender trasladar en versos castellanos sus magníficas estrofas. No trataré de ponderar las dificultades con que he luchado, quedando siempre en mis impotentes esfuerzos á inmensa distancia del original. Demasiado sé que cuando una obra se entrega al fallo del público, no hay derecho para pedir indulgencia, aún cuando haya

motivos para esperarla, siquiera como en recompensa de los ímprobos trabajos que se han tenido que soportar. Pero alíentame á publicar mi obrilla muy principalmente la benévola aprobacion de quien más perjudicado sale con ella, del autor mismo de *La Atlántida*, el cual, más bien cediendo al generoso impulso del afecto, que á mérito alguno de mi pobre trabajo, ha dedicado á él frases harto lisonjeras, que publico á continuacion, sólo para escudar con ellas mi oscuro nombre literario, y no porque yo atribuya estos elogios á otra cosa que á la bondad cariñosa de su autor:

«SR. D. FRANCISCO DÍAZ CARMONA:

»Gracias mil por la buena obra que usted me ha hecho. Algun crítico de los varios de aquende y allende el Pirineo, que de pasada ó con alguna detencion se ha ocupado de mi poema *La Atlántida*, casi me ha lanzado el reproche de no haber escrito en verso castellano, lo que yo no podía pensar sino en mi lengua materna, que por espacio de más de tres siglos ha sido, sin merecerlo, como la cenicienta de las lenguas neo-latinas. La traduccion que usted ha hecho de mi afortunado poema, por lo que á mí se me alcanza, es preciosa. Usted, al verter mis rudas y algo selváticas estrofas, ha sabido poner en boca de mis héroes versos que no desdeñaran Garcilaso y Herrera; y guardando la debida fidelidad en el traslado del concepto, para que no se le pudiese aplicar el consabido proverbio italiano, ha sabido usar de una discreta libertad, dando á sus versos un colorido natural y un movimiento espontáneo, que más yo no pudiera desear. Diríase además que usted, como hijo de a oriental Granada, en cuya hermosa vega plúgome colocar episodio final de mi poema, ha cubierto los desnudos y mus-



culosos hombros de mis Titanes, con el brillante velo de su rica y exuberante fantasía.

» Crea usted, mi buen amigo, que al pasar mi obra de un idioma á otro, ha ganado en belleza en algunos pasajes, como fuente enriquecida con nuevos é inesperados caudales, y por lo que toca á su material estructura, la misma variedad de metros que usted emplea se aviene mucho mejor á los varios tonos de mi composicion que no el machacon alejandrino á que yo me ceñí, como obligado por imperiosa necesidad; pues en tal metro había yo vaciado, allá en mis primeras mocedades, la leyenda que fué como el embrion, y quizás mejor, el sumario de m poema.

» *Con amore* ha hecho usted su obra, y afortunadamente para mí, ha salido airoso del empeño no liviano. Dios se lo pague, y reciba usted esta sencilla expresion de mi cariñosa gratitud, que durará tanto como mi vida; que no es favor para olvidado de un autor cualquiera, el ver una obra suya, no mutilada en el lecho de Procusto de una version ramplona y trabajosa, sino libre y desembarazada, mostrarse en extraña lengua con el nuevo y holgado ropaje de una traduccion fiel y esmerada.

» Siempre de usted afectísimo s. s. y capellan q. b. s. m.,

JACINTO VERDAGUER, PRESBITERO.

Vich, 27 de Setiembre de 1883. »

A estas afectuosas palabras, que agradezco tanto más cuanto ménos acreedor me considero á ellas, añadiré sólo algunas frases relativas á la elegante traduccion en prosa del presente poema, publicada por el Sr. D. Melchor de Palau. Mucho debo á ella, pues no pocas veces me ha ilustrado para encontrar la

verdadera interpretacion de algunos pasajes, y en otras me he aprovechado de sus versiones poéticas, trasladándolas casi literalmente, como sucede con las palabras que pone el autor en boca de Hércules (canto VI), y con la balada de Mallorca, muestras ambas de lo que hubiera ganado la traduccion en gallardía y hermosura, si el Sr. Palau hubiera acometido la empresa, que yo con tan flacas fuerzas he tenido la audacia de intentar.

FRANCISCO DÍAZ CARMONA.

## PRÓLOGO

### DEL AUTOR DE *LA ATLÁNTIDA*

---

Acaecieron grandes terremotos é inundaciones y, en el breve espacio de una noche, la Atlántida se hundió en la tierra entreabierta.

(PLATON.)

Al leer en uno de los magníficos diálogos de Platon que Solon se disponía á cantar el gran fenómeno geológico del hundimiento de la Atlántida, cuando la muerte, por nuestra mala ventura, heló sus no nacidas inspiraciones, los colores de la vergüenza asoman á mi rostro y siento caerme de las manos mi pequeño libro, convencido de que sólo hubiera podido escribirse á los ardores del sol de Grecia, junto á las mismas antiguas fuentes de la tradicion, estancadas por la ruina de los pueblos, el olvido y el descreimiento.

Ahora, al sacarlo á luz, veo con pesar cuán suntuoso edificio hubiera salido con esas hermosas piedras si hubiesen caído en mano maestra, y que habría terreno sobrado para que prevaleciera un roble en el espacio en que planté este rebrote que, aunque sea rebrote tierno y mal arraigado, me cuesta más que si lo hubiese regado con sangre de mis venas.

Hallábame en los primeros vuelos de mi juventud, y con más motivo para esperar, por tanto, benevolencia, cuando me atreví á poner las manos en este libro, poco satisfecho de mis

canciones y coplas, y arrinconado, según vivía, en una alquería del llano de Vich, sin haber visto más tierra que la que se divisa desde las almenas de la serranía que lo rodea, y conociendo el mar como si sólo en pintura lo hubiese visto; mas esto y mi corto juicio pusieron la pluma en mis manos; de otra suerte, nunca me hubiera atrevido á tanto. Mi alejamiento de los grandes centros, mi falta de experiencia literaria, y, más que todo, el espectáculo siempre nuevo de la naturaleza que es, en sus cosas más pequeñas, trasunto de las más grandes, hicieron que emprendiera el vuelo á la buena de Dios, sin parar mientes en el escaso esfuerzo de mis alas. Las antiguas crónicas de Cataluña y de España, cuyas preciosas páginas deleitábame en hojear, llenaron mi fantasía de aquellos hechos que, por su lejanía y por estar envueltos en la niebla de los tiempos primitivos, echa en olvido la historia, perdiéndolos hasta de la cuenta; y en una obra ascética de Nieremberg, leí por vez primera, entre los terribles castigos con que Dios ha flagelado á la humanidad, el hundimiento de la que tantos sabios geólogos y naturalistas contemplan sumergida en el fondo de la cuenca del Atlántico.

A la sombra de sus naranjos, ¡cuán hechiceras me parecieron las Hespérides, amor de la antigua Grecia, que con dulzura tanta hicieron suspirar á la lira de sus poetas! ¡Cuán imponente el Pirineo entre las llamas; pero cuán tentadoras y hermosas las olas de plata y oro que rodaron de sus fundidas entrañas; cuán grande Hércules alargando con el sepulcro de Pirene la cordillera á que dió nombre, deshaciendo con los golpes de su clava á los gigantes de la Crau, en Provenza, aniquilando á Gerion y al líbico Anteo, poniendo en fuga á las Harpías y Gorgonas, y, en su postrer trabajo, abriendo la montaña de Calpe, dique del Mediterráneo, y soltando á éste como un río sobre la vecina Atlántida, puente levadizo roto por Dios

para incomunicar en épocas de corrupcion á los mundos, vueltos á unir en el más hermoso de los modernos siglos por los titánicos brazos de Colon!

Este, destruyendo las columnas del *Non plus ultra* y rasgando el velo de la *mar tenebrosa*, parecióme el más gentil coronamiento del poema que, con excesivo valor osé emprender, comenzando á escribir sus cantos primeros.

Veces cien intenté retroceder como el que penetra en antro pavoroso de no sondeados abismos; cien veces desfallecido dejé rodar por el declive el mundo de mis pobres inspiraciones, y otras tantas, como Sisifo, volví á subir hasta la empinada cumbre la abrumadora carga, tan poco adecuada á mis hombros de poeta. En tan horrenda lucha en que, vencido ó vencedor, siempre era yo quien recibía los chispazos, obligóme una dolencia á dejar los dulces aires de la patria por las olas de los mares, no tan amargas para mí desde que mecían mis fragantes ensueños, y á ellas me sentía llamado con músicas y cánticos por hermosas visiones juveniles. Halagüeñas ó aterradoras cruzaron ante mis deslumbrados ojos, y, caídas las barreras de mis amadas montañas, ensanchóse mi horizonte poético, como cielo que se despeja.

Vi á Cádiz, la de cien torres de marfil, á Calpe y Abyla, que parecen dos gigantes que el Mediterráneo acaba de separar de un empujón, abriéndose paso entre sus marmóreas plantas. Al pétreo Montgó y al Finisterre pedí sus leyendas medio olvidadas como los pueblos que las dictaron, y al Bétis y al Guadiana recuerdos de las tierras sumergidas, por medio de las cuales debieron de alargarse sus plateadas cintas. Oré ante las sagradas cenizas de Colon, que desde su miserable tumba, afrentosa para nosotros, á quienes donó un continente, parece guardarnos aún la perla de las Antillas; costé las Azores é islas trasatlánticas que, cual pilastras del grande puente derruido, muestran



aún su frente marcada con el rayo de las venganzas divinas.

Imaginéme ver entre ellas á los Atlantes levantar aquellas rocas y escollos arrojándolos contra el cielo y, con aullidos y gritería, trepar, caer, y con los trozos de su pelásgica torre rodar al abismo de las olas, y ¿á qué decirlo? mi poema se acabó por sí mismo, como una de esas conchas que la marea cansada de bruñirlas un día y otro arroja á la playa; y bien ó mal redondeado vedlo aquí.

¿Habré deslucido y menoscabado esas peregrinas tradiciones, tesoro de los siglos, esparcido cual las perlas por las marinas españolas? ¿Habré deshojado esas flores cogidas en la alborada de mi vida en los valles y encinares de mi patria? ¡Oh, si el águila me hubiese prestado sus potentes alas, si hubiese poseído la áurea cadena de la inspiracion de los grandes poetas, con tales perlas, malogradas en mis toscas manos, le hubiera labrado una gargantilla de sultana, y con ellas y otras mejor escogidas flores hubiera coronado sus sienes de reina! Perdóneme ella si ahora oso deponer á sus plantas mi manojillo de espigadera junto á las doradas haces del siempre soleado y por Dios bendito campo de su literatura.

Al despedirme no ha mucho del mar, cuna de mis postreras ilusiones, miéntas ponía mi planta en las escaleras del muelle de Barcelona, poco esperaba yo una acogida tan amistosa como halagüeña para el poema que en mal perjeñado manuscrito llevaba debajo del brazo, salobre aún y trascendiendo á alquitran y algas marinas. Poco esperaba yo que despues de leído una y mil veces en lo apartado del hogar catalan, mostráranlo los propios á los extraños, señalando con una mano y obligando á fijarse en sus escasas bellezas, y cubriendo benévolos con la otra sus defectos y lunares. Al amor de mis compatricios, representantes de la patria y de las letras, más que á mi pobre ingenio, debo la feliz entrada de mi nave en el puerto de la buena fama.

Gracias mil sean dadas á la institucion de los juegos florales que le facilitó y abrió el camino; á la Excma. Diputacion, que le tendió los brazos, y á tantos periodistas, críticos y poetas que cubrieron de flores los secos rebrotes y las espinas de mi ramillete, y en sus alas lo levantaron á tanta y tanta altura que lo han vislumbrado del lado allá del Pirineo, de la opuesta orilla del Ebro y hasta ¡quién lo dijera! de la otra parte del Atlántico.

Hoy, al sacarlo por segunda vez á luz, he procurado dar los últimos toques y pinceladas á algunos de su cuadros, y entre otras, no sé si acertadas adiciones, he añadido, á modo de episodio, el coro de islas mediterráneas.

Lo que en verdad me place y pienso que no ha de desagradar á cuantos hojeen el volúmen de mi tan escasa cuanto afortunada obra, es la version castellana con que se acompaña <sup>1</sup>, lindo y primoroso trabajo de platero, acerca del cual nada me permite decir la modestia del que ha de vestir asimismo con la riqueza del habla de Cervántes estas pobres y sencillas ideas. Y aquí, como muy adecuado final de prólogo y cabecera de *La Atlántida*, transcribo la cordial enhorabuena del inmortal cantor de *Mivèio*, sólo para honrarme con sus conceptos escogidos y bellísimos, como todo lo que mana de su pluma de oro:

«*Maillane (Bocas del Ródano) 18 de Julio de 1877.*»

SEÑOR Y NOBLE MAESTRO:

Acabo de leer atentamente *La Atlántida*, y os envío, sin pérdida de tiempo, la expresion de mi más ardiente enhorabuena. Despues de Milton (en su *Paraíso perdido*) y despues de La martine (en su *Caída de un ángel*), nadie había tratado las primitivas tradiciones del mundo con tanta grandiosidad y pujanza.

<sup>1</sup> Alude á la version en prosa hecha por el Sr. D. Melchor de Palau.

Vuestro magnífico poema me produce el efecto que aquellos animales asombrosos que los mineros hallan en las entrañas de la tierra, y que, reconstituídos por la paleontología, nos revelan los misterios que el diluvio anegó. La concepción de *La Atlántida* es colosal, y su desempeño esplendente. Nunca Cataluña había producido una obra que encerrase en sí tanta poesía, tanta majestad, tanta magnitud, vigor y ciencia tanta. Vense aquí esparcidas, organizadas y redivivas con extraordinaria similitud las tradiciones más antiguas y venerandas de la tierra catalana, y la imaginación, aunada con la ciencia, embellece prodigiosamente vuestras soberbias descripciones.

¡Oh insigne autor! Habéis cumplido con creces las promesas que de joven hicisteis. Recuerdo aún aquellas magníficas fiestas de Barcelona en que os encontré y en que, modesto estudiante, cubierta la cabeza con la barretina morada, os acercasteis á mí con tanta gracia como entusiasmo; todos, bien lo recuerdo, confiaban en vos: *¡Tu Marcellus eris!* habéis realizado centuplicadas las esperanzas que en vos fundó la patria.

De todo corazón os envío mi felicitación y las gracias. La soberana epopeya que acabáis de sublimar á la región de lo ideal, pertenece, no sólo á Cataluña, sí que también, y sobre todo, al renacimiento de nuestra lengua y la *Felibrería* entera se gloria de vuestra obra. . . . .

Os saludo, noble y buen maestro, y de todo corazón os abrazo.

F. MISTRAL.

## INTRODUCCION

---

Encuéntanse en alta mar una nave genovesa y otra veneciana, y se acometen en batalla. — Sobreviene recio temporal, y un rayo vuela el polvorín de una de ellas que, rajándose, arrastra consigo á la otra á los abismos. — Soldados y marineros sumérgense en las aguas; tan sólo á duras penas se salva un joven genovés, el cual abrazado á un trozo de mástil consigue arribar á tierra. — Un sabio anciano, que retirado del mundo vivía á orillas del mar, sale en recibimiento del naufrago; le guía á un rústico altar de la Virgen y seguidamente á su choza de rocas y ramaje, en donde le conforta. Algunos días después, viendo al marino contemplar meditabundo aquellas aguas, le cuenta la antigua historia de ellas para distraerle del pasado naufragio.

Luchar dos naves con tenaz porfía  
 Sobre el Hercúleo Mar, vieron un día  
 Las peñas de la bética región.  
 Flota en una bandera genovesa,  
 En otra ruge, ansioso de la presa,  
 Con sus cachorros, veneciano león.

Vuelan á henderse las tajantes proas,  
 Como al sol del desierto airadas boas  
 Para morir se anudan ó vencer.  
 Rueda cual carro el trueno de la guerra  
 Y hace en sus polos retemblar la tierra,  
 Temerosa también de perecer.

Así en cálida tarde del estío  
 Dos grandes nubes de color sombrío  
 Atácanse bramando, y al obrar  
 En ellas la atracción de sus entrañas,  
 Se extienden al juntarse, las montañas  
 Haciendo, al son del rayo, trepidar.

Crugiendo y rechinando ambas se aferran,  
 Cual corpulentas torres que se aterran  
 Tronchando el bosque secular, y al fin,  
 Entre ayes, voces y clamor salvaje,  
 Suena lúgubre el grito de abordaje  
 Y el hacha muerde cual feroz mastín.

A la lucha sangrienta y carnícera  
 Únese ahullando la tormenta fiera  
 Que de súbito el ábrego impelió.  
 Hirvientes olas encrespadas rugen  
 Sobre las naves que, deshechas, crugen,  
 Como cañar donde el torrente entró.

Por estrechar su abrazo ambas se envuelven  
 Y chocan, se reempujan, se revuelven  
 Encaradas sus bocas de volcán;  
 Y ciegas, sin curar de la tormenta,  
 Hierro y fuego escupiéndolo, por la hambrienta  
 Sima espumosa á despeñarse van.

Tal un bosque de robles montaraces,  
 Que encendió el leñador, á los voraces  
 Soplos del huracán devastador,  
 Hace sonar por valles y laderas  
 Llantos, ayes, rugir de hombres y fieras;  
 De un mundo que perece el estertor.

Súbito un rayo que en el cielo estalla  
 Se ve, ahogando el fragor de la batalla,  
 Al buque veneciano descender.  
 Abrese y rueda al fondo, hecho un Vesubio;  
 Y sobre el genovés rompe un diluvio  
 De espumas, fuego y llamas por doquier.

Carga y nave las olas engulleron  
 Que con ellas los peces compartieron:  
 Sólo un nauta de aspecto juvenil  
 Lucha aún; frágil tabla entre la espuma  
 Descubre, intenta asirla, mas le abrumba  
 Con su peso una ola y otra y mil.

Mide el profundo abismo braceando  
 Y en un trozo de mástil cabalgando  
 Que rige á voluntad, cual un corcel,  
 Al turbión de las olas se abalanza,  
 Como viejo pastor veloz se lanza  
 De acorneadores toros al tropel.

Carne el voraz cetáceo ya adivina,  
 Qué el buitre hambriento, el águila marina  
 Le disputan. El nauta en derredor  
 Recuerdos ve de horrendo cataclismo,  
 Y á cada paso encuentra un nuevo abismo.  
 ¿Quién le podrá salvar? ¡Sólo el Señor! \*

En la cumbre de un monte carcomido  
 Por las olas del mar, del corrompido  
 Mundo huyendo la torpe vanidad,  
 Un religioso venerable habita,  
 Del árbol del saber rama bendita  
 Que florece en la dulce soledad.



Lámpara, ayer del cielo azul pendiente,  
 Deslumbró al orbe y, como el sol poniente  
 Por renacer se oculta, en su vejez  
 Dejó el mundo y sus falsas aureolas,  
 Y anidó como alcion entre las olas  
 Que dieron cuna alegre á su niñez.

Y por la noche, cuando el mar rugía  
 Dando al náufrago faro, él encendía  
 La trémula linterna del altar;  
 Y los que, en llanto envueltos la miraban,  
 — ¡Puerto! ¡Puerto! — postrándose clamaban.  
 — ¡Miradla allí! ¡la Estrella de la Mar!

¡María! Ella es el norte del mancebo,  
 Que reanimado por aliento nuevo  
 Rema ya con esfuerzo sin igual;  
 Y de la aurora al resplandor que aumenta,  
 Ve de cerca la tierra soñolienta  
 Cual vírgen á la sombra de un rosal.

Mira, inquiere, se acerca jadeante;  
 Mas ¡ay! vislumbra un monte semejante  
 A peñascal que el agua descarnó;  
 Y huye, cual retrocede estremecido  
 Quien bajo el césped de verjel florido  
 Víbora medio oculta divisó.

Desvíase con dolor de la árdua sierra  
 Ansiando hallar hospitalaria tierra;  
 Mas ya se rinde el pecho juvenil;  
 Hiélasele la sangre, y casi inerte  
 Sintiéndose á los besos de la muerte  
 Se aferra al leño con ardor febril.

Mira empero á la antorcha que fulgura,  
 Y ve á su resplandor verde llanura  
 Su adamascada alfombra desplegar;  
 Rema, y hasta las olas conmovidas  
 Impúlsanle de pronto enternecidas  
 Al verle tan hermoso agonizar.

Meciéndolo en sus brazos de sirenas  
 Le dejan en blandísimas arenas  
 Sobre cojin de juncos y coral;  
 Cuando, cual ojo amante en celosía,  
 Tras los riscos de Bética salía  
 Por ver al orbe el astro matinal.

Rumor de pasos siente allí cercano,  
 Y ¡oh Providencia! acércase un anciano  
 Tendiéndole los brazos con amor;  
 — Ven — le dice, al primer rayo del alba,  
 Quiero llevarte á Aquella que te salva,  
 Por quien la primavera da su flor.

Vereda, que entre helechos desaparece,  
 Los lleva á un bosque, do la encina crece  
 Y el olivo feraz, manto gentil  
 Del monte, do se eleva entre el ramaje  
 Rústico altar que cubre un cortinaje  
 De humilde yedra y rosas del pensil.

Entra el nauta en la mística capilla  
 Y sobre áspero tronco se arrodilla  
 De la Vírgen bendita ante el altar;  
 Por sus mejillas tiernas y azotadas  
 Del Maestral y las turbias oleadas  
 Siente llanto de gozo resbalar.

Dentro de un hueco, á la capilla aneja  
 Una celda se ve, celda de abeja  
 En brazos de musgoso peñascal;  
 Allí con dulce fruto le convida  
 Sobre afelpada juncia humedecida  
 Por la lluvia del fuerte temporal.

Semeja el alto pico de la sierra,  
 Junto al mar, mirador sobre la tierra  
 De los cielos. Allí una tarde al ver  
 El anciano al marino pensativo,  
 Invítale á sentarse bajo altivo  
 Roble, que el mar no llega á humedecer.

Y abriendo el libro fiel de su memoria  
 Desata el hilo de oro de esta historia,  
 Sarta de perlas de la austral region;  
 Y el jóven, como el águila en los cielos,  
 Dilata de su espíritu los vuelos,  
 Que es angosta la Europa á su ambicion.

La tierra envuelta en lumbre meridiana  
 De su infancia oye hablar, como una anciana,  
 Y alza la frente la adormida mar.  
 Todo acuerda su música al gran cántico;  
 Parece el viejo el Génio del Atlántico;  
 COLON el jóven es que va á escuchar.

## CANTO PRIMERO

### EL INCENDIO DE LOS PIRINEOS

Exposicion. — El Teide. — España naciente. — La voz del abismo. — Invocacion al Dios de las venganzas. — Declárase voraz incendio entre Rosas y Canigó, del cual son presa bosques y rebaños. — La maza de Roldan. — El incendio domina el Pirineo de uno á otro extremo. — Hércules, despues de batir á los gigantes de la Crau, se acerca y saca de entre las llamas á Pirene. — Cuéntale ésta que último vástago de la estirpe de Tubal y reina de España, acaba de ser destronada por Gerion, el cual, para cortarle mejor la retirada, viéndola huir al monte, ha pegado fuego á la maleza. — Muere Pirene, y Alcides le erige un mausoleo de rocas en la extremidad de la cordillera, alargándola hasta el mar. — Regueros de plata y oro que de los riscos descendieron á las llanuras. Conflent y Portvendres. — Baja el héroe hácia Monjuich, en donde se embarca, prometiendo fundar una gran ciudad al abrigo de aquellas sierras.

¿ Ves ese mar que á un polo desde el opuesto alcanza?  
 De Hespérides alegres fué plácido vergel.  
 Cual mónstruo que custodia un campo de matanza,  
 Aún arroja el Teide, bramando, restos de él.

Aquí Atlantes luchaban; allá surgian egregias  
 Ciudades; doquier trinos y canto virginal.  
 Hoy focas se congregan en sus mansiones regias  
 Y en prados de corderos florece ya el coral.

Aquí extendió sus márgenes el continente hesperio  
 Nadie sabe qué tierra, qué mar le limitó;  
 Empero el sol que abarca de un golpe el hemisferio  
 Jamás de extremo á extremo al par le iluminó.



Áureo yugo que unía las tierras ponentinas  
Era y corazón de ellas, cual fuente del Eden,  
Brindábalas con aguas serenas y argentinas  
Y sus inmensos brazos del mundo eran sosten.

Por él, como por puente florido y anchuroso  
Pasaban en las alas de un Mayo perennal,  
Aves de varias plumas y trino cadencioso,  
Tesoros, cantos, gérmenes, fragancia virginal.

Atlas era su rey, el que con sabia mano  
Del cielo azul los signos á un globo transportó;  
El que del sol y el astro que gira más lejano  
La danza misteriosa y armónica explicó.

Así le vió del griego la mente soñadora  
Cual monte coronado de estrellas, sin ceder  
Bajo la inmensa bóveda del cielo abrumadora,  
Su máquina con firmes espaldas sostener.

En estatura y músculos sus hijos le igualaron,  
Mas fragil fué su pecho cual vaso de cristal;  
Pues luego que cien reinos y tronos derrocaron  
Lanzar á Dios quisieron del suyo celestial.

Pero una noche alzáronse bramando mar y cielo;  
Cual hoja expuesta al Bóreas, Europa trepidó;  
Y al alba despertándose, buscó en su amante anhelo  
Al mundo hermano, y llena de espanto no le vió.

Y aún saboreando sus últimos abrazos,  
—¿En donde estás? ¡oh Atlántida! —clamaba en su viudez —  
Anoche, cual solía me adormecí en tus brazos;  
Y en vano ya los míos te buscan otra vez.

— ¿Do estás? — Y do la hermosa las almas atraía,  
— Yo la he tragado ¡plaza! responde ronco el mar;  
Tenderme entre las tierras quiero desde este día;  
¡Ay de ellas si me place mi lecho desanchar!

Con su terrible diestra la hundió el Omnipotente,  
Tragóla el mar, cadáver: ya sólo se ve allí  
Cual dedo de su mano el Teide prominente  
Que va diciendo al hombre: « la Atlántida fué aquí. »

Mástil de un bajel roto, cien islas la rodean,  
Cual destrozados miembros de impura Jezabel;  
Cuando al pasar los siglos el grande estrago vean,  
Dirán: « en esto paran las sendas del infiel! »

Gigante fué que alzóse contra el Olimpo en guerra:  
De Oriente hasta Occidente su brazo dominó;  
Y al cielo, no contento con oprimir la tierra,  
Subir por coronarse de estrellas pretendió.

Mas del Tonante horrenda, derrocadora llama  
Lanzó desde su grada de riscos al Titan  
A un mar de azufre y fuego, do se retuerce y brama  
Bajo la mole inmensa del hervidor volcan.

Y á tí ¿quién salva ¡oh nido de la nacion iberá!  
Cuando la mar el arbol, de do pendías, cubrió,  
Cuando el bajel do estabas cual góndola ligera  
Sujeta, en dos pedazos abierto, se anegó?

¡ Dios! Del tesoro náufrago enriqueció tu popa  
Y del Pirene altísimo te amarra al peñascal,  
Bajo esplendente cielo, tras el mural de Europa  
Y entre risueños mares, cual Venus celestial.

Por eso en tí los griegos á Pluto (1) colocaron  
Viendo entre argéneas peñas tu hermosa faz surgir,  
Mejor que oro de Cólquida vellon en tí encontraron;  
Diste el Elíseo á Homero, á Salomon Ofir.

Al ver que su heredera la Atlántida te deja,  
Los pueblos que te adulan dijeron: ¡bien está!  
¿Qué importan de tu jarro los trozos á la abeja  
Si flor de lo futuro les quedas tú?.. ¡Mas ah!

Cuando furioso el viento conmueve el hondo abismo  
Del mar entre el diálogo escucho su honda voz;  
Gemido que aún le arranca doliente el cataclismo  
Diciendo á sus hermanas con eco triste: »—¡ Adios!

« Fuí la mayor; mis hijas llamaros bien pudieran;  
Dormía entre madreporas Europa la gentil,  
Hilera de islas Cáucaso y el Apenino eran,  
Y ya ornaba mis sienes con rosas el Abril.

» Ví alzarse de su lecho á Nápoles é Iberia;  
VÍ á Grecia, Sahara, Egipto en lo interior del mar;  
VÍ la ola que me cubre jugar sobre Siberia,  
Los Alpes, como vértebras de Europa, erguirse al par.

» Giganta yo, cual mano de Dios, el orbe asía;  
Pirene, Estrella y Atlas por dedos recibí,  
Mas el abismo, abriendo su fauce, hundióme un día  
Mientras los elementos danzaban sobre mí.

» ¿ Y vosotras? Vosotras el mar qué aún os abrumba  
Lanzais sobre mi espalda y al sol mirais brillar,  
Me dais como sudario vuestro cendal de espuma,  
Y sonreís cual huérfanas de madre al despertar.

» ¿ Qué vale que mi nombre Platon muestre á la historia  
Bordado con estrellas (2) en el celeste tul,  
Si ya de mí perdisteis, ingratas, la memoria  
Y para siempre azótame inmenso el mar azul? »

¡ Señor de las venganzas! aliento da á mi cántico,  
Diré el terrible golpe que la estrelló en el mar,  
E hizo al Mediterráneo y al anchuroso Atlántico  
Por desunir los mundos hirvientes rebosar.

Por el tiempo en que Alcides recorría  
 El orbe todo, y con maciza clava  
 De mónstruos y gigantes la barría,  
 (Raza que en lucha criminal se alzaba  
 Contra Dios), en incendio giganteo  
 Estallaba el nevado Pirineo.

Desde las cumbres donde el sol naciente  
 Las selvas dora ya, cruge y rebrama  
 En torbellinos, corre velozmente  
 Y al suelo astur en lava se derrama,  
 Sin que estorben su paso ventisqueros,  
 Ni torrentes, ni picos altaneros.

Sierpe de roja escama parecía  
 Que llamas y humo denso respirando,  
 A través de la Europa discurría,  
 De un mar al otro rápida pasando,  
 Para refrigerar en ellos luego  
 Su melena de chispas y de fuego.

Avanza, ruge, rápido circula,  
 Cual gasas nubes invernales tuesta  
 Su aliento; de la cumbre donde ondula  
 Salvando valles, salta hasta la opuesta,  
 Y cual lanza el volcan su fuego interno  
 Vierte en ellos las llamas del infierno.

Arrollando arboledas se desgajan  
 Peñascos de las cumbres; hechos trizas  
 Hayas y fresnos crugen y se rajan  
 Por la vertiente, vueltos en cenizas;  
 Y humo y llamas se enroscan y confunden  
 Con el polvo de albergues que se hunden.

Y viendo que apagarlo no consiguen  
 Con su llanto, se mesan los cabellos  
 Y escapan los pastores; en pos siguen  
 Balandando los corderos, y con ellos  
 Sin tocarles siquiera, huyen medrosos  
 Los ahulladores lobos y los osos.

Tal el árabe huyó, cuando arrastrando  
 Aquellas peñas ancho río de hierro  
 Transmitieron el grito de Rolando.  
 Con amago de muerte y de destierro  
 Su mazo fué á caer, do la gallarda  
 Cumbre de Estérri (3) aún trémula lo guarda.

Ni al águila le valen sus potentes  
 Alas de oro; cerca ya del cielo  
 A do remonta el vuelo  
 Como á colgar su nido, las ardientes  
 Llamas le abaten; rápido devora

El incendio á la vez á la corneja  
Y al blanco cisne que en las aguas mora.

En tanto abrasadora  
Rama de un torbellino yermo deja  
El valle con sus blancos caseríos,  
La sierra y sus selváticos pinares,  
Y hasta los fijos lindes seculares  
Con que dan á las tierras españolas  
Franja de plata los azules mares,  
Ya les disputan sus ardientes olas.

Por el atajo impele á las llanuras  
Gamos, lijeros hircos y tejones;  
Enróscase silbando en las honduras;  
Del llano brinca al cerro; los peñones  
Derrumba en la vertiente, y su maciza  
Mole arrastrando rápido, los lleva  
En carbon convertidos y en ceniza.

Y el muro de granito que se eleva  
Entre Francia y España, coronado  
De nieve y tempestades se sublima  
Como brazo de Dios, al estrellado  
Toldo de azul damasco, por encima  
De otro monte de fuego.

Se dijera  
Que la serpiente mónstruo, contrahaciendo  
Rojo cometa, del incendio en alas,  
Erguíase del cielo hasta la esfera,  
O que para asaltarla, con sus hombros  
Iban formando altísimas escalas  
Negros demonios, del abismo escombros.

Y al henchirse el espacio de humo denso,  
Y al fundirse la altiva cordillera  
Con el calor vivísimo é intenso,  
Bajo el manto de llamas que la oprime  
Y el huracan azota en su carrera,  
Cual triste corazon la tierra gime.

En tanto junto al Ródano, deformes  
Gigantes (4) salen contra el fuerte griego;  
Bajo las peñas que rodando enormes  
Sobre él arrojan con encono ciego,  
Pudieran bien pastores y ganado  
Hallar seguro asilo. Sepultado

Le creen, cual en su fosa,  
Cuando llama de cólera y despecho  
En sus ojos de súbito fulgura;  
Alza su férrea clava poderosa,  
Los tumba y cual terrones de barbecho  
Al paso del rodillo, los tritura.

Hácia el incendio entonces se encamina  
Rápido al ver que su fulgor difunde  
Más que las nubes alto, y llanto oyendo  
Y clamor, los desnudos brazos hunde  
En él, de asombro retemblar haciendo  
Aldeas y pastores. Quiebra oculta

Se abre en la sierra inculta  
De Canigó, entre peñas y zarzales;  
Allí de una á otra roca, en arco ingente  
Tendido había sus brazos colosales  
El fuego, semejando el alto puente  
Del Diablo. Culebrean  
Sólo algunos almeceas encendidos



Al rodar, y de chispas y de llamas  
Dejan la estela en pos; mas sumergidos  
En el agua, al caer chisporretean,  
Y de las olas al bramar responden  
Tristísimos gemidos.

Lejos del mundo, allí morada tiene  
En húmeda guarida, que da espanto  
A osos y lobos, la infeliz Pirene;  
Y sobre escueta peña, mal cubierta  
De sus blondos cabellos con el manto  
Hállala el griego moribunda y yerta  
Por el terror. Cual rosa delicada  
Que al verse trasplantada  
Echa de menos la feraz ribera,  
Sácala mustia de la inmensa hoguera,  
Y no bien á la plácida frescura  
De un sauce la coloca, la infelice  
Con triste voz, en lánguido desmayo  
— « Aquí moriré — dice. »

« Y á tí que entre las alas del corazon piadoso,  
Me acoges compasivo, las llaves quiero dar  
De España, que en la tierra te ofrece nido hermoso  
De amores, si la quieres de la opresion librar.

» Los cerros oreaban aún sus cabelleras  
Que ungió el diluvio, dándoles por velo el mar cruel,  
Y tornadizo el hombre abriendo allí canteras  
Alzaba junto á Eufrates los muros de Babel.

» Dios, viendo que á su alcázar ponía las escalas  
Envuelve en confusiones la torre del audaz,  
Y cual pollada tierna, que va á tender las alas  
Dispérsanse los pueblos del mundo por la faz.

» Cada cual á su rama voló; Tubal á España,  
De los paternos reinos floron, vuela tambien;  
Cerca de Tarragona levanta una cabaña,  
Que allí campo y riberas recuérdanle su Eden.

» Da leyes á su prole, la nutre en la doctrina  
Salvada del diluvio por el linaje fiel,  
Graba en su pecho el nombre de Dios, y así encamina  
Del corazon las alas nacientes hacia Él.

« Corriendo las edades, llegó de mano en mano  
Hasta mi amado padre su cetro secular;  
Mas lánzale la muerte del trono soberano;  
Ni el sol por relevarle negárase á bajar.

» Y siendo de su raza yo el vástago postrero,  
Cual leñador al árbol, aquí vino Gerion,  
El de las tres cabezas, el mónstruo horrendo y fiero,  
Más vil de cuantos Libia contiene en su region.

» Al verme mujer débil, me arranca la corona,  
La mercadera Gades con torres guarneció,  
Y al dar otras más firmes á tí, inmortal Gerona,  
El valle donde oculta me hallaba, divisó.

» Temiendo que yo el cetro recuperase un día,  
Para abrasarme en ellas las selvas hizo arder,  
Y nuevamente á Gades sus tardas vacas guía,  
Ya que cerrado el cerco de llamas logró ver.

» ¡ Muero ! Cuanto él usurpa mi voluntad te dona,  
Conquistalo si quieres, desplega tu valor;  
De Tubal venga el nombre y es tuya su corona,  
Hágala Dios altísimo sobre tu sien mayor. »



Dice y el frío beso de la muerte  
 Petrifica sus labios, deja muda  
 Para siempre su voz; junto al inerte  
 Cuerpo suspira y llora el fuerte griego,  
 Cual árbol, á quien ábrego desnuda  
 De sus ramas floridas.

Mas ya el fuego

Todo lo invade; estallan las montañas  
 Y en hirvientes volcanes convertidas,  
 Arrojan por mil quiebras, derretidas,  
 Las riquezas que ocultan sus entrañas  
 Y que en su falda acogen las llanuras.

Vierten al par auríferos arroyos  
 De virgíneo fulgor hasta agotarse  
 Las ánforas volcadas, y al mirarse  
 De humazo y chispas invadido y lleno  
 El cielo azul, por ellos cambiaría  
 Los luceros que brillan en su seno.

Al deshacerse la nativa plata  
 En madejas de aljófar, con el oro  
 Que entre amarilla espuma se dilata  
 Mézclase, y ambos ríos, bulliciosos  
 Niños, que al íris siguen, de ribera  
 En ribera descienden presurosos,  
 Para empezar sus juegos infantiles  
 De Cataluña hermosa en los pensiles.

Así cuando la malva y el romero  
 Florecen, de colmena miel rosada  
 Por los campos se vierte, y placentero

Al despertar el sol tras la alborada  
 Con su melena fúlgida, ligero  
 Enmanta al par la bóveda azulada.

Cubrió el fuego los montes y verdosas  
 Llanuras, eclipsando con su brillo  
 El fulgor de las trémulas estrellas.

Nueva lluvia de rosas  
 Cubrió el rosal, y espléndido tesoro,  
 Sobre el acebo y rústico tomillo,  
 Dejó caer al liquidarse el oro.

La pirenáica Venus nombre y fama  
 Dió á Portvendres (5) y al viejo Pirineo  
 Del incendio voraz (6) la activa llama.  
 Y despues, al cuajarse, en el umbroso  
 Valle el licor virgíneo, cual trofeo,  
 Nombre le dió á Conflent (7) aún más gracioso.

Y cuando ya los montes apagando  
 Con rociador de nubes fue el Levante  
 Lacrimoso (8), en la cumbre más distante,  
 Que el fulgor baña de naciente aurora,  
 Los tristes restos deposita el griego  
 De la infeliz Pirene y al par llora.

Y luego, despojando aquella tierra  
 De picos y resaltes, descrestando  
 Cerros y montes, alto mausoleo  
 Erigióle de sierra sobre sierra,  
 Que en confuso desórden hacinadas  
 Hacen gemir la máquina del orbe  
 Bajo su enorme peso giganteo.

Desde esta hazaña Cataluña pudo  
Hallar abrigo, proteccion y escudo,  
En muro nuevo de escarpada roca,  
Y alargado hasta el mar el Pirineo,  
Que desde entonces con sus ondas baña,  
Mas distante de Francia durmió España.

En su tarea de cíclope le hostiga  
La sed y en la enemiga  
Sangre de Gerion saciarla ansiando,  
Por la vertiente que con rubia espiga  
De pasada estacion amarillea,  
De Creux á Monjuich veloz descende  
Cual leon que la víctima olfatea.

Allí humilde postrándose ante el ara  
De Júpiter oró; los ojos tiende  
Luego al mar y repara  
Rápida barca que á la costa llega  
Blandamente meciéndose, cual bello  
Cisne de blanca pluma y blanco cuello,  
Que entre las sirtes sin temor navega.

Una ciudad fundar en la comarca  
Promete que difunda el alto nombre  
Por todo el mundo de la hermosa barca,  
Para que al ver que fuerte y arrogante  
Como cedro del Líbano descuella  
Entre los otros pueblos, diga el hombre:  
Hija es de Alcides y cual él, gigante.

No en vano pidió el griego para ella  
A Neptuno el tridente, el fulminante

Rayo al potente Júpiter divino;  
Que si con sabias leyes ¡ oh Barcino !  
Diste á los mares invencible valla,  
Las cinco barras que tu escudo ostenta,  
Centellas fueron, cuya luz sangrienta  
Iluminó los campos de batalla.

## CANTO SEGUNDO

## EL HUERTO DE LAS HESPÉRIDES

Tarragona.—Las bocas del Ebro.—Los Columbretes.—Valencia y Mongó.—La cuchillada de Roldán.—El Muley-Hasen.—El Héroe desembarca y Gerion para deshacerse de él, háblale de la reina Hésperis y del retoño del naranjo que es fuerza le presente quien la pretenda por esposa.—Descripción de la Atlántida.—El huerto de las naranjas de oro.—Hércules después de dar muerte al dragón que custodia el naranjo, alcanza su rama cimera.—Las siete hermanas recuerdan llorando que al morir Atlas dióles como signo de las postrimerías de su patria la muerte del dragón.—Recuerdo de la triunfal expedición de los Atlantes al Oriente.—Su derrota.—Fatales auspicios de las Hespérides.

Salta á tierra y no bien á verle alcanza  
Tarraco, el muro que la ciñe cierra,  
De los cíclopes obra; escudo y lanza  
Embrazada, y dice al par en son de guerra:  
—Músculos tiene de Titan potente,  
Mas yo con él lidiara frente á frente.

De las bocas del Ebro los enormes  
Vórtices salva el griego, y duda, viendo  
Los *Columbrets*, (1) si aquellos tan deformes  
Gigantes que con ímpetu tremendo  
Dejó muertos en tierra, se levantan,  
Y en la mar á su encuentro se adelantan.

Más allá la fructífera ribera  
Del Turia ve, guirnalda bella ahora  
De la gentil Valencia, y placentera  
Música diz que oyó grata y sonora,  
Cual si á su lecho de espumantes linfas  
Le llamasen benévolas las ninfas.

Deja el alto Mongó (2) de faz sombría  
Y la cumbre que en dos tajó el acero  
De Roldán (3); las de Murcia y Almería  
Pardas cimas, y luego el altanero  
Mulhacen, rey de España, que arrogante  
Con blancas nieves forma su turbante.

Cerca de donde el Africa es lindero  
De Europa, presuroso á tierra salta  
Y va contra Gerion, el rey vaquero,  
Quien al verle venir, la clava alta,  
Se postra ante él, en muestra de tributo  
Y así le dice adulator astuto:

«Contempla el llanto que mi rostro baña  
Águila de los héroes; ¿darme muerte  
Ha de ser ¡ay! tu postrimer hazaña?  
Ya rindo la cerviz; mas esa fuerte  
Diestra detén; recibe mi corona  
Si es que tu noble pecho la ambiciona.

Mas estrecha será para tu frente,  
Pues titan que ante Alcides no se rinda  
El orbe nunca vió. Mira á Occidente  
Do Atlántida te aguarda; ella te brinda  
Solio digno de tí, pues grande y bella  
Sólo á tu altura se levanta ella.



Hésperis es su reina; cubre el luto  
 Su tálamo nupcial, y un pecho amigo  
 Ansía que la consuele; cuando el fruto  
 Saborees de esa palma, yo te digo  
 Que exclamarás: ¡dejadme aquí, dichoso  
 Bajo su sombra disfrutar reposo!

Mas es preciso, (así hablándole artero  
 Le cavaba la fosa) que tu diestra,  
 Si quiere hacerle obsequio lisonjero,  
 De aquel naranjo, cuyo fruto muestra  
 Entre esmeraldas la color más roja,  
 La rama superior para ella coja.

Y cuando con la flor de la belleza  
 Te gallardees, el sol su lumbre pura  
 Detendrá á ver tan grande gentileza.  
 Su vigor dará Oriente, su hermosura  
 Poniente... ¡oh, grande raza que se siga  
 A union tan dulce; el cielo la bendiga! »

Óyelo el griego, y ve la vil celada,  
 Mas le desprecia.—Allá lejos verdea  
 La atlántica region. Rubia cebada  
 Distingue y candeal que amarillea,  
 Cual mar de oro, que con ledas ondas  
 Entre jarales se desliza y frondas.

Ni árida playa, ni montaña inculta  
 Descubre; todo el césped lo entapiza;  
 Y entre el bejuco que la tierra oculta  
 Bajo múltiple trenza dobladiza,  
 Su jugoso racimo placentera  
 Mece desmelenada la palmera.

Saborea la raiz del olmo umbrío  
 En los riscos la cabra, desde peña

Que pende gigantesca sobre el rio  
 Y en fraternal union á la halagüeña  
 Sombra de limoneros y manglares,  
 Se agrupan los bisontes á millares.

El Atlas y el Pirene, que barreras  
 Son de dos continentes comarcanos,  
 Sus altas, prolongadas cordilleras  
 Aquí entrelazan como dos hermanos,  
 Dando encumbrada nieve á los condores,  
 Verjeles á los dulces ruisseños.

Cimbrea gigantes ciervos el ramaje  
 De sus astas, que el ave por ingentes  
 Arboles toma; el mastodon salvaje  
 Azora á las gacelas inocentes,  
 Y del mammoth enorme la maciza  
 Mole tambien á aquel atemoriza.

Del mundo á la heredera, cual menores  
 Hermanas, dar la mano parecían  
 Europa y Libia, y ella á los fulgores  
 Del genio, que en su sien resplandecían,  
 Las guiaba amorosa y sonriente  
 Al trepar de los siglos la pendiente.

Guadiana y Duero, que absorbiendo agotan  
 La plata y oro que en copiosas minas  
 De las planicies de la Iberia brotan,  
 Por lechos que abrillantan perlas finas,  
 Murmurantes rodando culebrean  
 Y campos y pantanos hermocean.

Con vertientes de Libia en su carrera  
 Júntanse, y el Genil con Rio de oro  
 Se enlaza; si de Bética hechicera  
 Aquel trae los murmullos y el sonoro  
 Rumor, éste transporta el grato aroma  
 Que en Costas de Marfil y Palmas (4) toma.

De pórfidos y mármoles ornada  
 Cual de copos de nieve, entre ambos ríos  
 Contemplándose en ellos, recostada  
 En el Atlas y al pié de sus sombríos  
 Arboles, reclinada muellemente,  
 Está la Babilonia de Occidente.

Entre helechos altísimos blanquean  
 Allá á lo lejos las altivas frentes  
 De torres y menhirs, que señorean  
 Los aires cual pirámides ingentes,  
 Y del cielo la bóveda azulada  
 Tocar pretenden con su cumbre osada.

Nunca el inmenso mar abarcar pudo  
 La region de su imperio tributaria,  
 Que se aduerme á la sombra de su escudo;  
 Y Tangis, Casiterides, Mellaria (5),  
 Tule y Albion, le dan humildemente  
 Naves cargadas de oro reluciente.

Mas... ¿ quién tan bella al verla lo diría?  
 El cáncer del pecado roe su seno  
 En medio de su frívola alegría,  
 Y en vano el sol, entre el humor que, lleno  
 De inmundo vírus, de su pecho mana,  
 La buscará en su tálamo mañana.

Por entre bosques de árboles y flores  
 Ábrese paso Alcides; espantados  
 Búfalos y leones saltadores  
 Huyen ante su planta apresurados,  
 Y ve al tercero día, surgir, lleno  
 De esplendorosa luz, el huerto ameno.

Y corona formándole, al instante  
 Ve amarillas brillar, entre las frondas,  
 Las seductoras frutas. Rutilante  
 Sol, que surge del aire entre las ondas  
 Y el mundo alegre con su luz y fuego,  
 Parece cada poma al noble griego.

Por entre setos de arrayán se acerca  
 Y balsámicas áuras sus ardientes  
 Sienes lánguidas besan; allí cerca  
 Dulce rumor de árboles y fuentes  
 Distingue, y ve que, compasivo el cielo,  
 Lluvia de perlas tiende sobre el suelo.

Cidros y cinamomos olorosos  
 Al dulce peso de la flor temprana  
 Doblándose, se enlazan en umbrosos  
 Pórticos, do la luz de la mañana  
 Tras de la verde, espesa celosía,  
 De frutos áureos, afanosa expía.

El cerezo gentil se balancea,  
 Viviente ramo do su aroma blando  
 Vierten Mayo y Abril; ya bermejea  
 Su fruto, entre las perlas resaltando,  
 Que de la vid la trepadora rama  
 A colgar en las hojas se encarama.

Claros arroyos, fuentes, cuyas olas  
Se aduermen entre flores, blandamente  
Se deslizan, al par que sus corolas  
Abren junto á la márgen sonriente  
Las flores, dando á las abejas, lleno  
De néctar grato, el pudoroso seno.

Por sus bocas de mármol ancho río  
Los surtidores lanzan, y disperso  
Luego de plata en líquido rocío,  
Corona al árbol con matiz diverso  
El Iris jugueton, y tras sus tintas  
Las del cielo se ven aún más distintas.

Cascadas mil en grutas cristalinas  
Y en gradería de pórfido, espumantes  
Sus olas quiebran; ninfas peregrinas  
Destrenzan sus cabellos ondulantes  
Entre la espuma, y van alegremente  
Juguetando en pos de la corriente.

Ave del paraiso por la amena  
Ribera salta con ardor festivo;  
Alegre el trino del sinsonte suena  
Al mismo tiempo que el del mirlo esquivo,  
Y á intervalos se queja con dulzura  
El querencioso tordo en la espesura.

Y, líras del Edén, los rui señores  
Bajo la sombra á reposar le incitan  
De su rama y tejiendo con cien flores  
Guirnaldas y coronas, ya le invitan  
Niños, que son cual ángeles hermosos  
Y con ángeles juegan bulliciosos.

Mientes no pára el griego, y se apresura  
A internarse hácia donde con su aroma  
Y su argentino son y su hermosura  
Le atrae el naranjo, que gallardo asoma  
Y se asemeja con su fruta gualda  
A un estrellado cielo de esmeralda.

Bajo arcadas frondosas, al sonoro  
Eco de dulce lira, se recrea  
De las bellas Hespérides el coro;  
Con pomas y cerezas juguetea  
Sobre el musgo, y con júbilo saltando  
Naranjas de las ramas va arrancando.

Bajo dosel de brionia y de jazmines  
Siete nupciales lechos engalana  
Su madre, al suyo solitario afines;  
Con lentiscos en flor los cubre ufana,  
Que ya para la boda ataviados  
Se aproximan alegres los velados.

Entre juegos y risas infantiles  
Súbito al héroe ven; lleva sujeta  
Piel de leon al pecho; sus viriles  
Formas, su espalda de membrudo atleta,  
Su marcial apostura las hechiza  
Y al par su corazón atemoriza.

La excelsa rama para asir el griego  
Avanza, y desenróllase deforme  
Dragon (6), vibrando por los ojos fuego;  
Blande, cual lanza, en derredor su enorme  
Cola, y con garra y dientes inhumanos  
Por poco le cercena entrambas manos.



Él hurta el cuerpo, y con el pié, sereno  
 La cabeza le aplasta, el mónstruo humilla  
 El vuelo casi exánime; veneno  
 Sanguinoso las flores amancilla,  
 Y su mirada, que espantosa vaga,  
 Cual luz de exhausta lámpara se apaga

Muriendo, al tronco enróscase y se anuda  
 Haciéndolo crujir y descuajarse  
 Entre las bascas de la muerte ruda,  
 Y al verle las Hesperias desangrarse,  
 Con doliente y tristísimo lamento  
 Alzan al cielo el virginal acento:

« Atlántida, ¡ay de tí! Mas ¡ay de aquellos  
 Que madre te llamaron! Los destellos  
 Del alba nueva acaso no verán.  
 Pues ya de nuestro Padre el vaticinio  
 Se cumple, y condenados á exterminio  
 Atlantes, Dioses, Patria á morir van.

« Él exclamó al morir: « Gigantes fuimos;  
 Sangre verter, sudar de espanto hicimos  
 Con nuestro aliento al mundo; nuestro pié  
 Si un monte lo atajó, tornólo en llano;  
 Ni bosque umbrío, ni férvido Océano  
 Estorbo nunca á nuestra marcha fué.

» Cual ariscos pardales azoramos  
 Arpías y Amazonas, y logramos  
 Su linaje del Africa extirpar;  
 Con sangre de Gorgonas sus arenas  
 Teñimos, para herirlas, sus melenas  
 Duras de sierpe garfeando al par.

» Los Apeninos y la alpestre sierra  
 Rompimos y el Pirene. — ¡ No más guerra  
 Ni sangre! — el corazón dijo despues;  
 Mas ya Libia y Europa (7) sometidas,  
 Cual dos becerras á su yugo uncidas,  
 Teníamos ¡ infelices! á los piés.

» Y hasta la cumbre así. Mas todo luego  
 Derrúmbase al tocarla. A sangre y fuego  
 Atenas hacia acá nos rechazó,  
 Y al ver nuestra derrota y retroceso  
 De nuestra férrea planta bajo el peso  
 La Atlántida cual tumba resonó.

» Mi imperio que hundió tantos, á su ocaso  
 Toca y el que en Oriente á nuestro paso  
 Con nuevo soplo despertó vital  
 Dará, con fuerte mano, en un momento,  
 Huesos, cenizas y renombre al viento  
 Del pueblo aquel, que se creyó inmortal.

» Los cláperes y dólmenes gallardos  
 Que nuestra mano alzó, como bastardos  
 Hijos ¡ay! nuestro nombre olvidarán;  
 Y á los siglos que indaguen nuestra historia  
 — « El rastro somos, la única memoria  
 De un pueblo de gigantes » — les dirán.

» Y cuando trate la futura gente  
 De héroes ó sabios mirará al Oriente;  
 Y alardeando inspiracion, tal vez  
 Olvidarán los sábios de otra Era  
 Que en Occidente más de una lumbrera  
 Surgió con soberana esplendidez.

» Mas no; el mar que en su férvido oleaje  
Nos sepulta, con áspero lenguaje  
De Atlántida el renombre extenderá;  
La que á Egipto del orbe el magisterio  
Dejó, pues no era aún Grecia, y nuestro imperio  
Imperio de gigantes era ya.

» Cuando al dragon con planta valerosa  
Héroe de anchas espaldas y ondulosa  
Melena aplaste ¡mísero! ¡Ay de tí,  
Pueblo de Atlantes! ¡para todo entero  
Se ensanchará mi fosa! — ¡Ay! el guerrero  
Que anunció nuestro padre vedlo aquí!

» ¡Míralo, estirpe Atlántica! Ya llega en son de guerra  
El leñador. Desgájate; y tú, que tiempo ha  
La nutres con tu sávia, poca darásle, ¡oh tierra!  
Que á cercenaros viene al árbol, y á tí ya.

« Vimos á nuestro padre, en sueños, que lanzaba  
Al huerto los caballos de Posidon, y al par  
Que el Dios con su tridente la tierra socayaba;  
Sueño fué; mas se sienten crujir ya cielo y mar.

» Madre, colgad del sáuce la lira, nuestro al viento,  
Que ya no danzaremos en el umbrío verjel;  
No adorne nuestros tálamos el mirto soñoliento,  
Que allí la muerte fiera, con su mirar sangriento,  
Aguarda para darnos el ósculo cruel. »

## CANTO TERCERO

### LOS ATLANTES

Congréganse en el templo de Neptuno. — Razonamiento del Caudillo — Sus malos augurios. — Pregunta á los que vienen de remotos países qué nuevas traen á la asamblea. — Uno que llega de las comarcas de Poniente responde que un brazo de mar las ha medio anegado. — Otro, recién venido de Tule, deduce fatal pronóstico de las auroras boreales. — Entra súbitamente un Titan, que llega por la vía del Sur, y tembloroso aún, refiere haberse escapado de una espada de fuego que abrasó á sus compañeros. — Perciben á la sazón que un terremoto conmueve el templo, á la par que un rayo decapita la estatua triunfal de Neptuno. — Oyen el clamor de las Hespérides y convirtiendo en armas los árboles y las columnas del atrio, embisten á Hércules. — Gran combate.

El templo en que á Neptuno circundan los Atlantes,  
De rocas sobre rocas formado está; arrogantes  
Ellos en torno agrúpanse, cual viejo robledal  
O como espeso bosque de encinas braceantes,  
Que al risco dicen: « Somos, cual tú, de pedernal. »

A sus hermanas bellas, las de mirar de cielo,  
Aguardan para darlas cual premio de su celo,  
A sus mejores súbditos en vínculo de amor.  
Súbito un mal presagio despierta su recelo  
Y en otra Babel tórname ya el templo á su clamor.

Levántase uno de ellos que imágen es viviente  
 Del ángel que postrara la mano Omnipotente;  
 De la memoria humana su nombre Dios borró.  
 La bóveda del templo que toca con su frente  
 Al eco de sus roncós acentos retembló.

— Titanes, algo horrible el orbe espera  
 Algo que acaso á nuestros hijos mismos  
 Relatar no podremos; la altanera  
 Torre de nuestro orgullo en los abismos  
 Parece hundirse y tiembla con violencia  
 Bajo los piés, el mundo, nuestra herencia.

Nos lo dicen las nubes en figura  
 De espectro, con su grito enfurecidas  
 También las tempestades, y en la altura  
 Astros de cabelleras encendidas  
 Lo escriben, enlazando al par con ellas  
 Carácterés de rayos y centellas.

Veó entre brumas replegarse el cielo  
 Y, cual de un cuervo tras el ala oscura,  
 A trechos asomar; hiéndese el suelo  
 Hambriento á nuestras plantas, é insegura  
 Raza de Atlantes, pienso ya que tienes  
 La corona imperial sobre las sienés.

A medio abrir marchítanse las flores;  
 Aún no llegó el otoño, y ya gimiendo  
 Desparecen las aves, los furorés  
 De algun castigo inmerecido huyendo,  
 Y al verlas alejarse, con quebranto,  
 Quien no puede seguirlas rompe en llanto.

Alegre la corneja ya se muestra;  
 Cuentan, que hácia atrás lanzan su corriente  
 Los ríos y que en esta tierra nuestra  
 Un niño al ver la luz, rápidamente  
 Retrocedió, gimiendo de pavora  
 Del seno maternal á la clausura.

¿Qué hemos de hacer? Seguir á la riada  
 O bogar contra el hado á vela y remo?  
 ¿Mofarnos de la gente acobardada  
 O aligarnos con ella en este extremo?  
 ¿Qué hemos de hacer? Decid, Titanes nobles,  
 De corazones fuertes como robles.

Antes contad qué os trae. Tú, cuya vida  
 Junto al lecho del sol dulce resbala,  
 ¿Por qué dejas los campos que florida  
 Yerba olorosa viste con su gala,  
 Y que agostar los dioses con su aliento  
 No pudieran, si tal fuese su intento?

---

« Tuve un hijo, responde, cual palmera  
 Que colibríes mece en primavera;  
 Pero alzóse rebelde contra mí,  
 Y aunque apuesto y gentil y jóven era,  
 La muerte yo le dí.

En un hoyo lo eché; de ceiba y palma  
 Con hojas le abrigué, temiendo el alma  
 Le viese el gran *Zemí* que arriba está.



¡Mas ay! ¡del corazon la dulce calma  
Se fué, no tornará!

Mis ojos ya reposo no tuvieron;  
Que entre mameyes y caobos vieron  
Otros dos ojos en la azul region.  
— Padre, dormid, mis hijas me dijeron;  
Dormid, dos astros son.

— No son estrellas, no, niñas hermosas,  
Que del alto jardin éstas son rosas  
Y aquéllas mis espinas de dolor;  
Dormid vosotras, flores candorosas,  
El sueño del amor.

Eran ojos de ceja justiciera,  
Que parecían decir con voz severa:  
— ¿Dónde está tu hijo hermoso, dónde?.. Ví  
Caer un brazo de las nubes. ¡Era  
El brazo del *Zemí!* »

¡Perdon! grité, saltando de la hamaca  
Cuando sonó su grito en mi barraca:  
« En la cueva del crimen bulle el mar.  
De cuanto ves por si tu mancha saca  
Ni rastro ha de quedar. »

Dijo; y ya de la cueva el mar salía  
Y de agua y cieno el césped recubría.  
Yo, el nativo lugar mirando, huí;  
Selvas, cabañas, valles... nada había  
Ya, ni cumbres allí!

De Haytí la tierra que mi pecho ama  
Rota en islas está (1); ya el de Bahama

Fértil país es árido arenal  
Y, siguiéndome hambriento, el mar aún brama.  
Llega, ¡quizá le llama  
Mi sangre criminal!

Titan, que en Tule fria el sol no ve, habla luego;  
« Tambien ay, del diluvio presagios descubrí;  
Tenderse en rojas trenzas, en espiral de fuego  
La boreal aurora por el Oriente ví.

» Y, cual arrastra conchas el mar y coralinas,  
Desengastaba estrellas, que en pos arrebató;  
Mas súbito arrojándolas, cual flores entre ruínas,  
Con signos pavorosos los cielos sombreó.

» ¡Ay de tí, pueblo atlante! ¡Ay de tu vasto imperio  
Que como el sol declina desde el zenit al mar!  
Eso, que el cielo dice con frases de misterio,  
Pregónalo bien claro la tierra en su pesar.

» De vírgenes é infantes ví horribles sacrificios;  
Ví al pié del negro crimen gimiendo la virtud;  
Doquier ciudades hechas mercados de los vicios,  
Y honrarlos como dioses la infame multitud.

» Ví niños revolcarse en el placer; su hijuelo  
Vender el padre; el nieto cruel, léjos de sí  
Lanzar cual carga inútil al ya postrado abuelo,  
Y hermanos beber sangre del muerto hermano; ví...

Fiero Titan, engendro de natura,  
Bisojo y contrahecho en la figura

Entrando en el salon le interrumpió :  
 Y, lívido, cual muerto que la fosa  
 Deja, su voz sombría y cavernosa  
 Del templo por las tumbas resonó :

» Anoche con mis héroes, en África dormía,  
 Cuando bajar del cielo ví Genio colosal,  
 Cubrió su sombra el Atlas y con su rayo hería,  
 Como el simoun vibrándolo, á todo ser mortal.

» Quedé aterrado, cuando dijo, la faz torciendo :  
 — Mellar la hoz no conviene en esta inútil mies ( 2 ) —  
 Despierto; allí no estaba ya aquel fantasma horrendo,  
 Pero mi hueste brava monton de huesos es.»

Aún vibra por el templo su voz, cuando del trueno  
 Rueda por los espacios el carro atronador;  
 Tiembla la tierra y oyen las madres en su seno  
 De angélicos gemidos el infantil clamor.

Un terremoto encharca con súbita presteza  
 Al Dios de sucias aguas y sangre en ancho mar;  
 Y un rayo ¡oh gran prodigio! cercena su cabeza  
 Que ennegrecida y rota al fango hace rodar.

¿Qué ven á sus fulgores, pues tiemblan? Imponentes  
 Fantasmas, uno á uno pasando lentos, ven,  
 Y entre ellos sus mayores que á sus malvadas frentes  
 De réprobos, escupen con asco y con desden.

Mas ellos no se abaten; reúneñse y — «¿qué haremos?  
 Dicen, ¿sacar del lodo á nuestro Dios cruel,  
 Entre los fuertes brazos? ¿De nuevo lo hundiremos,  
 Puesto que no merece nuestro homenaje fiel?»

En esto el grito escuchan que lanzan sus hermanas.  
 Sacrilego uno de ellos quita el tridente al Dios,  
 Otros arrancan trozos de muro y barbacanas,  
 Y como el viento vuelan del héroe griego en pos.

Los hijos de la sierra les siguen, arrancando  
 Tambien de cuajo robles de tronco secular  
 Y abetos que las nubes azotan oscilando,  
 Cual brazos contra el cielo que osó la tierra alzar.

Otros más viejos dejan sus hórridas cavernas,  
 Armas de hueso y silex blandiendo con furor;  
 Hambrientos abandonan del antro las eternas  
 Noches, de carne humana sintiendo ya el olor.

El matador de mónstruos á paso de gigante,  
 Con el florido brote, buscando á Hésperis va;  
 Se ve sujeto; aférranle cien brazos al instante  
 Y un bosque de armas álzase á aniquilarlo ya.

Mas él, cual entre endeble cañares, se abre vía,  
 Blandiendo al par su clava terrible en golpear;  
 La cual de sangre, incendios y lágrimas sentía  
 Sedienta en sus robustas espaldas oscilar.

¿Visteis los huracanes que barren cielo y tierra  
 Malezas, peñas, nieves del monte desprender,  
 Y al arrastrarlos juntos con picos de la sierra  
 Hacer hácia su cuna los rios retroceder?

Así rompiendo Alcides aquel fiero oleaje,  
 Hiriendo con su clava, engólfase por él.  
 Combate fuerte y firme, cual en el abordaje  
 Presenta sus costados desnudos el bajel.

Donde su clava alcanza, sácia el furor; violento  
 Empuja, tala, arrastra cual masa torrencial,  
 Y cuatro á cuatro caen los jefes, ciento á ciento  
 La chusma, como espigas del rubio candeal.

Así tiende la muerte su mies con la guadaña;  
 A cada golpe el número de bravos es menor,  
 En sangre de sus hijos Atlántida se baña  
 Y de un extremo al otro retiembla, como caña,  
 De tajos, tumbos, llantos al hórrido fragor.

## CANTO CUARTO

### GIBRALTAR ABIERTO

---

Impelido el héroe por fuerza sobrehumana vuelve las espaldas á sus enemigos.—  
 Planta cerca de Gades el tallo del naranjo.—Sube al Calpe, monte que unía el  
 África con Europa.—Al partirlo con su clava, advierte que el Angel Estermina-  
 dor es quien gobierna su brazo.—El Angel, airado, le muestra el combate de  
 los elementos contra la gran víctima.—Prorumpen en exclamaciones de vengan-  
 za.—En el fondo de los cielos, el Omnipotente condena á la Atlántida á ser  
 borrada del mundo y á éste desmenuzado en continentes.—Hércules penetra,  
 junto con el mar, en la tierra condenada.

Mas ya de inspiracion vivaz centella  
 Cruzando el cielo, al rostro del caudillo  
 Baja, cual de florida rama bella  
 Donde se mece alegre el pajarillo,  
 Despréndese hasta el suelo flor temprana  
 Que pudiera de un astro ser hermana.

Entre bosques de armas y batientes  
 Brazos pasa, la clava destructora  
 Llevando al hombro. Sierras prominentes  
 Traspone, salva rios, con voladora  
 Planta y al fin del suelo gaditano  
 El tostado rastrojo huella ufano.



En deleitosa márgen que sombrea  
 Bosque de palmas, se detiene el griego;  
 Planta el retoño, aún tierno, que verdea  
 Y con ligero pié se aleja luego.  
 — «Mano más pura, exclama, de tí cuide  
 Que otra hazaña mayor mi esfuerzo pide.»

No era el Estrecho aún. Gigantes peñas  
 Cual brazo inmenso al Africa enlazaban  
 Del Bétis con las márgenes risueñas,  
 Cadena de cíclopes á que daban  
 Término por opuestos horizontes  
 De Ceuta y Gibraltar los altos montes.

Con ellas puso Dios límite estrecho,  
 Mar Interno, á tus olas seculares,  
 Que indómitas saltaban de su lecho  
 Para buscar más anchurosos mares;  
 Leones tras sus hembras, que á su grito  
 Luchan contra su cárcel de granito.

Calpe era el muro aquel; más empinados  
 Fueran, ni ásperos más los Pirineos,  
 Si viniesen, de España enamorados,  
 A asentarse los Alpes giganteos  
 En ellos, cual abejas, atraídos  
 Por sus verjeles bellos y floridos.

Mas está escrito; un día del mar la ancha compuerta  
 Para lavar de Atlántida el crimen se alzará,  
 Y á la siguiente aurora la golondrina incierta  
 Alero donde cuelgue su nido no hallará.

Sus picos, que cual mástiles de nave en el naufragio  
 Caerán rotos, retiemblan al último fulgor  
 Del día y cual si hoy cumplirse un mal presagio  
 Debiera, hasta los llanos propagan su temblor.

Sola embriagada duermes tú, reina de Occidente.  
 ¿No sientes que el abismo paladeando va  
 Tus miembros? ¿Desnudarse no ves la espada ardiente?...  
 ¡Ora! ¡Hasta el polvo humíllate! Mas ¡ay! es tarde ya.

Que del suplicio suena la hora. Ya descende  
 La centellante clava; ya baja, para hender  
 El Calpe, cual cometa sus rojas crines tiende,  
 Pestes, sequías, lágrimas sembrando por doquier.

Los hombres caen al suelo; recrugen las montañas;  
 Algo terrible aguarda el mundo con pavor,  
 Y abriéndose la tierra, presenta sus entrañas  
 Al sol, que de la niebla se oculta entre el vapor.

Aliento cobra Alcides, y lanza su ferrada  
 Que va á trocar en yermo el huerto del placer;  
 Mas ¡ay! que los recuerdos de Hésperis, cual bandada  
 De místicas palomas, le asedian por doquier.

Y condolido de ella la maza, que cruzando  
 Los aires escandee, pretende desviar;  
 Pero es tarde, ya cae, y el dique reventando  
 Del mar, cual férrea puerta se abrió de par en par.

El héroe piensa atónito si es todo ilusion vana,  
 Cuando gigante Génio á sus espaldas vé,  
 Que no cantó la helénica lira, al altar profana,  
 Ni la sibila délfica, que voz del cielo fué.

Relámpagos de ira ve en su mirar el griego,  
Le envuelven torbellinos, espanto, confusion;  
Corona de centellas le da el celeste fuego  
Y música sonora del trueno la explosion.

De las divinas iras vertiendo ya la copa,  
Cual pirenáico incendio descende. Vedlo allí  
Que va á ceñir la Atlántida, como ciñó á la Europa,  
Cual si dijera: « abísmate que bajo sobre tí. »

Y con furor vibrando la espada llameante,  
Que ha de romper el eje del orbe el día final,  
Cabalga sobre Atlántida, su víctima gigante,  
Y á la cerviz el golpe descárgale mortal.

Por la inflamada bóveda, su voz bronca y sombría  
Suenan, cual de cien carros el ruido, cual clamor  
De la trompeta horrenda que llamará algún día  
Al mundo agonizante al juicio del Señor:

« Vais á morir Atlantes. Y hasta el mismo  
Suelo que os vió nacer, irá al abismo  
Cual podrido bajel, astillas hecho.  
¡Húndase, ó busque nuevos horizontes  
La altiva humanidad! Reinos y montes  
Apártense, que el mar cambia de lecho.

» Mi pluma en las entrañas de la raza  
Que eterna se creyó, su fallo traza.  
¡Pueblo de Atlantes, acabó tu historia!  
No más lucha. ¡Al infierno, criminales!  
No más soláz, Hesperias virginales,  
Coro de ángeles puros, ¡á la Gloria!

» Será tu clava quien la entierre hoy;  
Por eso yo te traje, yo que doy  
A los pueblos y mundos sepultura.  
Y para no rasgar tu pecho ¡oh griego!  
En él borré, para pintarla luego,  
De tu Hésperis amada la figura.

» De Europa y Libia tú rompes los lazos.  
Yo arrancaré á las dos de entre los brazos  
De Atlántida, y despues como forraje  
Arrojará mi mano vengadora  
A los potros del Dios á quien adora  
Esta carcoma vil y su linaje.

» Mas ¿ves? Para tragarla abre la tierra  
Sus simas. Mira cual de sierra en sierra  
De las cúspides rueda hasta el Averno.  
Quiera ó no ha de apurar ella con creces,  
Volcada sobre el suelo, hasta la heces  
El vaso de las iras del Eterno.

» No estamos solos en la grande era  
Este trigo á trillar. Ya por la esfera  
Tiende sus alas el simoun salvaje;  
Ya el torbellino de equinocio avanza  
Y el mar se sobrecoge, al ver que lanza  
Sobre otro mar su férvido oleaje.

» Y encima de él, cabalgan juntamente  
Todos por Sur, por Norte, por Oriente,  
Y como bocas de caiman gigantes  
La destrozan, diciendo con voz fiera  
Cada cual, que tambien así engullera  
Del orbe los escombros humeantes.

» ¿ Ves? Ya los polos lanzan sus nublados,  
A los que sus rebaños dilatados  
Abrego fiero y Aquilon agregan,  
Y estimulados por mi azote ardiente  
Que los impele más, rápidamente  
Se apiñan en tropel y se congregan.

» ¿ Oyes del fuego ya los alaridos  
En las nubes? Son rayos encendidos  
Que bajan sobre Atlántida á abrasarla.  
¿ Oyes abajo? Gritos del infierno  
Son, que entre Arpías y Furias, en su eterno  
Abismo se prepara ya á tragarla.

» ¿ No las ves que doquier revolotean  
Chillando, y que la empujan, la rodean  
Colgadas de sus piés en negro enjambre?  
Y dícame el abismo con enojo  
Que por qué estas migajas no le arrojé  
Dejándole morir así de hambre.

» Acude, es hora ya, si alma valiente  
Tienes, desciende desde el Calpe ingente  
Al agua; pasa, crúzala de un salto;  
Salva á tu Hésperis de la mar bravía,  
Que yo he de obedecer á Quien me envía  
Terrible Dios potente de lo alto. »

En esto de cien truenos los ecos iracundos  
Suspenden riscos, mares, bajando con fragor;  
Morir temiendo páranse los astros y los mundos  
Y suena en los espacios (do vibra con profundos  
Ecos) la nueva, altísima palabra del Señor:

« Por corazón la tierra mi suprema  
Voluntad dió á los orbes. ¡ Cobijadla,  
Les dije, sed su fúlgida diadema!  
En vuestros puros brazos arrulladla,  
Oh serafines, cánticos y flores  
Cubran su frente bella,  
Que es el hombre, el amor de mis amores,  
Quien va á nacer en ella.

» Por él la suspendí de la techumbre  
Del cielo, díla rubios querubines  
Por custodios; del sol la roja lumbre  
Cual lámpara colgué de sus confines;  
Mas él, para erigirse en Dios ahora,  
Contra su Dios levanta  
El universo que en menguada hora  
Yo coloqué á su planta.

» ¡ Él contra mí! Aquel ser á quien amaba  
Más que todo otro ser, en cuya mente  
Contemplando mi imagen me gozaba,  
Como le place al astro refulgente  
Reflejarse en el mar, cual se recrea  
En ver rey poderoso  
Que en los ojos del hijo centellea  
Su rostro majestuoso.

» ¡ Oh! Cada estrella, cada sol que gira  
Por la bóveda azul, es en mejores  
Mundos y más grandiosos una lira  
Que me canta acordada sus amores.  
¡ Y que así la vil tierra, á quien la vista



Apenas en su breve  
Curso distingue; este átomo, esta arista  
El corazón me lleve!

» Junté los continentes; de las olas  
Los separé, porque mis glorias solas  
Cantasen; y hoy su culpa ¡mas con cuánto  
Dolor! á dispersarlos ya me lleva.  
¿Qué mal, qué mal te hice, hijo de Eva,  
Para que ciego así me ofendas tanto?

» ¿Por qué lanza á mi faz tu mano impía  
El barro de que yo te formé un día?  
Nunca cesé de amarte, ni ¡oh, precito!  
De odiarme tú; el recuerdo al mundo aflige  
Aún del diluvio universal y exige  
Otro Atlántida ya por su delito.

» Mas pronto, á la que borra mi sagrada  
Ley del pecho, cual letra mal trazada,  
Yo borraré también del hemisferio.  
Y un día no sabrá la edad futura  
Cuál fué la tumba de la raza impura,  
Dónde su trono fué, dónde su imperio.

» Rompe la arena, ¡oh, mar! que es tu muralla;  
Fuego, que hierves en la tierra, estalla  
Bajo la mar; ¡oh nubes, cual rapaces  
Lobos, caed sobre el linaje impío!  
Hostíguelos tu látigo, Ángel mío,  
Y en su cadáver sáciense voraces.

» Ataja ya su curso por la tierra;  
Tira ese vaso que ponzoña encierra,  
Para que nadie beba. ¡Rompe á hachazos,  
Haz astillas el árbol de su historia!  
¡Dispérsalos! ¡Extingue su memoria,  
Destroza esa vil tierra en mil pedazos!

» Y sus fragmentos, hoy mal avenidos,  
Por los hijos de Hésperis luego unidos,  
Me tornarán á amar, como desunce  
Indómitos novillos el boyero  
Y á la vejez con yugo mas ligero  
Su ya dócil cerviz al yugo unce. »

Dice Jehová; su rostro divino, al que rodea  
Miriada de astros fúlgidos, Alcides brillar vió,  
Cual vívido relámpago que lejos centellea  
En cielo denso y lóbrego que truena y que flamea;  
Y, como roble herido del rayo, así cayó.

Mas súbito centella que viva se desprende  
De los divinos ojos, trasmítele el Señor;  
Su espíritu reanima, su corazón enciende,  
Y, cual peñon que rueda, á Atlántida descende,  
Que es grumo de agua y tierra del caos entre el hervor.

## CANTO QUINTO

### LA CATARATA

---

Invocacion al Genio del exterminio. — Gemidos de la tierra medio anegada. — Golpe de agua que por la brecha de Calpe se precipita — Subversion de las olas con los despojos de la Atlántida. — Hércules á través de campos y marismas busca á Hésperis con un árbol encendido por antorcha. — Al verle venir despídese ella de sus hijas.

Ministro de exterminio, que allí tus rayos lanzas,  
¡Oh! llévame entre el humo y el polvo, y al brillar  
Tu azote atroz, la Atlántida, que ahogan tus venganzas,  
Montándome en tus alas, alcance á contemplar.

Cayendo de cabeza, cual loca, al precipicio,  
Cántola y despertando del orbe en lo interior;  
Mas tú con voz que iguale á la que llame al juicio  
Hazlo; la mía no puede, ya ronca en su pavor.

Ayes, chillidos hórridos, blasfemias, gritería,  
Voz dulce de la cuna, voz triste sepulcral,  
Únense á los rugidos con que la selva umbría  
Del sol último llora la ausencia perenal.

Igual al de Pompeya cuando la ahogó el Vesubio,  
Al de Gomorra y Troya, resuena su estertor  
Y el rebramar de aguas y mónstruos del diluvio  
Y del bajel del mundo, rompiéndose, el fragor.

Sumersas en sepulcro de espuma las montañas,  
De pié en el cieno, lanzan gemidos de dolor,  
Y cual si malos genios rasgasen sus entrañas,  
De golpes y hundimientos escúchase el rumor.

De cien reinos limítrofes el suelo bambolea,  
Corderos que la oveja sacrificar ya ven,  
Y el mundo, dislocados sus miembros, ya jadea,  
Sintiendo que le arrancan el corazon tambien.

No bien ante las olas el Calpe se entreabre,  
Agólpanse en cascadas aullando con furor,  
Y cada raja nueva, que el oleaje abre,  
Ensancha más el vórtice del antro engullidor.

— ¿Qué baja, dice un niño, de Calpe? Los carneros  
No son, que ántes venían en tropas á pastar;  
Son mónstruos ¡ay! que erizan la crin y braman fieros;  
¡Madre! ¡mi madre! á todos nos van á devorar.

— ¡Todos! ella contesta; mi corazon desalas  
Hablando así; á mi seno ven, hijo; ¿para qué  
Huiremos? Huid vosotras, aves que teneis alas;  
Yo aquí la muerte aguardo con lo que más amé.

Ganges, Volga, cien ríos, hundirse allí parecen  
Con rocas y arenales en turbia tempestad;  
Así en tu mar sin fondo, ni orillas, desaparecen  
Las razas y los siglos, ¡oh negra eternidad!

Álzanse, retroceden, y al fondo en remolinos  
 Mar sobre mar frenéticos se lanzan por doquier,  
 Y el cáos, sepulcro y cuna del Orbe, en torbellinos  
 Y entre el hervor de espumas parece renacer.

Diríase que, al lanzarse la mar de sierra en sierra,  
 Rueda con truenos, rayos y vientos á la par,  
 Buscando en los abismos los huesos de la tierra,  
 Por darlos á los buitres del cielo á devorar.

Y allá por las llanuras de Hésperis derramándose  
 Levanta y abarranca la tierra en confusion;  
 Hácense allá las sierras, cediendo y desplomándose,  
 Y torres, que á los cielos llegaban, polvo son.

Bosques, ciudades trágase aquí la mar, y brotan  
 Allá yermos inmensos y márgenes despues;  
 Del cerro por la falda rueda su cumbre, y flotan  
 Los genios de las olas sobre dorada mies.

Ídolos, arcos rotos, mezclados se sepultan  
 Con flor que dió á sus plantas aroma y suavidad,  
 Y entre las hojas, cetros y cálices se ocultan,  
 Al ver los sacerdotes morir con la deidad.

Al monte, en que naciera, la nao vuelve sus pinos;  
 Sobre la nube altísima montado se ve al pez;  
 De Hésperis en el tálamo duermen sapos marinos,  
 Y en el del gamo agítase la rémora á la vez.

Las yeguas que trillaban, con trojes, segadores,  
 Eras y chozas véense por la extension nadar;  
 Árboles van unidos en haz con leñadores,  
 Y á enterrador y muerto la fosa traga al par.

Cadáveres de bosques y pueblos, que se agitan  
 Mezclados con las nubes, Alcides va veloz  
 Salvando, y nada al huerto, feliz ayer, do habitan  
 La morsa y el torpedo y el tiburón feroz.

Cerca, naciente isla su verde manto ondea  
 Y blancos corderillos, balando, asidos de él,  
 Con isla y todo esperan los lleve la marea  
 Y de marinas lobas los dé al diente cruel.

Desde una palma al griego garridas jovencillas  
 Tienden los níveos brazos entumecidos ya,  
 Y cuélganse á sus blondos cabellos y rodillas  
 Niños, á los que el frío amortiguando va.

Todo lo esquiva; empuja al uno y otro lado  
 Los muertos y los vivos, el denso matorral,  
 Los cándidos corderos, y á Hésperis desalado  
 Busca á la luz de un pino que aviva el vendabal.

De pronto el pecho hiérele gemido lastimero  
 Y acentos virginales y ayes de dolor,  
 Tristes como los píos y quejas del gilguero,  
 Si arrastra á sus hijuelos torrente asolador.

Hésperis es, que llora sus hijas en el huerto,  
 Do sólo flores mústias, como su vida, hay ya;  
 La antorcha ve terrífica, y el corazón incierto  
 Entre esperanza y miedo cediendo inquieto va:

« Es quien lanzó á su reino las olas: ¿á aguijarlas  
 Viene, ó, dolido de ella, su vida á libertar?  
 Mas ¿y sus hijas? ¿Cómo soñar ¡ay! en dejarlas?  
 ¡Jamás! Antes la muerte cien veces afrontar. »



¡Oh celestial pureza! Ante ella apareciste,  
 Cual ángel, y la Bética tu mano le mostró;  
 — Ven, si guardar anhelas tu lirio, le dijiste;  
 Y al punto, por seguirte, todo lo abandonó.

Sobre sus hijas bellas, ya heladas por la muerte,  
 Cual dedos gafos, vierte el llanto postrimer;  
 Y allí donde las deja cadáveres, inerte  
 Cadáver ¡ay!, cual ellas, también quisiera ser.

— «¿Por qué á mi cuello ¡oh hijas! levanto vuestros brazos?  
 ¡Ay! al decirlo anúdase al pecho el corazón;  
 Ayer de dulces besos vivíamos y de abrazos,  
 Mas estos ya los últimos, que nos daremos, son.

»Quien en el mundo os puso, ya para siempre os deja,  
 Mas no acuseis su seno de duro ni cruel,  
 Que aguda espina hiérela y el llanto que me aqueja  
 Licuadas raíces, vedlo, son ¡ay! del pecho fiel.

»No más saber queráis. Volad ¡oh flores mías!  
 Al cielo, antes que el mundo os pueda profanar,  
 Que yo, á quien embriagaron su aroma y armonías,  
 Con la vergüenza al rostro, por él me he de arrastrar.»

Y al cielo alza los ojos y — ¡adios! — dice doliente;  
 Se arranca de sus brazos que caen lánguidamente,  
 Cual dóblase marchita, sin fuerza y sin color,  
 La yedra, cuando pierde la savia y el abrigo  
 Que dióle árbol amigo, con generoso amor.

## CANTO SEXTO

### HÉSPERIS.

Suben los Atlantes á lo alto de la sierra para levantar un edificio que les guarezca contra el nuevo diluvio. — Hésperis sale al encuentro del héroe. — Cuéntale sus amores y desposorios con Atlas, sus cuitas y su mala estrella. — Hércules la toma por esposa y á través de las olas, con ella en hombros, sigue el camino de Gades. — Desfallecida, da el postrer adios á los corderos y pájaros que fueron sus delicias. — Afánanse los Titanes elevando su obra. — A punto ya de coronarla, advierten la huida de su madre con el griego y, con los fragmentos del ciclópeo edificio que le arrojan, le impelen monte abajo. — Huye á grandes pasos por entre la nube de piedras y las alteradas aguas. — Horribles visiones de Hésperis en la oscuridad. — El rayo enciende la ciudad de los Atlantes y ellos, guiados por su fulgor, casi dan alcance á Hércules.

Hésperis bella la de negros ojos,  
 Para que al griego que en su busca viene,  
 Rayo en la oscuridad, no vean sus hijos,  
 A la ciudad se acerca, donde zumban  
 Como de abejas irritado coro,  
 Al ver robados sus panales de oro.

Y díceles con miedo que hasta el monte  
 Suban y, pues diluvio nuevo llega,  
 Una cabaña en la empinada cima,  
 Por guarecerse, sin tardar construyan,  
 De donde puedan con enjuta planta  
 Ver como el mar se extiende y adelanta.

— ¿Ireis allí? preguntanle, — y, temblando  
 — Iré allí, cuando avance la marea, —  
 Ella contesta; — prominente pico  
 Señálanle sus hijos, pero en verdes  
 Colinas ella sueña y en lozanas  
 Llanuras, que adivina aún más lejanas.

Ellos, las crestas ásperas trepando,  
 Bloques inertes, azadones, cuñas  
 Hacinan, para hender la fuerte roca,  
 Y árboles del espeso monte arrancan  
 A la vez, que les sirvan para trabes  
 Y para fuertes vigas y arquitebas.

Y al mirarlos trepar de roca en roca  
 La hora en que hermosos los parió recuerda  
 Hésperis triste; se levanta, agita  
 Los brazos en el aire, se entreabren  
 Sus lábios y — ¡cesad en vuestro intento,  
 Quiere decir, que os engañó mi acento!

Empero reflexiona, y temerosa  
 De que le arranquen, al salvar su vida,  
 La más valiosa de sus joyas, deja  
 Que á rienda suelta corran á su tumba,  
 Y el mar de llanto que á sus ojos viene,  
 En el doliente corazón contiene.

Con un ¡ay! de agonía de sus hijos  
 Ella por siempre se despide, y saltan  
 De sus ojos dos ríos; ya lejanos  
 Los ve y al aire suelto su cabello,  
 Cual loca por la pena que la aflige,  
 Cortadas frases en redor dirige.

Los lobos de la mar y de la tierra,  
 Que á devorarla acuden, sus lamentos  
 Tan dulces escuchando, ya se amansan,  
 Y aún las olas parecen detenerse  
 A oirla, y entre ayes lastimeros  
 Besan sus piés, cual cándidos corderos.

— « Dios, oh mortal, tú que viniste, clama  
 Al griego, á verme por el hondo abismo  
 Con los míos rodar, si á humana madre,  
 Que entre dolores te parió, el sér debes,  
 ¡Ay! duelete de mí, que por mi daño  
 Con lágrimas de sangre tus piés baño.

» Madre fuí; no dejé que viese el cielo  
 Mis hijas, pues en flores las tornara  
 De su jardín; muriendo están ahora  
 Y yo no aspiraré su último aliento.  
 Mueren, mas lejos de la vista mía,  
 Del seno y brazos ¡ay! do las mecía.

» Doce hijos tengo de fornida espalda  
 Y titánico pecho, que destruyen,  
 En guerra contra Dios, el universo;  
 Pero caerá aplastada por las moles,  
 Que al cielo lanzan, su cabeza impía,  
 Y ya no seré madre el nuevo día.

» Tuve una patria, yema de la tierra;  
 Ni dulce patria tengo, ni vestigio  
 Queda de cuanto amé; tu diestra fuerte,  
 Esa diestra terrible, para siempre  
 La sotierra, y me deja en sus enojos  
 Para llorar su fin sólo los ojos.

» ¡Ay! bien del corazón que destrozaste  
Dolerte puedes; ¡sálvame! no temo  
A los furiosos monstruos que se acercan,  
Sierras de agudos dientes rechinando,  
A triturarme; otro es mi miedo hoy,  
Que osada apenas á decirte soy.

» Cuando la hermosa juventud con flores,  
Que marchitó la pena, me ceñía,  
Sobre el robusto generoso pecho  
De Atlas y en la alta cumbre de la sierra  
Que su nombre heredó, yo, transportada,  
Soñaba, dulcemente reclinada.

» Los ojos en los astros, y la mente  
Por cima de ellos, él los siderales  
Fulgores, el rosado hijo del alba  
Cantaba, y el concierto de los mundos  
Que Eros creó y sostiene, y yo al sonoro  
Ritmo alas daba con mi lira de oro.

» A mis hijos volviéndome encelada,  
Yo la pulsaba y ¡ay! gozaba en verlos,  
A ellas, apacentar sus corderillos  
Y con dedos de aljófar halagarlos;  
Y á ellos, pelear, como rugientes  
Leones, cuerpo á cuerpo, en las pendientes.

» Sobre la yerba á veces en sus juegos  
Dejándolos, bajábamos alegres  
A solazarnos al rumor del río,  
Que con sauces en flor, ásperos brezos  
Y toronjil verdoso, nido y galas  
Daba á los cisnes de nevadas alas.

» Recordábamos ambos los albores  
De nuestra juventud, de mis Hespérides  
La frente soñadora, y la mirada,  
Y nos decíamos frases inocentes  
De esposos que se aman con ternura,  
Y que ahora aún me anegan de dulzura.

« ¡Oh de Mayo aromáticos ensueños!  
¡Cuán pronto huísteis! entre espinas ora  
El alma sólo de suspiros sabe,  
Y despues que con besos y aleteos  
La hubísteis adormido, de quebranto  
Sólo entiende y los párpados de llanto.

» De unos madroños á la sombra Atlas  
Se durmió; era un ardiente mediodía  
De sol y de bochorno; yo, escuchando  
A lo léjos jugar mis pequeñuelos  
Con sus ovejas, á la linfa pura  
Me acerqué por gozar de su frescura.

» Cuando un ave que á intervalos venía  
A deleitarnos, bella como un astro,  
Vuela por mi desgracia. Ella distrae  
De su juego á mis hijos candorosos  
Con su pico de oro y su plumaje  
De azulado color, como el celaje.

» Coge cebo y se sube á una retama  
Sobre la yerba; luego bulliciosa  
Desde allí salta á un álamo, do anida  
La oropéndola; alegre y triscadora  
De rama en rama viene hasta el umbrío  
Dose, que alza la hiedra en torno mío.



» Expiando su vuelo, bulliciosos  
 Mis hijos van, y con suave mano  
 Combando las aneas y manglares  
 Me descubren, bañándome en la espuma  
 Descuidada, do sólo ellos creían  
 Que asustadizas aves hallarían.

» De la pureza el postrimer esfuerzo  
 Contiénelos, mas vuelven á mi rostro,  
 Bello en mal hora, los ansiosos ojos;  
 De la inocencia el Genio bendecido  
 Lo ve, con sus sedosos bucles vela  
 La faz llorosa, y hácia el cielo vuela.

» Crecieron, y yo al verlos victoriosos  
 Al fragor de la guerra y de las armas  
 Marchar á Oriente, imaginé sencilla  
 Que con su aliento el aura de la gloria  
 Ese turbio recuerdo arrastraría  
 Que ha de precipitarme en la agonía.

» Mas Atlas muere; indómitos los hijos  
 Que llevé en las entrañas, me rodean  
 Enardecidos en maldito fuego;  
 Y hoy quisieron... (¡qué mucho que espantado  
 El Orbe con estrépito se hienda!)  
 De su execrable amor hacerme ofrenda.

» ¿Debí yo rebotar de aquellos ojos,  
 Do me solía mirar, cual chispeante  
 Escandecida arista? ¿De los vuestros  
 Llamar el rayo ¡oh Dios! sobre su frente?  
 ¡Perdon! era su madre, en mi quebranto  
 No fué potente el corazon á tanto.

» Al golpe, de mi espíritu las alas  
 Cayendo, fué el silencio mi respuesta.  
 Y bañados en lágrimas mis ojos  
 Vine á regar la arena de la tumba  
 De quien más amo, y fin tendrá mi vida  
 Aquí, si tú me niegas acogida.

» Tú, de mi patria destructor, con ella  
 No me pierdas tambien; de aquesta madre  
 Ten compasion y llévala contigo;  
 Libra la más preciada de mis joyas,  
 Salva mi honor, ó con tus fuertes brazos  
 Haz este inerme corazon pedazos.

» Sálvala; por los hijos que de padre  
 Nombre te dan, lo pido; yo á mi seno  
 Los criaré, y mecerélos en mi falda;  
 Mira que amamantar la tierna prole  
 ¡Ay! del que dió á la suya muerte ruda,  
 Para pecho de madre es flecha aguda.

» Mas... no, contigo no me lleves; soy  
 De Atlas esposa, y sobre mí sus manos  
 No pondrá otro mortal, áun cuando intente  
 Salvarme del sepulcro; cava uno,  
 Entiérrame; un peñasco sea mi losa,  
 Que no mueva mi prole vigorosa. »

Dice, y al pié del árbol que el cadáver  
 De Atlas cobija, sin aliento cae,  
 Cuando sonar parece bajo el mármol  
 — ¡Despósate! — entre el llanto de sus hijas  
 Y el clamor que la ronca muchedumbre  
 De los Atlantes lanza allá en la cumbre.

» Cual río que cae de enhiesta montaña  
 Descuajo la selva que audaz me atajó ;  
 Sus árboles rompo cual lanzas de caña ;  
 Y así como juncos y flores él baña,  
 Caricias y savia también les doy yo.

» ¿ Quién soy? Los Centáuros mi historia relaten;  
 Al verme se esconde medroso el leon,  
 Las torres soberbias con miedo se abaten;  
 Si airadas mis plantas las cúspides baten,  
 Se agitan con honda fatal conmoción.

» Turbion soy que selvas remueve con su ala,  
 Soy rayo que al agua del mar curso abrí;  
 Quien hidras ahoga, quien buitres desala;  
 Para ellos Alcides, que asuela y que tala,  
 Laurel, débil hiedra, seré para tí.

« Mas ya el agua cubre la falda y llanura,  
 Amaga las sierras y todo en redor;  
 ¡ Huyamos! la tierra dejemos impura,  
 Antes que cual vaso de frágil hechura  
 Bellísima Hésperis, la rompa el Señor.»

« Ven, dícele Alcides, no suspires, ven ;  
 Las patrias riberas dejé yo también;  
 ¿ Hablar nunca oíste de Grecia la hermosa?  
 Si quieres llamarte de Alcides esposa,  
 Por tí ya abandono su plácido eden.

» Al náufrago imperio Dios es quien me guía,  
 Cual nave que al puerto te lleve veloz,  
 Y á tierra dichosa, do olvides un día  
 La selva que ufana con cedros se erguía,  
 La selva que hoy siega la muerte feroz.

» Allí do te aguardan doncellas iberas,  
 Y más azul cielo, más verdes praderas,  
 Plantar puedes rosas de Hésperia feraz;  
 Y yo de Beocia las artes guerreras,  
 Los juegos alegres de tiempos de paz.

» ¿ Te arredra mi clava, que mónstruos aterra?  
 De hierro cual ella mi pecho no es;  
 Que oyendo tu acento de Calpe la sierra,  
 Por darte los brazos dejé aquella tierra,  
 Los mares cruzaron veloces mis piés.

» Tambien ¡ay! sin hallarla busco muerte,  
 pues aunque soy cadáver, las cadenas  
 Arrastro aún de la vida. ¡Adios, undoso  
 Río, al que ya robar áureas arenas  
 Ni perlas puedo; adios, oh bosque amigo,  
 De mi prole infeliz ayer abrigo!

» Para siempre ¡oh jardin! con cuanto amo,  
 Que pasto es ya del mar, he de dejarte;  
 ¡Tanto como te amaba el triste pecho!  
 Sólo de hoy más me ayudará á llorarte  
 La lira, que me llevo; pues en ésta  
 La cuerda del dolor íntegra resta.»

Miéntas habla en un cerro, que á las nubes  
 Toca, alzan los Atlantes, á manera  
 De altiva fortaleza, otro que á ellos  
 Guarezca y á su Hésperis hechicera,  
 Cuando cual canes que á la presa salen  
 Las olas suban y la cumbre escalen.

Hiende el cantero con el hierro agudo  
 La peña que se va reblandeciendo  
 Con el sudor de brazos, pecho y frente,  
 Y de puente pelasgo el peon sirviendo  
 En la ancha quiebra, rocas de la falda  
 Recibe sobre la desnuda espalda.

Con corvos garfios otras removiendo  
 Tan fuerte y rudamente forcejean,  
 Que estremecen los cerros con su planta;  
 Faltos de mazo, á golpes las cuartejan,  
 Con piedras acuñándolas primero,  
 Cual suele hacer el rústico leñero.

Y tomándola en hombros, del creciente  
 Mar al embate lánzase sereno;  
 De alas y remos usa piés y manos,  
 Y con acento de amargura lleno  
 Y patrio amor, así recuerda ansiosa  
 Ella otros tiempos á la selva umbrosa:

— « ¡Adios, alado coro, pajarillos,  
 Despertadores míos; no á meceros  
 Volverá el blando céfiro del alba!  
 Adios setos que alzábais placenteros  
 Vuestras ramas por darme sombra oscura,  
 Adios puentes y arcadas de verdura!

» ¡Y mis corderos? Aún mi voz distinguen,  
 y acuden ¡ay! ¡cuán bellos, cuán sedosos,  
 Al tacto! Con balidos lastimeros,  
 De hito en hito mirándome afanosos,  
 Tiéndense, cual diciendo: — Dueño amado  
 Mátanos, si salvarnos no te es dado.



Y su mano de cíclopes las lleva  
Sobre roca mayor; espeso muro  
De cinco brazas más y más se eleva,  
Y otras donde en la noche se guarecen  
Las fieras, como lana van lanzadas,  
Y encima de ellas quedan colocadas.

Y para darle techo indestructible  
Encórvanse á la vez espaldas ciento,  
Como el arco de un templo; á la terrible  
Escollera sobre él dan firme asiento,  
Sin que aquellas cariátides oscilen  
Bajo la enorme mole ni vacilen.

Cuando á medio acabar ya se mofaban  
Del mar, al héroe huir por la pendiente  
Ven al fulgor de resinosa tea,  
De espumas y maleza entre el hirviente  
Turbion y á Hésperis, á su madre hermosa,  
Llevar sobre la espalda vigorosa.

Lánzanle férreas barras y peñascos,  
Y luégo enormes lajas arrojando  
En pos descienden, como al mar los ríos;  
Sus brazos gigantescos apoyando  
En plátanos que ramas ya no tienen,  
Y cual fuertes bastones les sostienen.

Y á cada salto, atrás mares y sierras  
Dejan, desfiladeros y torrentes  
Trasponen, y las cuencas y quebradas.  
Al volver á los suyos las ingentes  
Grullas, no ven, volando en las alturas,  
Pasar más pronto montes y llanuras.

Su clamor, las pisadas, los peñascos  
Que zumban sobre Alcides, le enardecen  
Para correr por el erial fangoso;  
Y cuando campo y selvas desaparecen  
Bajo sus piés, cual tajamar dentado,  
Hiende las turbias olas esforzado.

A la tormenta de peñascos, troncos,  
Tierra, y á la que enloda la lluviosa  
Capa del cielo, se une rebotando  
Sobre su rubia cabellera hermosa  
La que en las nubes ruge y avasalla  
El suelo y en mil ráfagas estalla.

Apágase el abeto que fulgura  
En las manos del griego, única estrella  
Que esa noche de horror llevó en la frente;  
Nada en la densa oscuridad destella,  
Cual si los astros apagase el mismo  
Que los hizo brillar sobre el abismo.

Chocan con osos blancos los leones,  
La boa y el caiman, y las nevadas  
Cumbres de unos, verdes de los otros,  
Chocan tambien; inmensas oleadas  
Cabalgan sobre el mar, y ya parece  
Que el orbe en honda convulsion perece.

Deshácese entre brumas y granizo  
La densa niebla; el torbellino hirviente  
Sus flamígeras crines ya sacude,  
Y á los mugidos de la mar rugiente  
Responden las ballenas que, bramando,  
Cual islas van la inmensidad surcando.

Arduo sendero abriéndose entre ellas,  
 A tientas engolfándose camina  
 Contra corriente el héroe y el furioso  
 Turbion, que el huracan arremolina,  
 Y el temporal, y un mar y otro mar luégo,  
 La frente abruman del gallardo griego.

De alto cayendo en la infernal tragante  
 Húndese á veces del abismo horrendo,  
 Mas de su antro, en nuevas oleadas,  
 Por cima de las nieblas ascendiendo  
 Va, cual hoja agostada en el estío  
 Gira á merced del vendaval bravío.

Y cuando ya imagina por declive  
 Tajado despeñarse, verdeante  
 Mies su pié besa y campesinas flores,  
 y al reflejo del mar, cuando en menguante  
 Lo juzga, hasta las nubes de repente  
 Es lanzado del rayo frente á frente.

A su fulgor el mar do, como arista,  
 Él pende de alta ola, caos de llama  
 Semeja ya; debajo abiertas bocas  
 De mónstruos mira en la del mar que brama;  
 Encima, en aluvion troncos informes,  
 Rugientes ríos, mármoles enormes.

Y nieblas, olas, huracanes miden,  
 Rodando con horrísono rugido,  
 Los abismos del mar y los del cielo,  
 Y furiosos luchando, el estampido  
 Siete veces repiten en su seno  
 Con ronco son del fragoroso trueno.

Cadáveres de niños y mujeres  
 Ve en revuelto monton; algunas llevan  
 Aún oprimido contra el seno al hijo,  
 Y entre las níveas crestas que se elevan  
 De las olas lejanas, los Atlantes  
 Clavan en él sus ojos centellantes.

Contéplalo; mas lóbregas tinieblas  
 Cúbrenle nuevamente, y arrojado  
 Desde la tierra al cielo, audaz bracea,  
 Sumergido hasta el cuello; ya enredado  
 Se siente de un zarzal en la maleza,  
 De un risco entre los dientes ya tropieza.

Cae y se encharca; la negruzca ola  
 Cien veces le sepulta; el orco fiero  
 Asoma allí donde refugio busca;  
 Si á un abeto se aferra, salta entero  
 De raíz ó se rompe; do el pié arrima,  
 Se abre para tragarlo horrenda sima.

Engañado al seguir la llameante  
 Mirada de atroz fiera, en la ancha boca  
 Por poco ésta la apresa; y si la bella  
 De sus colmillos en las sierras toca,  
 Deja oír angustiosos alaridos  
 Entre el concierto horrible confundidos.

Y ella, medrosa entónces, imagina  
 Mónstruos aún más feroces y espantables,  
 Que corren, juegan, manotean, abriendo  
 Sus fáuces de caverna insondeables,  
 Que, por la luz del rayo enrojecidas,  
 De horno semejan bocas encendidas.

Ya de informès espectros caos es todo;  
 Lo son los capiteles con enormes  
 Zócalos ya revueltos; las silbantes  
 Ráfagas, aire son de sus deformes  
 Alas; su lengua, fuego desprendido  
 Del cielo es, y el trueno su bramido.

Fantasmas son, que extienden sus huesosos  
 Negros brazos, flotantes abedules,  
 Con la raíz en alto que la azotan;  
 Ballenas, los peñascos; las azules  
 Sierras, gigantes que entre sí tropiezan,  
 Y con tocas de nubes se aderezan.

Medroso resplandor súbito inunda  
 El espacio; adivínalo, es que enciende  
 El rayo la ciudad de los Atlantes;  
 Orla infernal, la llama que se extiende  
 De cielo y mar responde á los furoros  
 Con rugidos aún más atronadores.

Palacios y moradas y verjeles  
 Bocas son de un volcan con que se bate,  
 Absorbiéndolas lenta la marea;  
 Y al notarlo su prole que combate  
 Con el diluvio: «tardan mucho, exclama,  
 Nuestros hogares en lanzar su llama.»

Mas cerca ya, guijarros que pudieran  
 Ser ruedas de molino, cual torrente  
 Siente Alcides llover; vaiven de olas  
 Y nivea espuma á las espaldas siente,  
 Que para asirle en hórridos abrazos  
 Cual un rastrillo alargan ya sus brazos.

Y cuanto más se acerca, más vecino  
 Percibe ya su aliento; hácia él avanza  
 Con sus uñas el mónstruo, y sus piés roza,  
 Y á los gritos que Hésperis bella lanza  
 Teme que esté su blonda cabellera  
 Presa de aquél entre la garra fiera.



## CANTO SÉPTIMO

## CORO DE ISLAS GRIEGAS

Episodio: ensánchase el Estrecho de Gibraltar, y el mar Interior deja fluir más aceleradamente sus aguas, descubriendo nuevas islas y continentes.—Grecia al despertar.—Délos.—Las Cícladas.—Las Equinades.—Sicilia.—Lésbos.—El valle de Tempe.—Renacimiento.—Apoteosis de Hércules.

Abre el Estrecho Hercúleo de par en par su puerta  
De las crecientes olas al invasor raudal;  
Sus dos ejes de piedra le brindan senda cierta,  
Y hasta la misma cumbre de Calpe, ya cubierta  
Por las rugientes aguas, ofréceles umbral.

La mar se precipita con gritos de coraje  
Como si aún tronase de Adonái la voz:  
Con peñas, bosques, cieno, revuelto el oleaje  
Rueda, y montado en ella, cual en corcel salvaje,  
Cabalga el torbellino con ímpetu veloz.

Crece, y hambriento mónstruo, la hirviente catarata  
De Etruria montuosa, de Chipre la sin par,  
Las aguas turbulentas atrae y arrebatá;  
Mengua sus lagos Adria, Egeo sus ríos de plata,  
Y, ánfora rota, viértese el vasto Interno Mar.

Cual cocodrilo alarga el Nilo su ancha boca;  
Del mar se alejan Éfeso, Smirna é Ilion;  
Al Asia Tiro aférrase con un brazo de roca,  
Y al inflamado beso, con que su amor provoca,  
Desnudo el seno muestran las sirtes al simóun.

Dilata el Apenino su hermosa basamenta  
De mármol; la Provenza, por ver en derredor  
Surgir sus islas de oro, elévase contenta;  
Y, cual su primer brote erguido tallo ostenta,  
Ciñen los continentes ramos de islas en flor.

Así, cuando entre sombras el sol su frente inclina,  
Cual río de oro líquido, se mira caminar  
A ocaso de sus rayos la banda purpurina;  
Con él del orbe el ruido, la vida y luz declina,  
Y el cielo de arreboles es ya volcado mar.

Mas entre los mil pliegues de la dorada veste  
Que el día recoge, véñse brillar acá y allá,  
Cual perlas desgarzadas, de estrellas leve hueste;  
Chispas de tan gran pira, huellas ¡ay! del celeste  
Astro, que la ancha bóveda llenaba poco há.

¡Oh de los Dioses madre celebrada!  
¡Oh Grecia!; como Vénus, tú dormías  
Sobre móviles olas reclinada  
Esa lóbrega noche, y no sentías  
El estrépito y roncas armonías  
Con que se hundió la Atlántida. Rasgada,  
Cual manto de azul seda,  
La mar, que con dos pliegues aún te escuda,  
Al alto cielo te mostró desnuda.

Despertaste, y los ojos cariñosos  
 Volviste aún soñolientos,  
 De la luna á los rayos misteriosos  
 Y al trémulo fulgor de las estrellas,  
 Hacia el jardin de las Hespérias bellas.  
 Entonce en tus arenas  
 Rodaron siete cántigas sonoras,  
 Cual voces de sirenas seductoras,  
 Que á tus playas amenas  
 Viniesen á llorar su amor y penas.

## DÉLOS

Yo, de los bordes de Sicilia bella  
 Por neptunio tridente separada,  
 Vime, cual nueva estrella,  
 Del mar inmenso en el azul lanzada.  
 Las gaviotas vieron  
 Mi frente de alba espuma coronada,  
 Y su cándida hermana me creyeron.  
 Las águilas marinas  
 Juzgáronme de loto flor temprana,  
 Que, entre randas de mar y coralinas,  
 Abriese al áura su capullo ufana.  
 El Aquelóo al verme de la Etolia  
 En la márgen florida,  
 Besada por la aurora placentera,  
 Creyóme blanco cáliz de magnolia  
 Que iba á ofrecer aroma en su ribera.  
 Juzgáronme las islas gentil nave

Que con flotante vela  
 A las orillas dórias impelía,  
 Cargada de perfumes, el suave  
 Céfiro de Epidáuro, y con sonoro  
 Rumor, música y dulce cantinela  
 De Tritones y Occeánidas el coro  
 Siguiendo en pos venía  
 La plateada cinta de mi estela.  
 Halló en mi seno plácida acogida  
 Latona, perseguida  
 Por Juno soberana,  
 De los celos de Júpiter herida.  
 Cuando huyendo á su paso, con presteza,  
 Los ríos le negaban su corriente,  
 Los bosques su maleza,  
 Y sus cavernas el leon rugiente,  
 Con más grata fortuna,  
 De mis palmeras á la sombra, ella  
 Recostada dió á luz tranquilamente.  
 Y yo, de Febo y de Diana cuna,  
 Los mecí entre mis brazos dulcemente.  
 Dejando del Pactolo las riberas,  
 Siete veces con músicas sonoras  
 Los cisnes de Meonia me cercaron;  
 Y las del cielo fugitivas horas  
 En torno mío danzaron,  
 Volcando sobre mí sus ricas faldas  
 De mirtos y azucenas,  
 De ámbar, coral, topacio y esmeraldas  
 Y siempreviva y terebinto llenas,  
 Como entre las violetas la englantina,  
 Soy de todas las islas soberana;

Mas anoche acogime presurosa,  
 Viendo amagar la tempestad vecina,  
 Del azul mar de Mirtos en las calas,  
 Do con mi aroma el amargor destierro  
     De sus inquietas ondas,  
     Y, plegando mis alas,  
 Por siempre aquí mis áncoras aferro.

#### LAS EQUINADAS.

Ninfas tambien nosotras, hijas caras  
     Del potente Aquelóo,  
 Tantos lirios y juncos esparcimos  
 Y nenúfares blancos, en las aras  
 De otros dioses, que apénas ya tuvimos  
 Mas que hojarasca, troncos y ramaje,  
 Que dar á nuestro padre en homenaje.  
 Con grito horrible desbordóse el río,  
 Saltando cual leon en su carrera.  
 Nosotras hácia el mar nos arrojamos  
 Por un atajo, y su venganza fiera  
 Y de su embate el fuerte poderío  
     De esta suerte evitamos.  
 Mas entre escollos al chocar violento  
     Y al rebasar sus bocas  
 Entre nubes de espumas, con su aliento  
     Convirtiéonos en rocas,  
 Donde viene Proteo soñoliento  
     A apacentar sus focas.

#### MOREA.

Cual hoja de morera,  
 Al renacer la savia en primavera,  
 Siento con nuevas alas espaciarse  
     Mi espléndida ribera;  
     Veo de Élide las flores  
 A tí enviar su plácido saludo,  
 Flor de las islas jónias, oh Zazinto,  
 Y unirse Tébas con estrecho nudo,  
 Por áureo puente, á mi gentil Corinto;  
 Y de tí enamorados, oh Cithera  
     Riente y hechicera,  
     Al bifronte Maleo  
 Tender los brazos y al Tenario veo  
 Ofreciéndote ramos de palmera.

#### SICILIA.

Hasta rendirse ya, faltos de aliento,  
 Toda la noche en ímproba tarea  
 A mis cíclopes ví; doquier se oía  
 Del mazo y yunque el golpear violento  
 En las fraguas del Etna; su sombría  
     Infernal chimenea  
 Surtidor de humo y llamas despedía.  
     La tierra moribunda  
     Por valles y montañas



Lanzaba á bocanadas el hirviente  
 Fuego de sus entrañas.  
 Horrisono el estruendo, el torbellino,  
 El clamor, retumbaban de Occidente  
 En las vastas remotas soledades,  
 Como si fuera á hundirse un continente,  
 Que en ruinas se cuarteaba,  
 Con sus glorias, sus tronos y ciudades.  
 Aún relampaguea,  
 Y en lontananza con fragor horrendo  
 Rueda el trueno; de antiguo yo avezada  
 Estoy á esos fulgores, á ese estruendo.  
 Mas ya á su seno Italia no me liga,  
 Pues yo, ser sólo griega deseando,  
 Al verla en las tinieblas dormitando,  
 Por siempre el brazo le negué de amiga.

### LAS CÍCLADAS.

Ninfas de piés de rosa  
 En cohorte graciosa  
 De las playas de Argólida salíamos  
 Por ver á Délos bella;  
 Ibamos y veníamos  
 Ráudas, á flor de agua como ella.  
 Súbito congeladas  
 Nuestras plantas se adhieren  
 De madrepora en ramas transformadas,  
 Y en promontorio ameno  
 Ya se dilata nuestro ebúrneo seno  
 Y nuestra airosa espalda.

Dentro del pecho penetrar sentimos  
 Del mármol la fría escarcha, y con guirnalda  
 De narcisos, lentiscos y oloroso  
 Enebro nos ceñimos.  
 Y cual flores del cielo,  
 Dispersándonos rápidas en torno  
 De la isla gentil donde Latona  
 Dió á luz, nos dividimos,  
 Y allí para servirla de corona  
 En oasis del mar nos convertimos.

### LÉSBOS.

Entre Lemnos y Chío, en halagüeño  
 Apacible descanso yo dormía  
 Anoche venturosa  
 (Si no es que aún aletargada sueño),  
 Cuando súbitamente mis floridas  
 Mitades vense unidas  
 Cual dos anillos de cadena hermosa.  
 De sus viñedos prolongando Isa  
 El damasceno manto, señorea  
 Ya los verjeles fértiles de Antisa;  
 Ya el tierno corderillo saborea,  
 De seto en seto retozon brincando,  
 La juncia que hermosea  
 Mis comarcas parejas, ya aflojando  
 El mar, que va mis costas cincelandando,  
 La ténue ligadura,  
 Mis dos hijas gemelas con ternura

En amantes abrazos  
 Se estrechan para siempre entre sus brazos.  
 Cuando tracias crueles  
 Cercenaron con bárbara fiereza  
 De Orfeo la cabeza,  
 Destrozándole al par lira y laureles,  
 Méenos duras las olas la acogieron  
 En su falda de perlas, y afligidas  
 Meciéndola, meciéndola, cerraron  
 Con amorosos besos sus heridas,  
 Y de mi fresca orilla entre las flores  
 Cual presente de Ninfas la dejaron.  
 Abriendo allí sus labios sin colores,  
 Que la muerte marchita,  
 Como mustio capullo, que regado  
 Con lágrimas del alba resucita,  
 Allí el nombre suspira  
 De Eurídice la bella,  
 Y yo al oírle suspiré cual ella.  
 Su arrobadora lira,  
 Manantial de dulzura,  
 Junto al Cisne, entre estrellas fué colgada,  
 Y yo, de verla tanto allá en la altura  
 En terrenal figura,  
 La suya celestial llevo copiada.

TEMPE.

Al errátil Peneo, que serpeaba  
 De mis espesos bosques por el seno,  
 El paso de los siglos puso freno.  
 El saltador empuje y el coraje

De indómito caballo del desierto  
 Perdió y también el galopar salvaje,  
 Y de mis ruisiñores al concierto  
 Y al murmurar del cimbrador ramaje,  
 Sus plateadas olas,  
 De las flores besando  
 Las húmedas corolas  
 Y con ellas al par jugueteando,  
 Se enervaron al fin por los verjeles.  
 De los frescos rosales á la sombra,  
 En tálamo que alfombra  
 Un manto de azucenas y claveles,  
 Y de viciosa yedra bajo arcadas,  
 Durmierónse serenas,  
 Cual doncellas cansadas  
 Por amoroso sueño cautivadas.  
 Las madre selvas y amapolas rojas  
 Y el espliego, del agua al escarceo,  
 Se desnudaron de sus tiernas hojas,  
 Y sólo las estrellas,  
 Con nuevo centelleo  
 Y azulado atavío,  
 Iban allí á mecerse  
 En las serenas noches del estío.  
 Ora su reina pálida con ellas  
 Venía á contemplarse  
 Del agua en el espejo cristalino,  
 Cuando, entre Olimpo y Osa, ancho camino  
 Abriéndose las olas mugidoras,  
 Al primitivo lecho  
 Restitúyense en rápida carrera;  
 Y yo, como en las horas

De mi Abril floreciente, placentera  
 Volví á hospedar la gaya primavera.  
 Venid, venid, doncellas de Tesalia,

Como al panal de oro

De místicas abejas dulce coro;

Las fuentes de Castalia,

Oh Piérides, dejad por el sonoro

Rumor de mis risueños manantiales,

Y evocando los ecos celestiales

Que duermen en la lira,

Decidme ¿quién recoge poderoso

El manto azul, cortina de mi cielo,

Que en mi tálamo umbroso

Dábame abrigo y pudoroso velo?

¿Quién, decidme, arrebató

Al gigante Peneo

De mis floridos brazos do dormía?

¿Quién las ondas de plata

Desvía del Egeo,

Haciendo que cual siervas temerosas

Ya retrocedan? ¿quién con giganteo

Poder alza en sus playas ondulosas

Verdosas y rientes

Constelaciones de islas florecientes?

— Alcides, mi hijo es, Grecia responde;

Lo ví desde la sierra

Que en la Tesalia, mirador de dioses,

Contempla la ancha tierra

Que en torno de su falda

Se extiende y redondea,

Cual un gigante escudo de esmeralda

Que el grande río Occéano rodea.

Él es, es mi hijo Alcides;

Él quien tus riendas de oro,

Porque del Tempe y de su amor te olvides,

Suelta, ráudo Peneo;

Él es quien os abriera

Cual tempranos capullos

De mi jardín, oh Cíclades herbosas;

Él quien á tí, Cithera,

Y á tí que el nombre tomas en trofeo

De tus hijas las rosas,

Puso por centinelas del Egeo.

Él es quien rasga el velo que ocultaba,

Oh mar Mediterráneo, tus misterios;

De Gibraltar, las puertas, con su clava

Le he visto abrir y nuevos hemisferios,

Con encendidas ramas en la mano,

Mostrar hácia los límites hesperios

Al viejo rey del húmedo Oceano. —

Dice, y cual placentera

Banda de blancos, pequenuelos cisnes,

Oyendo junto al nido, al cual da galas

Musgo de la ribera,

La dulce voz de la que el sér le diera,

En busca va de las maternas alas;

Las islas, del Egeo

Cándidas hijas y de Grecia hermosa,

Alzáronse aquel día

De natalicio un cántico entonando,

Que, en su concha al mecerlas, todavía

La inmensa mar recuerda suspirando.



En el borde, que forma la montaña,  
 Se engalana y perfuma  
 La Oréada. La Náyade se baña  
 En la fontana de lechosa espuma;  
 De una deidad el corazón palpita  
 En la corteza áspera y rugosa  
 De cada árbol; se agita  
 El mármol y sér; vida y forma toma,  
 Y el céfiro, que amante juguetea  
 En cada flor, robándole su aroma,  
 Ve en su caliz brillar los verdes ojos  
 De púdica Napea.  
 Al compás de las gracias  
 Armonizan su danza en las riberas,  
 Los pastores al pié de las acacias  
 Y en el cielo las rítmicas esferas.  
 Y mientras con los dones que atesora  
 Y los de Céres, pródiga descende,  
 Engalanada de guirnaldas, Flora,  
 Y por cubrir á las desnudas islas  
 Nueva alcatifa de verdor extiende,  
 Iris, que muere sin el sol, su franja  
 Que el cielo escogerá como divisa,  
 Con los siete colores hermosea,  
 Y el coro de los Dioses ya franquea,  
 De Olimpo entre las brumas perenales,  
 Paso al héroe mayor de los mortales.

---

## CANTO OCTAVO

---

Las aguas se enseñorean de las alturas, y se desposan para siempre las olas del mar del Norte con las del Sur, las de Occidente con las del Mediterráneo. Aproxímase Hércules al muro de Gádes. Gerion, despues de tomar de sus hombros á Hésperis, derrumba sobre él una gran roca. El héroe se levanta entre las olas, y da muerte al traidor. Nace el árbol *drago*, que llora sangre junto á su sepulcro. Hésperis, desde la cima de un peñasco, envía tristísima despedida á la tierra que se hunde, y cae en fantaseador delirio. Alcides, arribando al promontorio, mata al gigante Anteo, y, armado de su cadáver, acomete y extirpa la casta de las Arpías, Gorgonas y Estinfálidas.

Mas por olas y rayos arrastrados  
 Los jirones de Calpe ya salían  
 En témpanos y bloques esquinados  
 Que ántes sus senos cóncavos henchían,  
 Juntos con su raíz, y hasta la esfera  
 Saltan, á ver la luz por vez primera.

Y aterrados del cóos, sobre sillares  
 Que ayer les dieron basa y fundamento,  
 Se abisman otra vez; braman los mares  
 Revueltos, y al atroz desquiciamiento  
 Se estremecen con ecos pavorosos  
 Y retruenan sus antros tenebrosos.

De las bellas Hespérides los lechos  
 Húndense ya; las cumbres van rodando  
 A asentarse en los valles, y deshecho,  
 Y horribles alaridos exhalando,  
 El orbe estalla en fiera sacudida,  
 Cual hembra que en mal parto da la vida.

Ábrense, y á los montes sepultura  
 Los llanos dan; ya no es que el rayo abrasa  
 Con su chispa veloz la selva oscura;  
 No son ciudades que hasta el suelo arrasa,  
 Pasando fiera, tempestad bravía;  
 Es un mundo que gime en la agonía.

El minhocao feroz, que en sus entrañas  
 Vive, al ver que se abren anchas bocas  
 Entre ruinas de pueblos y montañas  
 Sale, y á los que duermen en las rocas  
 Del mar, y á los que moran en la tierra,  
 Mónstruos terribles, su furor aterra.

Otras lanza el abismo, á quienes nidos  
 Groseros diera el árbol, y voltean  
 En ráfagas, y vuelan confundidos,  
 Boas, que como ríos serpentean,  
 Áspides de mortíferas miradas,  
 Dragones y cerastas inflamadas.

Cual dique roto, estallan rebramando  
 Las nubes; cien metéoros el cielo  
 Y culebrinas ígneas van cruzando;  
 Y crujir las raíces de su suelo  
 Cual secas cañas, bajo el mar rugiente,  
 Despavorida Atlántida ya siente.

Y encima, desatándose espantable  
 Como nunca, conculca el rayo eterno  
 El regazo y la faz de la culpable,  
 Miéntas la arrastran genios del Averno,  
 Cual legion de murciélagos inmundos  
 Colgados de sus piés, á los profundos.

Del cerro por la cumbre precipita  
 Sus olas ya el Mediterráneo hirviente  
 Cual toros sin barrera; si limita  
 Cerro ó peñon su curso, airadamente  
 Lo hacen rodar en tumultuoso cáos  
 Sin siquiera decirles: ¡apartáos!

Así, en alas de ráudos torbellinos  
 Con islas, pueblos, sierras, rebramando  
 Lucha la mar del polo; en remolinos  
 A un lado y otro arrójalos y, dando  
 Tumbos, en pos les siguen impulsadas  
 Naves y fieras mil despedazadas.

De ese mar al bramido titánico, en su lecho  
 La del Poniente escúchase rugir con ronca voz;  
 Y por romper la presa que colossal han hecho  
 Las peñas, sobre Atlántida, en su furor deshecho,  
 Cien montes de agua lanza con ímpetu veloz.

Cae y retiembla al golpe el valladar de roca,  
 Cual haya, rey del bosque, que hiere el leñador;  
 Y miéntas su cimiento crujiendo se disloca,  
 Cual muro, por ariete batido, se derroca,  
 Se arrasan cien almenas con fuerte retemblor.

Se atierra, y de las furias en alas arrastrados  
 Van con la marejada escombros mil mezclados  
 Al recibir las olas del levantino mar,  
 Bosques cubriendo y llanos doquier, doquier pesados  
 Peñones, cual arbustos, llevándose al pasar.

Chocáronse los mares; sus aguas confundieron,  
 De luminaria el rayo sirviendo á aquella union;  
 De infierno, tierra, vientos, temblor y truenos fueron  
 La música, y en lazo perpétuo ámbos se unieron  
 Entre flotantes selvas é islotes de verdor.

Cuando pedazos hecho por Dios, el orbe muera,  
 Veránse entre despojos y horror en multitud  
 Vagar así dispersos sus trozos por doquiera,  
 El sol caduco á tientas buscar su cabellera,  
 La muerte de sus víctimas llamar al ataud.

Pero la voz del Angel vibrando sobre el cáos  
 Lanza sobre su víctima más furias, rayos mil.  
 — ¡ Bajad, grita, del Norte; subid del Sur, lanzáos  
 Sobre ella, venid, fieras hambrientas, y lleváos  
 A dentelladas trozos de la ramera vil! —

Y de su espada ígnea, vibrando el llameante  
 Azote, los hostiga con viva rapidez;  
 Cada chispa es un rayo, y el reino ya espirante,  
 La aldea que arde, lanzan bramido horrisonante  
 Con mares, tierra, nubes y cielos á la vez.

Tan sólo no se abate del griego el fuerte pecho.  
 Por cima de las olas nadando sin cesar,  
 Yérguese y ve alto muro por los ciclópes hecho  
 Que atraénle, cual sirenas que á su florido lecho  
 Amantes le invitasen con plácido cantar.

Era tu frente ¡oh hija del mar! Gádes graciosa,  
 Gaviota que en el cáliz de lirio virginal  
 Hiciste nido, alcázar de nácar y de rosa  
 Que baña el sol de Mayo, y al verte tan hermosa  
 El héroe, Eden te cree de encanto celestial.

Y miéntras ellos tragan, cediendo, el agua amarga,  
 Él hácia el muro rema con firme corazón;  
 Y alzando el fuerte brazo, que el piélagos no embarga,  
 Se aferra á una palmera que Gerion le alarga  
 Por entre las almenas de viejo torreón.

Para salvar á Hésperis, no bien ve asido al griego,  
 Aquél de sus espaldas la toma y al mirar  
 Su mágica belleza, de súbito amor ciego,  
 Quiere abrazarla y suelta la antena que va luégo  
 A hundirse con el héroe hasta el profundo mar.

Y para darle losa bajo la mar inmensa  
 Derrumba un gran peñasco que el tiempo desquició,  
 Montaña sin raíces, sobre la mar suspensa,  
 Que inútil ya en la tierra, lanzada al agua densa  
 De rumorosa espuma montañas levantó.

Aún rueda hácia el abismo, cuando la vista ansiosa  
 Gerion torna de Hésperis al rostro angelical,  
 Y en su ilusion, tan frágil como silvestre rosa,  
 Besa su sien ornada por cabellera undosa  
 Cual marco que rodea pintura celestial.

Pero la mar, abriéndose de pronto, espumajea;  
 De léjos una frente y espalda gigantea  
 Entre revueltas olas, se ven surgir, y ya  
 Como si férrea mano lanzárala, llamea  
 La clava por los aires y á herir al mónstruo va.



Sola tú, hermosa Gádes, entónces te doliste.  
 Junto al cadáver *drago* lloroso allí nació,  
 Con su espadada hoja dosel verde le hiciste,  
 Que lágrimas de sangre, sobre su tumba triste  
 Un siglo y otro siglo doliente derramó.

De un pico en la alta cúspide, hácia su patria bella  
 Los ojos vuelve Hésperis; mas ¡ay! ya ni aún su huella  
 Ve entre el hervir del cáos horrendo de la mar;  
 Todo lo hundió el sepulcro, do en breve caerá ella,  
 Pues secos, ya ni aún lágrimas sus ojos pueden dar.

De su Sodoma en brasas la faz vuelta á la hoguera,  
 Mujer de Loth parece, hecha monton de sal;  
 La estatua abre sus labios: — « ¡Oh! ¡campos do corriera  
 Mi infancia! ¿Y no he de veros jamás? ¡Ay! ¿Ni siquiera  
 A los fulgores de ese fatídico fanal?

» Huerto en que ayer cogíamos los lirios y las rosas,  
 ¿En dónde estás? ¡Oh flores! ¡oh Hespérides hermosas!  
 Yerto mi brazo os busca con ansiedad febril,  
 Mas ¡ay! á mis sollozos y voces amorosas  
 La vuestra no responde con eco juvenil.

» Sólo contestan mónstruos con voz ronca de rabia;  
 ¿Aquél que os hizo suya por qué olvidóme á mí?  
 ¿Para él os he nutrido del corazón con savia?  
 ¿Para él entre congojas mortales os parí?

» ¿Quién como yo infelice? Las focas vendimiaron  
 Lo que los viñadores solícitos podaron;  
 Para ellas el granado abrió su roja flor,  
 Para ellas las errantes cigüeñas anidaron;  
 Mas yo para nutrir las dí el fruto de mi amor.

» ¡Oh esposo, oh caro esposo, imán de mis memorias!  
 ¿Qué has hecho del espléndido carro de tus victorias?  
 La lira que á los cielos enajenó, ¿dó está?  
 Cual nieve derretida tu fama fué y tus glorias,  
 Y el mar tan sólo sabe si tienes tumba ya.

» Tal vez el mar cruzando, que tus despojos guarda,  
 Arranque con sus áncoras cualquier nave gallarda  
 De reinos que venciste tu losa funeral,  
 Para que pez marino, que allí su presa aguarda,  
 Tu corazón me robe más dulce que el panal.

» Quizá la parda escórpora que entre las rocas mora  
 Juega con la guirnalda que en la risueña hora  
 De amor ciñó mis sienes, y ¡qué dolor! quizá  
 Con rizos de mis hijas amadas ella ahora  
 Sobre mi dulce tálamo, su nido labrará.

» ¿Y nuestros hijos, ántes tan cándidos? ¡oh amados!  
 Cuando la mar arroje sus restos calcinados,  
 Huirán, llenas de espanto, las fieras. ¿Por qué, oh Dios,  
 Si males tan terribles me estaban reservados,  
 Que muerta yo naciese no permitisteis Vos?

» Para beber su aroma cáliz diste á las rosas,  
 Ventalle tuyo, el árbol tu mano hizo brotar,  
 Para trinar criaste las aves bulliciosas,  
 Para mecer su nido las áuras rumorosas,  
 Y á mí de honda amargura llenaste como al mar.

» Mas ya ante el terremoto mi cuerpo desfallece,  
 Ya su aleteo el pecho perdió dentro de mí,  
 Y á mi nublada vista la luz se desvanece;  
 Gemidos tráeme el viento de un mundo que perece,  
 Y ¡ay! cual ciprés, velando su osario, muero aquí.»

Dice: y el rostro tuerce en su martirio  
 Por no ver cuadro tal; la triste mente  
 Sumergida en fantástico delirio  
 Y sacudida por la pena siente,  
 Y anublado el letargo su mirada  
 Da de hinojos en tierra, desplomada.

« Cual lluvia ya caen mis vástagos tiernos;  
 Al hórrido abismo les dan los infiernos  
 Por lóbrego cráter entrada fatal;  
 Y el antro los traga, ¡terrible castigo!  
 Cual áspera muela los granos de trigo  
 Que arroja la tolva por honda canal.

» ¡Ay de mí! ¿Y vosotras, oh hijas?... Grandezas  
 Ayer os brindaba y el cetro imperial;  
 La mar ¡ay... por tumba, la mar sólo os doy!  
 ¡Huyamos! ¡El mónstruo de las tres cabezas!  
 ¡Oh Atlas! ¿no abres? tu Hespéris yo soy  
 Que llama á tu fosa con ánsia mortal. »

Roncos himnos mortuorios con salvaje  
 Clamor alza á lo léjos ya la hirviente  
 Mar con ráfagas, truenos y oleaje,  
 Y su áurea lira, que dejó pendiente  
 De verde rama, exhala como ella  
 En ayes de agonía su querella.

Mas no la muerte su guadaña ahora  
 Contra ella esgrime; sino que apartando  
 Sus ojos de la escena aterradora  
 Piadosa va su párpado cerrando  
 Con sus alas negrísimas, no sea  
 Que el exterminio de sus hijos vea.

Entre el vaiven del oleaje, el griego,  
 Mojado, herido, escapa del tumulto  
 Que alza la mar, y tropezando ciego  
 En tosco islote ó en escollo oculto,  
 Próximo ya á la costa enarenada,  
 Con ímpetu mayor bracea y nada.

Allí el salvaje núcida le espera,  
 Y Arpías crueles, fuertes Amazonas;  
 Bocanada que Libia lanza fiera.  
 ¿Quizá á ofrecerle lauros y coronas  
 Vienen porque rompió las seculares  
 Duras prisiones de los fuertes mares?

No bien ve que la orilla el griego alcanza  
 El ejército fiero, en pos de Anteo  
 Que les conduce, cual langosta avanza;  
 Así un crestón de monte giganteo  
 Rueda por la pendiente acelerado  
 Del simoun por los brazos impulsado.

Mas, cual del rayo herida, Africa entera  
 Tiembla espantada, cuando el héroe embiste  
 A su ingente caudillo; es la postrera  
 Escoria que á su clava se resiste;  
 Su férrea clava, que á la impura raza  
 Borra del Universo y despedaza.

Tres veces rueda ante los piés del griego  
 Anteo, y tres su fuerza renaciendo,  
 Salta del fango, mas Alcides luégo,  
 Sus titánicos miembros oprimiendo,  
 Álzale, y de su pecho en las entrañas  
 Hace crujir los huesos como cañas.

Arrójale á lo alto, y empuñando  
 Por los piés el cadáver corpulento,  
 Maza infernal, sus huestes azotando  
**Corre**, cual rayo que lanzó violento  
 El cielo, y por do pasa, ni señales  
 Quedan de árboles, hombres y animales.

## CANTO NOVENO

### LA TORRE DE LOS TITANES

---

Medio destrozados por la marejada, trepan los Atlantes á una sierra no conmovida  
 aún por las olas. Sin esperanza de arribar á Gádes, prueban, para evadirse del di-  
 luvio, á escalar el cielo. Al distar dos dedos tan sólo, la torre, hecha de sirtes y  
 de trozos de montaña, viene á tierra, y entre horribles imprecaciones, arrojan con-  
 tra Dios los escombros del derruido edificio. El Exterminador impele los elemen-  
 tos contra ellos, y con su tajante acaba de abrir el abismo de la Atlántida en la  
 tierra. Húndense en él los Titanes, y de su sepulcro brota el volcan de Tenerife.  
 Envaina el Angel su espada de fuego y remóntase á las nubes despidiéndose de  
 los restantes continentes hasta el día del Juicio. Resuena en las alturas un cánti-  
 co de gloria al Altísimo. El Angel de la Atlántida, al restituirse al cielo, entrega  
 al Angel de España, que desciende, la corona de la que fué reina de los mundos.  
 La voz del Teyde. Terremotos en las islas Atlánticas.

Buitres, marinos lobos, ¡hurra! Grande el carnaje  
 Es, y en pasto sus hijos la Atlántida os va á dar.  
 En lucha con las olas alzan clamor salvaje  
 Formando coro horrisono con el rugir del mar.

Sumérgense en la hinchada marea, no bien saliendo  
 Asoma á flor del agua su frente criminal,  
 Y mézclanse, avanzando, hundiéndose ó cediendo  
 Con fieras, armas, troncos, en núcleo colosal.

Como del mar las olas en muro aglomeradas  
 Sobre Moisés, rompiéndose del trueno á la explosion,  
 Lanzáronse en desórden hasta el profundo, airadas,  
 Tragando hueste y lanzas del duro Faraon,



Así coronas, arcos, corceles y bagaje,  
 Con polvo y con espuma se ven rodar allí;  
 ¡Socorro! todos claman, y allá, entre el oleaje,  
 Negros cetáceos álzanse diciendo: ¡Hémos aquí!

Si asoman cual tritones la faz de lodo llena,  
 Inquieren si divisan al griego acá ó allá;  
 Y al no verle, ya muerto le creen, y poca pena,  
 Con tal de que él perezca, morir también les da.

Ya es la ciudad hoguera que forma inmensa llama  
 Cual madre condenada á despedir fulgor  
 Con su armazon de torres, que el Orco ya reclama,  
 Sobre sus hijos réprobos, que luchan con ardor.

Al resplandor aférranse á un pico de la sierra  
 Que aún no inclinó la frente al gran diluvio, y ven,  
 El cieno de los párpados quitándose, en la tierra  
 Saltar al de Beocia en el hispano Eden.

Y de beber su sangre desesperanzados, cuando  
 Sentíanla ya en sus fáuces, ébrios por el rencor,  
 Del corazón protervo veneno chorreando,  
 Al Dios que de ellos líbralo, se vuelven con furor.

Y aferran troncos, árboles, que amarran á la roca  
 Peñascos que sobre ellos disgréganse al rodar,  
 Y monte sobre monte su furia los coloca,  
 A Dios con tal escala pensando despeñar.

Despojos de ballena, ciclópeos edificios,  
 Peñas y prados lanzan con viva rapidez;  
 Donde se alzaban montes se ven ya precipicios  
 Que cumbres y laderas arrancan á la vez.

Si un bosque á flor de agua muestra sus cabelleras  
 Descuájalo y colgado como racimo ya  
 Con ríos y hondonadas, con cuevas y con fieras,  
 Lanzado por los aires hasta la cumbre va.

Ya el Atlas una sierra es con los Pirineos,  
 Uno escabel del otro, peñon sobre peñon,  
 Y Abyla y Calpe, escombros y cascos gigantes  
 De Atlántida, cabalgan en vária confusion.

Y ellos, sobre los unos los otros empinándose,  
 Trepando olmedas, cerros y nubes, fieros van,  
 Y á la estrellada cúpula del cielo aproximándose,  
 Los brazos, para asirla, le tienden con afan.

Ira del cielo, ¿duermes? ¡Oh no! su carga arroja  
 La torre de raíz férrea, tu ráfaga al brillar,  
 Así como la suya de frutos y de hojas,  
 Herida por el rayo, la encina secular.

Atiérrase el humano castillo y se derrumba  
 En hórrida cascada, en confusion atroz.  
 Del cielo á tierra caen, de tierra al mar, y tumba  
 El mar les da en su seno, tragándolos veloz.

Y en el profundo pozo del Orco despeñándose,  
 Las torvas frentes hiérense con loco frenesí,  
 Y clávanse, cual sierpes liadas enroscándose,  
 Las venenosas uñas y dientes entre sí.

En su furor el alma también se arrancarían,  
 A puntapiés rasgándose las sienas dos á dos;  
 Pero muriendo fuera de tiempo apagarían  
 La tempestad, que sube de su sepulcro á Dios.

—¿Dó está? gritan satánicos. ¿Dó está? ¿Por qué se esconde?  
 Ni muerte que nos mate, ni tierra tiene, donde  
 Nos pueda sepultar.  
 Si cuenta con el rayo mortal, que no lo ostente.  
 ¡Mal haya! De sus manos con ánimo valiente  
 Lo iremos á arrancar. —

Dios lo oye, y pára el rayo que baja de la cima  
 Aquellos infernales tizones á abrasar;  
 Mas ellos, á quien odio sacrílego reanima,  
 Armas de muerte piden contra el Eterno al mar.

Cual topos arrastrándose desde el abismo afuera,  
 Cadáveres de ahogados amontonando van;  
 Y con flexibles tallos de zarza y cambronera,  
 Ligados, ya á los vivos los muertos paso dan.

Rompen boababs altivos al acercarse á tierra,  
 Y allá vuelan unidos al llano donde ayer,  
 Gigantes de otros tiempos, hablaban con la sierra  
 De aquella edad primera que al mundo vió nacer.

Si horrorizada á alguno, —¿qué haceis? — dice su esposa,  
 Que al tierno infante lleva, marchando de él en pos,  
 Ase verde de cólera su cabellera undosa,  
 Lánzala y — vuela, dícele, á Dios si eres de Dios. —

Barracas, naves, trozos de torre allí volaron  
 Que en tierra forman montes, islotes en el mar;  
 Solanas do las focas ayer se revolcaron,  
 Picos do iban las águilas sus nidos á colgar.

Sierras del reino límites, escollos, promontorios,  
 Cruzando el aire, sumen la tierra en lobreguez;  
 Volando, entre sí chocan zócalos y cimborios,  
 Y á las volcadas cúspides el mar baja á la vez.

Con su raíz chocando las cumbres arrogantes  
 Y aquéllas con los astros, del cielo en la extension,  
 De nuevo caen en lluvia de moles crepitantes,  
 Y desquiciado el orbe de escombros es monton.

El torbellino en tanto con témpanos batalla  
 De tierra que cien veces el mar le arrebató,  
 Y aúllan cual manada de lobos, que no halla  
 Al tímido cordero de quien el rastro olió.

Mas — ¿qué aguardais? el Angel grita ronco;  
 ¡Desarraigadla! astillas de su tronco  
 Y leña haced de su ramaje ya;  
 Como yerba maldita echadla al fuego,  
 Y la infernal ceniza aventad luégo,  
 En que el rayo veloz la tornará. —

Pára su fuego el cielo, la suspensa  
 Mar su oleaje y cual racimo en prensa,  
 Sangre el monte destila ante su voz;  
 Contra sus férreos goznes la natura  
 Lucha y oscila y en la sima oscura  
 Corre á precipitarse ya veloz.

Cual río de las nubes se desprende,  
 Centelleante espada al par descende,  
 Y la altanera mole del peñon,  
 Al cual ni el cielo conmover lograra  
 Si, al desplomarse encima, le auxiliara  
 Viento y mar y del fuego la explosion,

Como cuna de cañas de repente  
 Vuélcase con su carga; ancho é hirviente  
 Remolino se abre, y con horror

Ven los Titanes que la tierra muestra  
Negruzco aljibe, de fulgor siniestra,  
De su seno mas hondo en lo interior.

Despavoridos huyen; mas oyendo  
Del Arcángel el hálito tremendo  
Encima de su frente retronar,  
Se precipitan, cuando más abría  
Su fauce el Orco, lleno de alegría  
Tan abundante hornada al contemplar.

De un sorbo ciudad, riscos, Atlántida y Atlantes,  
Espumas, cieno, mónstruos de forma colosal,  
Bajeles, pueblos, aves y bosques y gigantes  
Rocas ansioso traga el vórtice infernal.

Con el turbion luchando la tempestad bravía,  
Se interna en remolinos, mas si tornara á abrir  
Su fauce el mónstruo, seca la mar se quedaría;  
Sólo astros á pedazos pudiera ya engullir.

Se enhorna el arma y vuelve la sima en un Vesubio,  
Que sin cesar flamea, y brama en ronco son;  
Por él sube columna de abrasador diluvio,  
Que á contener bastantes ni escombros ni agua son.

¡Castigo atroz! Con armas y peñas candescentes,  
Leña del Teyde, suben los réprobos allí,  
Y envueltos los recibe en ríos de lava hirvientes  
El cráter que entre llamas los lanzará de sí.

Tiemblan los reinos próximos; mas si mármoreos lazos  
Les une al que perece, ¿por qué no han de temblar?  
¡Cual ramas de ese árbol, lanzadas en pedazos,  
A hundirse España y África y Albion van en el mar!

¿Quién romperá los brazos con que á las tres se aferra  
Como diciendo: — « Hermanas que tanto amaba yo,  
No me dejéis? » — ¡ Divino poder! De sierra en sierra  
Rotos caen; sólo un pico de la anegada tierra  
Se ve, y ya mengua... mengua... ¡y al fin desapareció!

Envaina el Genio entónces su espada abismadora.  
Cómo dió el golpe horrendo, ¿quién lo podrá decir?  
Sólo contarle puede su voz atronadora,  
Que ya hasta el postrer día el mundo no ha de oír.

Mas ved aquí del África la Europa desuncida,  
Entre las dos cubriendo los mares mar mayor,  
Y por volcanes nuevos la tierra bipartida  
Deja salir el fuego que hierve en su interior.

Cuando correr el agua contempla el hortelano  
Por el abierto surco que preparó su mano,  
Párase sobre el mango del rústico azadon.  
Así el ángel espera que el cerro mas altivo  
Se allane, y ofreciéndole despues argénteo estribo  
La luna, se remonta del cielo á la region.

De allí centelleando se vuelve hácia los otros  
Mundos. — « ¡ A más ver! dice; mas cuando torne, ya  
De fuego el mar que os cubra será para vosotros;  
¡ Temed á Dios! El día del Juicio cerca está. » —

En tanto alza el Empíreo sus himnos de victoria  
Al arrobado mundo meciendo: — « ¿ Quién á Tí  
Osa llegar? La Atlántida, gran Dios, trepa á la gloria  
Por gradas de montañas;... tronais... ya no está allí.



» Llover, trozo del cielo, la hicistes en la tierra  
 Porque bendito fuese en ella tu poder;  
 Y contra Tí su ingrato linaje la alzó en guerra;  
 Con él y con sus armas la hiciste perecer.

» Mas dejas la semilla para que algun día pueda  
 Nacer de nuevo el huerto, anhelo del amor;  
 Una ola borra otra, sobre un mundo otro rueda;  
 Sólo, astro de otros orbes, no muere tu fulgor.»

Llamada por los ángeles despierta España y siente  
 Que á sus desnudos bordes se enlaza ignoto mar:  
 — ¿Quién al astro sucede? pregunta, y tiernamente  
 La abrazan y — ¡Tú! — dicen risueños á la par.

Sirena que en las olas gallarda se levanta  
 Y á un promontorio sube para entonar su amor,  
 Y al escucharla manso el mar viene á su planta  
 Y con salados labios la besa arrullador.

Mas ya sembrando á haldadas el alba sonriente  
 Perlas y lirios, guía, cual tierna madre, al sol,  
 Y espárcense en los aires las nubes de Occidente  
 Que inflama con sus besos y tiñe de arrebol.

Dos ángeles hermosos, de rubia cabellera,  
 Se encuentran; uno triste, risueño el otro: — Yo,  
 ¡Ay dolor! de los reinos que espiran ángel era.  
 — Yo del que de ellos nace — el otro contestó.

— ¿No muere para siempre? ¿Del lecho en donde yace  
 Revivirá cual fénix? Sí, que hácia Oriente nace  
 La estrella que aquí lanza su postrimer fulgor.

Toma su áurea corona que al cielo devolvía,  
 Y cuando reina sea del universo un día  
 Colócala en su frente con cariñoso amor. —

Dice, la entrega, y rápido su vuelo reemprendiendo  
 De sus nevadas alas el polvo sacudió,  
 Miéntas el otro á Hesperia, que se alza sonriendo  
 Tras respaldar florido de sierras, descendió.

¡Mas ay! ¿Dó fué el Elíseo austral? ¿dónde el hesperio  
 Lecho que viera á Atlantes y Hespérides nacer?  
 ¿Dó el reino que en sus brazos ligaba al hemisferio?  
 Pasto del hondo abismo ya todo vino á ser.

Ni huella queda al orbe de los que le agitaron;  
 El dedo del Eterno su multitud borró;  
 Pasaron sus batallas, sus cóleras pasaron,  
 Cual curso de ancho río que exhausto se quedó.

Hasta el recuerdo de ellos los siglos ya perdieran  
 A no ser por el Teyde que aún habla con el mar  
 De aquella noche en que ámbos tan grande estrago hicieran;  
 Y él óyelo y rebrama, queriendo allí tornar.

¿No sientes en las nubes rodar su áspero cántico,  
 Cual por las hondas quiebras el trueno, cuando al son  
 De su inflamado aliento, él, Genio del Atlántico,  
 Narra al naciente mundo de aquél la destruccion?

Sobre la espalda arroja su inmensa cabellera  
 De lava; inunda el cielo de llamas; en redor  
 Retiemblan como naves las islas y en la esfera  
 Tras su penacho ocúltanse los astros con pavor.

Diz que al lanzar sus rocas en áscuas, como ingente  
 Roble su fruto, entre ellas, hechos tizones, van  
 Subiendo los Titanes, y, cual caldera hirviente,  
 No bien los muestra, engúllelos más rápido el volcan.

Y aquellas osamentas que vomitó el infierno  
 Harto ya de cadáveres, furiosas entre sí  
 Se empujan, se golpean, y el dardo del Eterno  
 Que allí los clava, muerden con vano frenesí.

Retiemblan las Canarias, Madera y las Azores,  
 Que esfuerzos tan titánicos no pueden contrastar,  
 Y escúchanse, cual truenos, gemidos interiores,  
 Y de ciclópea fragua el ígneo respirar.

Hoguera hecha con huesos, con cascos y armaduras  
 Sobre arruinados cerros parece ya el volcan;  
 Pedazos de la escala por donde á las alturas  
 Del cielo iban trepando los hijos de Satán.

## CANTO DÉCIMO

### LA NUEVA HESPERIA.

Digresion: el sabio anacoreta dirige los ojos á su patria. — Sueño de Hesperis. — Reconoce el ramo de naranjo plantado por Hércules. — Suspira por la tierra sumergida. — Renace en España el huerto de las naranjas de oro. — Las siete Hespéridas convertidas en astros. — El canto del cisne. — Héspero. — Los hijos de Hércules y de Hesperis. — La reina destronada. — Galicia y la torre de Hércules en la Coruña. — Elcano. — Lusitania. — Sagunto. — Balada de Mallorca. — Fundacion de Barcelona. — La voz del Táber. — Hispalis. — El ignoto Dios y su templo en Gádes. — Hércules coloca por linderos de la tierra las columnas del *Non plus ultra*.

Cual viajero en la cúspide empinada,  
 De do vislumbra ya la patria amada,  
 Aquí de gozo el viejo suspiró;  
 Y al verla verdear gentil y bella,  
 Amoroso mirándola, hácia ella  
 Volar con fuerza el corazon sintió.

Estático ante el mar Colon se pára,  
 Cual si oyese una voz que le llamara,  
 Cual si brillar entre fantasmas mil  
 De Atletas, Genios, mónstruos vagarosos,  
 Los ojos viese amargos y verdosos  
 De una doncella púdica y gentil.

Mas distráele del sabio el firme acento  
Que hácia la España guía su pensamiento.  
Oh patria, acoge al viejo y al doncel;  
Muestra tus playas, tus comarcas bellas,  
Donde aún se ven de tu Hacedor las huellas,  
Cual las de abeja en el panal de miel.

De tan inmensa carga la tierra aligerada,  
En busca de su Hespéris el héroe griego va;  
De Hespéris que en la cumbre del Calpe aletargada  
Sueña ¡infeliz! que abraza de gozo transportada  
A las hermosas hijas que más ¡ay! no verá.

Sueña que por los aires, entre sonoro canto,  
Suben como torcaces palomas, que el nidal  
Dejaron, de las hiedras cubierto con el manto;  
Y hundiéndose en la altura, con faz llena de encanto  
Invítanle á que vuele al éter celestial.

— Voy — dice; mas despierta de un nuevo esposo en brazos;  
La rama ve en su mano, de donde ayer colgó  
Su lira, y cual si el pecho saltara hecho pedazos,  
Mirándola, testigo de sueños y de abrazos  
Maternos é infantiles placeres, suspiró.

— « Oh, tú, rama cimera del árbol que vió un día  
Mi nacimiento, dice, tu sombra dame ya,  
Hasta que lance el último gemido de agonía;  
Te harán crecer las lágrimas de la amargura mía,  
Y mi postrer suspiro tu copa guardará.

» Y mientras me reclino doliente y lastimera  
Debajo de tu verde, flotante cabellera,

Con nuevas hojas cubre mi yerto corazón,  
Que yo, tallo plantado en margen extranjera,  
Reflorece no puedo, cual tú, en esta region. »

Creció el árbol; sus ramas flexibles, que cimbrean  
Las auras, en racimos dan ya su blanca flor;  
Y cual rocío de estrellas que áureas centellean  
En cielo de esmeraldas, á poco amarillean  
Naranjas apiñadas, que esmaltan el verdor.

Y en breve sus retoños á España verde manto,  
Bordado con mil flores, tejieron á la vez;  
Y con murmurios, pájaros, aroma y dulce canto,  
Renace el malogrado verjel, mas no su encanto  
Les da de las Hespérides la alabastrina tez.

Bien lo pregonan ellas, tras los azules velos,  
Al convertirse en Mayo florido el naranjal;  
Pues para verlo salen, cual ojos de los cielos,  
Centelleando, y hallan alivios á sus duelos,  
Uniendo de sus lágrimas el límpido raudal.

Las hijas que dió á Alcides Hespéris placentera,  
Cual ella, tierno el pecho y la esbeltez gentil  
Tuvieron, negros ojos y negra cabellera,  
Y la color trigueña de vírgen hechicera  
Que hace penar de amores al alma juvenil.

Mas ella en el perdido Eden, que un día llorando  
Dejó, cual Eva, piensa y entona al espirar,  
La lira de los tristes recuerdos descolgando,  
Ya cisne de otras aguas, el último cantar:



« ¡Tierra feliz del Bétis! ¡cuán hermosa  
Eres! ¡cuán deliciosa!  
Mas no puedo olvidar la en que nací.  
Tibios leveches que besais su frente,  
Llevadme blandamente  
En vuestras alas y dejadme allí.

¡Cuán lindas sois, oh hijas! Pero miro  
Vuestra faz y suspiro  
Pensando en las Hesperias que perdí;  
Y ya fundirse en lágrimas, deshecho  
Siento el mísero pecho  
Viendo su cuna sola junto á mí.

Yerba soy arrancada de su tallo,  
Márgenes y sol hallo  
Y auras y sombra y vástagos aquí;  
Mas ¿qué haré ya sino ceder al peso  
Del dolor, sin el beso  
Del aura blanda que mecióme allí?»

Murió; libre su espíritu, hácia el grupo  
De sus hijas las Pléyades, volando  
Llega á las áureas puertas de la aurora,  
Desde donde dolidas le tendieron  
Solícitas las manos. Más distantes  
Las otras, sollozando, ya contemplan  
Cuál la paloma asaz tempranamente  
Se remonta hasta el cielo; al disiparse  
Luégo la niebla de su llanto triste  
Un astro ven rielar en el espacio.

Es Héspero que abre los ojos de la aurora

Ántes de que á los suyos deslumbre su arrebol;  
Y al declinar el día parece que decora  
Con astros mil los cielos, siguiendo en pos del sol.

Porque al ponerse marca la hora placentera  
De ensueños y ternezas al alma juvenil,  
Y es su mirar dulcísimo, de Vénus, hechicera  
Diosa de amor, el nombre pusiéronle gentil.

Por la pupila hermosa de un ángel las pastoras  
La toman; mas las perlas que al alba hay en su sien  
Dicen que son, oh Hespéris, las lágrimas que lloras  
Al despedirte triste del español Eden.

Ella legó á su raza la armoniosa lira,  
Do el griego añadió cuerdas de vária vibracion;  
Pues cuando canta guerras, cuando de amor suspira,  
Ya evoca tempestades, ya aduerme al corazón.

Fuente que traes al suelo acentos celestiales,  
Oh lira, alza tus himnos; espárcelos doquier  
Cual nido de avecillas, y canta los anales  
De España nunca escritos, su gloria y su poder.

Así, cual los retoños salen al viejo roble,  
Del domador de mónstruos su prole es copia fiel;  
Diz que oscilar al mundo hará su raza noble,  
Cual góndola al montarse sobre ella el timonel.

Un día — aún no llegados eran á edad de hombre —  
Decíales que saltando de Monjuich al mar,  
Edificar jurara ciudad de alto renombre.  
— Vamos allá — responden; — querémoste ayudar.

Y van en pos de Alcides, que impetuoso río  
 Por rocas, por eriales cruzando va veloz,  
 Cuando gentil doncella — ¡oid el pesar mío! —  
 Dice deshecha en llanto con armoniosa voz:

« Hija soy de las márgenes que el Miño  
 Recuerda al alejarse; fué mi cuna  
 El trono de mis padres, y ¡ay! hubiera  
 Sido también mi tálamo y mi fosa  
 A no arrojarme de la patria amada  
 Gente caldea, que tributo humilde  
 Rinde ante el sol. Por su fulgor guiados  
 Marchando al Occidente, ellos quisieron  
 Ver el último límite del orbe;  
 El mar en Finisterre les detiene,  
 Y crueles me echaron  
 De allí y al sol un ara levantaron. »

Dice, y un mar de llanto el labio puro  
 Cierra de la doncella; á darle amparo  
 Vuelan Galacte y Luso: — Yo te juro,  
 O no merezco ser de Alcides claro  
 Hijo, volverte al trono que perdiste —  
 Dice el primero y se despide triste

De Alcides con abrazo cariñoso,  
 Y cual lanzada flecha con ligera  
 Planta sigue á la estrella que á dichoso  
 Cielo le guía en que el amor le espera,  
 Y á Finisterre va, do heróico y fuerte  
 Al rey usurpador venza y dé muerte.

Cual árbol que en la umbría se derrumba  
 Cae sobre él, destrúyelo y eleva

Famosa torre encima de su tumba,  
 Donde en la noche un faro al sol releva,  
 Velando con sus luces tutelares,  
 Cual pupila de Dios, tierras y mares.

Allí de amigas olas al arrullo  
 Labraron cual palomas amorosas  
 Su dulce nido: con fundado orgullo  
 Galicia y la mayor de sus famosas  
 Ciudades de los dos nombre llevaron,  
 Y su tierra y rebaños heredaron.

La mar donde Coruña mira impresa  
 Su altanera beldad, nacer á Elcano  
 Verá que ha de dar término á la empresa  
 De seguir á través del Oceano  
 Al sol, y dirá entonce el orbe entero:  
 — En circundarme tú fuiste el primero.

Y Luso ¿ á dónde fué? Guadiana y Duero  
 Pasar le vieron en ligera nave,  
 Con hombres de aire intrépido y guerrero;  
 Si halló trono ó sepulcro no se sabe,  
 Quédale sólo su recuerdo á Hispania  
 En la recién nacida Lusitania.

Cae uno al pié de un árbol que florece  
 Junto á la orilla del Palancia umbrío,  
 Y juzgan que el cansancio le adormece;  
 Al despertarle, como mármol frío  
 Hállanle, y ven que de su cuerpo ingente  
 Se desata mortífera serpiente.

El apacible valle que Zacinto  
 Con noble sangre de sus venas moja  
 Y héroes mil luégo, alzarse en ella tinto  
 Verá un palmar de inmarcesible hoja;  
 El palmar de Sagunto, al cual España  
 Con dulce llanto agradecida baña.

Y, cual cepa á quien hoz corva y luciente  
 De los primeros vástagos desnuda,  
 Alcides llora; mas al día siguiente  
 Cuando á la hermosa aurora el sol saluda,  
 Suena allá, mar adentro, dulce canto  
 Que responde á su pena y á su llanto.

Tú, ¡oh Mallorca! decir sólo podrías  
 Si ese canto era tuyo ó de sirena;  
 Mas aquellas lejanas armonías  
 Vinieron de la playa, do serena  
 Dormitas, por las olas, cual amada  
 Hija del corazon, balanceada.

## BALADA DE MALLORCA

Del mar en la orilla donde Mongó vela,  
 La frente en las nubes, los piés en las olas,  
 Su ánfora una vírgen llenaba en la fuente,  
 Viéndose en las ondas.

Su pié nacarado resbala en el musgo  
 Y el ánfora rueda por mil trozos rota;  
 Del llanto que vierte, la mar, que era dulce,  
 Amarga se torna.

Que el agua cogida cristal era y perlas,  
 Cual pocas los lirios fragantes adornan.  
 No es mucho si, viendo rodar los pedazos  
 Del ánfora, llora.

La mar se conduele, los toma en su falda;  
 Para allí plantarlas, pide á Mayo rosas,  
 Valencia, á tus huertas verdor de esmeralda,  
 A tu cielo alfombra.

Les da para cuna la concha de Vénus  
 Que el céfiro mece por tarde y aurora,  
 Y ya son jardines los tiestos que el alba  
 De rosas corona.



Con flores de Arabia los viste y perfuma;  
 Con palmas de Libia, con aves de Europa  
 Alegra sus playas, que más ancha faja  
 A la espuma roban.

Tres eran los tiestos, tres fueron las islas,  
 Y del sol al verlas amadas ahora  
 Las llama á sus brazos por hijas la tierra  
 Y el mar no las torna.

Al escuchar tan mágica armonía  
 Desde el florido Turia, ya Baleo  
 La veloz nave hácia Mallorca guía,  
 De honderos patria. El héroe del Egeo  
 Llorara otro hijo muerto, si ligera  
 Nube de piedras contra aquel viniera.

Mas él tañe las cuerdas de una lira  
 Desde su barca; de las manos caen  
 Hondas y piedras; truécase la ira  
 En amor, y aclamándole le traen,  
 Sobre sus férreos brazos por asiento,  
 A un *claper*, de gigantes monumento.

De un florido palmar en la espesura  
 Descuellan doce piedras colosales,  
 Del ara inmensa alzadas á la altura;  
 Semejan á soldados inmortales  
 De roca, que en silencio se alinean  
 Y á su adalid en círculo rodean.

Allí de hojas y flores le coronan,  
 Y doncellas y jóvenes ligeros

Danzando en torno van, miéntras entonan  
 Canto de bienvenida los guerreros,  
 Y cetro de marfil dánle en ofrenda,  
 Cual de lealtad y vasallaje en prenda.

Sardo, que junto á él remando viene,  
 La quilla al Este rápido endereza.  
 ¡Oh Cerdeña! tus sierras, do perene  
 Raudal brota de aurífera riqueza,  
 Conservarán su nombre celebrado  
 En vez de letras con *nurhags* grabado.

Alcides sigue y á Barcino dando  
 Del mar el cetro, asiéntala en la falda  
 De Monjuich, gigante que velando  
 Con cien tronantes bocas á su espalda,  
 Ahuyenta al enemigo, miéntras ella  
 En las olas del mar se ve tan bella.

Piedra á sus muros la montaña ofrece,  
 Que arrancan en sillares, y si queda  
 Sin base alguno de éstos, se estremece,  
 Cae dando tumbos, por la falda rueda,  
 Y tilos troncha, y álamos arrasa  
 Por donde quiera que rodando pasa.

Y Alcides para dar digna corona  
 A su obra, un verjel sobre pilares  
 Plantó en tu centro, hermosa Barcelona,  
 Junto al Táber. Sus ruinas seculares  
 Llevan escrito aún sobre la frente  
 De *Paraíso* el nombre sonriente.

Cuentan que al declinar de una sombría  
 Tarde tempestuosa, oyó el acento  
 Que sublime terror causóle un día.  
 Mas no ya pavoroso cual violento  
 Trueno; mas dulce, plácido, callado,  
 Cual suspiro de un pecho enamorado:

« Yo soy quien te llevaba  
 Del brazo como infante;  
 Yo soy quien te guiaba  
 Cual maza fulminante  
 Contra la reina impúdica,  
 La occidental Babel.

Yo soy quien la encendiera  
 Del rayo con la lumbre  
 Cuando intentó altanera  
 Tregar la muchedumbre,  
 De nube en nube alzándose,  
 Del cielo hasta el dintel.

Yo soy quien sus volcanes  
 Del mar lanzó al abismo;  
 Quien mónstruos y titanes,  
 En hondo cataclismo,  
 Bajo tus plantas ágiles  
 Por escabel tendí.

Quien mundos borra y crea;  
 Lo que en tu mano un día  
 La clava gigantea,  
 Tal fuiste tú en la mía,  
 La clava con que al réprobo  
 Linaje muerte dí. »

Oyelo el héroe y siente deslizarse  
 De entre sus dedos la ferrada, helarse  
 Faltos de fuerza y titilar sus huesos;  
 Arbol añoso que corteza y ramas  
 Siente caer del céfiro á los besos  
 Que ántes le hicieron florecer. Ya rota  
 De sus grandes hazañas la cadena,  
 Aquel que á sus empresas en remota  
 Tierra encontrara dilatada escena,  
 Juró, de todo haciendo ofrenda pía,  
 Al mismo ser Eterno que ignoraba,  
 Que el alto Dios, que Túbal adoraba,  
 Tambien de su linaje el Dios sería.

Y fuélo; alzóse un templo en Gádes á su gloria  
 En cuyas ruinas duerme de Atlántida la mar,  
 Y allí con clava y restos guardaban su memoria  
 Del Dios desconocido bajo el sagrado altar.

No ostenta el templo imágenes, mas á la sacra llama  
 Que arde imperecedera con viva irradiacion,  
 Del héroe los trabajos se leen en áurea rama  
 De olivo, en que esmeraldas las verdes hojas son.

Cuando el celeste Olivo dió flor en el Calvario,  
 De hinojos aquel templo ante su Dios cayó;  
 Que por altar quería la tierra, y por sagrario  
 Tu corazon, oh patria dulcísima, eligió.

Y ántes que al Dios que adoras te arrancarán tus sierras,  
 España, que mas honda raíz Él tiene aquí;  
 Podrán tus ríos secarse, venir al mar tus tierras;  
 Jamás, Sol que no muere, velarse Él para tí!

Mas Hércules, del Bétis tornando á los verjeles,  
De Hispális los cimientos fundar quiso á la vez;  
Dióle por cortinajes rosales y laureles  
Y olas en que reflejan cien torres su esbeltez.

Allí á sus hijos, prendas del porvenir, adiestra  
Las armas en los duros combates á esgrimir,  
Cual águila sus tiernos polluelos amaestra,  
Hasta el zenit las alas haciéndoles batir.

De Céres con el arte nació la astronomía,  
Retoño de aquel árbol que en Occidente hundió;  
Y relevando á Atlas, fué entónces cuando un día  
Del firmamento el peso su espalda sustentó.

Luégo al sentir la muerte que le tendia los brazos,  
Columnas dos, con cerros y peñas alza ya;  
Y escribe con la clava que al mar, hechos pedazos,  
Los reinos criminales lanzó: ¡NO MAS ALLÁ!

## CONCLUSION

A las palabras del anciano siente el genovés nacer un mundo nuevo en su fantasía. El buen anciano le alienta con oportunas razones. — Oferta de Colon á Génova, Venecia y Portugal. — El sueño de Isabel. — Con el valor de las joyas de la Reina, Colón compra naves. — El anacoreta, desde el promontorio, le mira volar á la más grande de las empresas y se extasía ante la futura grandeza de su patria.

Dió fin el buen anciano á aquella historia,  
Y cual durmiendo el sueño de la gloria  
Nada responde el hijo de la mar;  
Es que envuelto en las nieblas del misterio  
Entre arrebol y luz de otro hemisferio  
Siente un mundo en su mente navegar.

Detrás del continente sepultado  
La vírgen de su amor ha vislumbrado,  
Cual tras un puente la ciudad gentil,  
Cual detrás de ese cielo, otros mas bellos,  
Cual el trono de Dios, tras los destellos  
De luminares y de estrellas mil.

Vuelto al sol que entre niebla purpurina,  
Como huyendo el ser visto, ya declina,  
Los brazos alza y grita: — Astro inmortal,  
Aguarda; el curso rápido modera,  
Que anhelo, yendo en pos de tu carrera,  
¡Fiat! decir al cáos occidental.



Y en éxtasis exclama: — « Coronada  
De astros gira la tierra; á la alborada  
El muerto sol veremos renacer;  
Si su carro de luz que el orbe dora  
No alumbra otro país hasta la aurora,  
¿ Qué va, decidme, en Occidente á hacer ?

» La mar que á vuestros piés dormita y sueña,  
¿ No os trae de ignotas playas la halagüeña  
Música ? ¿ No os arrastra embriagador  
Su perfume, y suspiros de sirena,  
Que busca de otros brazos la cadena,  
Sintiendo herido el corazón de amor ? »

El sabio entónces con solemne acento  
Expone la verdad, que en carcomiento  
Pergamino entre mitos espigó:  
De Plinio y Estrabon brillantes plagios  
Hace, y aduce sueños y presagios,  
Que en los libros de Séneca encontró.

Cuenta que vió entre rocas, cual marinos  
Despojos, troncos de gigantes pinos,  
De forma extraña, nueva y singular,  
Y haber las turbias olas arrastrado  
Cadáveres de rostro bronceado  
Que revelan secretos de la mar.

Y abrazándole dice: — ¿ Tú vendrías  
Tal vez á unir, paloma de Isaías,  
Los extremos del orbe cual mantel ?  
Vé, enviado de Dios; quien por librate  
Del mar, te diera un leño, sabrá darte  
Naves para sacar un mundo de él.

— Las tendré, dice él; mi planta osada,  
Para alcanzar la perla mas preciada  
De Neptuno, los mares cruzará.  
Despierta, humanidad; mira á tu Eva  
Que del florido tálamo se eleva;  
¡ Vuela hácia ella, Adán del orbe, ya !

Y cual astro impulsado por divina  
Mano, á Génova hermosa se encamina,  
A quien del nuevo Eden las llaves trae;  
Mas ella, nao sin mástil, no se atreve  
A izar su vela al aura que la eleve  
A mas altura que de donde cae.

Abandonando á Génova, convierte  
Los ojos á Venecia, que aun es fuerte  
Para un mundo en sus hombros sostener;  
Mas avezada al ruido de la guerra,  
Oye el designio de ensanchar la tierra  
Cual lengua que no puede comprender.

¡ Ay ! de su Dux no es ya la mar esposa,  
Que de mano mas pura y mas hermosa  
El anillo nupcial recibirá.  
— A Iberia vuelvo — el genovés exclama,  
Y entra en Lisboa, cuando á Libia Gama,  
Para ceñirla, se encamina ya.

A Juan Segundo acude, mas su gloria  
Éste usurparle quiere; é ilusoria  
Viendo el marino su esperanza allí,  
De sus ensueños por el cielo vuela  
En busca de una estrella, y, oh Isabela,  
Reina inmortal de España, te halla á tí.

Sola pesaste tú su empresa osada,  
 Mediste la extension de su mirada;  
 Y en tu rostro la luz del suyo él ve,  
 Cuando exclama á tus plantas:— ¡Gran señora,  
 Dadme naves, si os place, y á su hora  
 Con un mundo á remolque las traeré.

## SUEÑO DE ISABEL.

Ella la mano hácia la sien llevando  
 Cual ángel sonriente,  
 Vuelve los dulces ojos á Fernando  
 Y dice gentilmente:

— « Blanca paloma al clarear la aurora  
 Soñando divisé;  
 ¡ Ay! sueña aún el corazon ahora  
 Que el sueño verdad fué.

Soñaba que ante mí la Alhambra abría  
 Su seno, nido hermoso  
 De perlas orientales y armonía,  
 Bajo cielo radioso.

Volando las huríes suspiraban  
 Fuera del bello haren,  
 Cuando en él los cantares escuchaban  
 De ángeles del Eden.

Bordaba yo, del mármol imitando,  
 Manto de rica seda,  
 Cuando contemplo un pájaro triscando  
 En la verde arboleda.

Saltando al musgo me saluda el ave  
 Con trino lisonjero;  
 Era dulce su voz, dulce y suave  
 Cual la flor del romero.

La ví, por su cantar embelesada,  
 Coger mi anillo de oro,  
 Mi anillo sin igual de desposada,  
 Joya del arte moro.

— Pájaro de alas blancas, por quien amo,  
 Le dije yo, te pido  
 No pierdas al saltar de ramo en ramo  
 Mi tesoro querido.

Tiende al aire las alas rutilantes;  
 Síguele el pecho ansioso;  
 ¡ Ay! mi anillito el de los cien cambiantes  
 Nunca fué tan hermoso.

Tierra afuera le sigo, tierra afuera  
 Hasta el linde del mar;  
 Cuando estuve del mar en la ribera  
 ¡ Ay! sentéme á llorar.

De vista le perdí: ¡ cuál despedía  
 Torrentes de luz bella!  
 Cual la que al alba al ocultarse envía  
 La matutina estrella.

Cuando dejó en las ondas ponentinas  
 El anillo caer,  
 Ví cual grupos de sílfides y ondinas  
 Islas en flor nacer.

Cual verdes esmeraldas, sus confines  
 Al sol resplandecían,  
 Breve cielo que hicieran serafines  
 Las islas parecían.

Él, guirnaldas tejiendo, al par entona  
 Cánticos de alborozo.  
 Cuando humilde con ellas me corona  
 Ya me despierta el gozo.

Esa hermosa paloma es la que vemos  
 Mensajera de Dios,  
 Caro esposo, y la India encontraremos  
 Siguiendo de ella en pos.

Hé aquí, Colon, mis joyas, naves ellas  
 Aladas ya te den;  
 Que yo con lirios y violetas bellas  
 Adornaré mi sien. »

Dice; anillos y arracadas  
 Caen de sus manos nevadas  
 Cual perlas de un cielo, y él  
 Ríe y llora de alegría;  
 Y en acordada armonía  
 Perlas de mayor valía  
 Ve en los ojos de Isabel.

Entra en la Alhambra el sol; la sala dora,  
 Que topacio, zafir y oro decora;  
 Y cuando con fantástico fulgor  
 En refraccion deshecho el aire tiñe,  
 Aureola de gloria á los tres ciñe,  
 Sombra de los electos del Señor.



Halla Colon navíos, y animoso  
 Afrontando el Océano *tenebroso*,  
 Loco el vulgo le llama. ¡Loco! y es,  
 Oh humanidad, el genio que te guía  
 Al prometido suelo, cual un día  
 Por entre el Rojo mar te guió Moisés.

Desde alta cumbre el sabio lo ve, y siente  
 Vibrar, cual lira, el pecho; sonriente  
 De España al Ángel ve, que cubrió ayer  
 Con áureas alas las comarcas bellas  
 De Granada, extenderlas y con ellas  
 Su manto el orbe dilatado hacer.

Ve alzarse al lado del hispano imperio  
 La Santa Cruz en un nuevo hemisferio,  
 Y al orbe hermosas flores producir.  
 Y encarnándose en él celeste ciencia,  
 Dice á quien se sublima en su presencia:  
 ¡Vuela Colon... ya puedo yo morir!

## NOTAS

### CANTO I

Por eso en ti los griegos á Pluto colocaron. (Pág. 10.)

Posidonio dice que Pluton, Dios de las riquezas, habitaba bajo las tierras de España.

Bordado con estrellas en el celeste tul. (Pág. 11.)

Las siete Pléyadas ó Atlántidas nombradas así por Virgilio en el primer libro de las Geórgicas: *Ante tibi Edae Atlantides abscondantur*. Por otro nombre son llamadas las *Cabrillas*, que forman con las Hiadas parte de la constelacion del Tauro, y están á sus espaldas.

Cumbre de Esterri aun trémula lo guarda. (Pág. 13.)

Cuenta una tradicion montañesa, que la maza lanzada por Roldan á los moros desde un pico de los Pirineos, fué á caer no muy léjos de San Juan del Erm en Esterri, hundiéndose hasta la mitad del mango en medio de la plaza, donde se ve todavía una piedra ferruginosa, que da motivo para muchos juegos á los que van allí el 11 de Octubre, pues á los que no la han visto les parece trabajo de poca monta levantar un mazo que fué lanzado desde tan léjos.

Gigantes salen contra el fuerte griego. (Pág. 15.)

Diodoro Sículo habla de esta batalla de Hércules con los gigantes de Provenza.

Dió á Portvendres... (Pág. 19.)

*Portvendres* de *Portus, Veneris*.

Del incendio voraz... (Pág. 19.)

Á causa de este gran incendio, los griegos llamaron á la montaña Pirineo, porque *pyr* en aquella lengua quiere decir fuego. (*Pujades*, libro II, cap. v.)

Nombre le dió á Conflent.... (Pág. 19.)

Fundidas con el calor del fuego las ocultas y ricas minas de las entrañas de la tierra, corrieron por ésta ríos de oro, plata y otros metales. El sitio en donde fué más abundante la confluencia de estos metales, recibió el nombre de *Confluens*, al cual hoy decimos Conflent. (*Pujades*, id.)

Levante lacrimoso. (Pág. 19.)

Aquí viene como anillo al dedo el poético adagio, que la observacion ha inspirado á los montañeses de Cataluña:

Ponent te una filla  
casada á Llevant,  
quan ell la visita  
s' en torna plorant.

## CANTO II

*Los Columbretes.* (Pág. 22.)

Islotes que se alzan entre el Ebro y Valencia, algunas millas dentro del mar. He oído decir que llevan el nombre de Churruca, Valdés y otros héroes de Trafalgar.

Deja el alto Mongó... (Pág. 23.)

Montaña espadada que entra en el mar al lado allá del golfo de Valencia, hácia la isla de Formentera.

Y la cumbre que en dos tajó el acero  
De Roldan... (Pág. 23.)

Sierra muy conocida por los marineros, cerca de Benidorm. Segun la tradicion, despues de haber acuchillado el héroe francés á los moros, que le esperaban en la cumbre, descargó encima de ésta tan terrible golpe, que partiéndola en dos, lanzó uno de los trozos hasta el mar, donde todavía puede verse hecho una isla.

Que en costas de Marfil y Palma toma. (Pág. 26.)

Territorio de la orilla occidental de África, más acá de Fernando Póo.

Y Tangis, Casitérides, Mellaria. (Pág. 26.)

Segun D. Adolfo de Castro, estaba en el Estrecho, en el sitio que hoy ocupa Tarifa; segun otros, en Vejer de la miel.

Avanza y desarróllase deforme  
Dragon... (Pág. 29.)

Entre las muchas obras de arte que atestiguan la vida que en los siglos modernos ha tenido esta bellísima tradicion, es notable el tapiz que se acaba de exponer en el Museo de antigüedades de Barcelona, donde están representadas las Hespérides en el acto en que Hércules va á dar muerte al dragon y á robar las tentadoras naranjas de oro.

Mas ya Libia y Europa sometidas (Pág. 31.)

Tanto para justificar la idea primordial del presente poema (muestra de nuestro pobre ingenio literario), como para esclarecer este pasaje, el más importante de la historia de los Atlantes, transcribiremos lo que recuerda Platon en su Timeo:

«Un día en que se entretenía Solon conversando con los sacerdotes de Sais sobre la historia de los tiempos primitivos, díjole uno de ellos: « Oh Solon, Solon; vosotros los griegos seréis siempre niños; no hay ancianos en Grecia... Nuestros libros cuentan que Aténas destruyó á una poderosa armada, que, habiendo salido del Atlántico, invadía como un torrente á Europa y Asia. En esta Atlántida sabios reyes habían formado un grande y maravilloso imperio que dominaba toda aquella tierra y otras muchas islas, y además algunas comarcas del continente, apoderándose de todas desde la Libia hasta Egipto, y en Europa hasta Tirrenia. Un día reunidas todas sus fuerzas, acometieron la empresa de conquistar de una vez nuestro país, el vuestro y todos los pueblos de la parte del Estrecho. Entónces fué, oh Solon, cuando vuestra ciudad mostró su valor y poderío. Magnánima y hábil en las artes de la guerra, ella enardeció á los pueblos vecinos; sólo con los griegos, pues los demás aliados la habían abandonado, desafió los mayores peligros, triunfó de sus invasores, aumentó sus trofeos, rompió las cadenas de la esclavitud para todos los pueblos situados como nosotros más acá de las columnas de Hércules, y dió á todos la libertad. Pero sobrevinieron grandes lluvias y terremotos, y en un solo día y una sola noche fatal,

todos aquellos guerreros fueron tragados por la tierra abierta. La Atlántida desapareció, y ved aquí por qué todavía hoy no se puede recorrer y explorar aquella mar, encontrando la navegacion un escollo insuperable en el lodo fangoso que dejó la tierra al sumergirse.»

## CANTO III

De Haytí la tierra que mi pecho ama  
Rota en islas está... (Pág. 36.)

Segun la *Crónica de las Indias*, de Oviedo, los antiguos habitantes de Santo Domingo recordaban un diluvio, que explicaban de este infantil modo:

« Uno de los más poderosos caciques de la tierra dió la muerte á su hijo único, por el crimen de haber conspirado contra él. Recogió despues algunos de sus huesos, segun uso y costumbre del país, y los encerró en una caja vacía para conservar de este hecho perdurable recuerdo. La abrió un día para contemplar las tristes reliquias de su hijo, y se admiró de verla llena de agua y de peces grandes y chicos y de todas clases. Cerró la caja presuroso, y poniéndola encima de su cabaña, comenzó á publicar y manifestar su regocijo, porque tenía el mar y la pesca dentro de casa. Tanto y tanto ponderó su caja que aprovechándose un día de la salida del cacique, cuatro muchachos la bajaron, pero desgraciadamente desprendiéndose de sus tiernas manos, cayó á tierra y se rompió, y junto con un gran torrente salieron de ella saltadores delfines, tiburones y hasta las más formidables ballenas. El espantoso río creció, y saliendo de madre, formó el Océano, dejando al descubierto solamente las cimas de las montañas, que eran aquellas islas.

Los Zhemís eran divinidades medianeras entre Dios y el hombre; producían ruido entre las hojas de los árboles, hacían rodar y empujaban las olas de los ríos; su aliento movía la tempestad, y el rayo era lanzado por sus manos.

Los siguientes rasgos están sacados de una obra de Roisel, intitulada *Los Atlantes*.

« En tiempo de la conquista de Méjico, los insulares de las Antillas contaron á los españoles que todas aquellas islas habían formado un solo continente, pero que fueron súbitamente separadas. Segun las tradi-

ciones locales, el Yucatan estaba unido á Cuba; y decían los caribes que las rompientes de aquella mar eran formadas por un gran remolino de sus aguas. Los habitantes de California guardaban el mismo recuerdo, y los pueblos del Orinoco llaman á aquel desastre *cate-namonoa*, ó sea sumersion en el gran lago.»

Segun Diego Landa, los quixes ó habitantes de la América central cuentan la catástrofe de este modo: « Las aguas subieron entónces de nivel, sobrevino una grande inundacion que cubrió á todos sus habitantes. Todos quedaron anegados, y una neblina espesa bajó del cielo. La tierra se hundió y comenzó á caer una tenebrosa lluvia; llovió de día, llovió de noche; pasaban sobre sus cabezas los rayos. Entónces se veía á los hombres correr llenos de espanto y de desesperacion. Querían subir sobre sus casas, y las casas, desplomándose, les hacían caer á tierra; querían subir á los árboles, y los árboles los lanzaban léjos de sí impetuosamente; querían entrar en las cavernas, y las cavernas se hundían delante de ellos. Los antepasados de los quixes fueron testigos de aquel hecho, pues no habrían sabido imaginar una tan fiel explicacion de los fenómenos, que hubieron de acompañar á aquel terrible terremoto. »

Véase aquí otra tradicion, conservada segun M. de Froberville por los Amakona, pueblo africano, y que evidentemente se refiere á aquel cataclismo, triste recuerdo que tan profundamente debió grabarse en la memoria de todos los pueblos ribereños.

« Hace ya muchos años, el fondo del mar que separa hoy á la tierra de los negros de la de los blancos, era un país de maravillosa fertilidad. Se llamaba Kassipi. Había allí una pradera tan abundante en granos, que teniendo ya llenos y rebosando sus graneros, sembraron el trigo por los caminos, en vez de enviarlos á los pueblos próximos que habían tenido una cosecha muy escasa. Moloko, el buen Dios, se irritó al ver tan criminal indiferencia. « ¡Ay de vosotros! » dijo á los habitantes de Kassipi, y esta maldicion no tardó en cumplirse. Los demonios se precipitaron sobre el país; el corazon de sus moradores se endureció más áun, é hicieron compañía á los diablos, y pronto el mar invadió su territorio. »

« Si se examinan las Antillas, dice Buffon, comenzando por la de la Trinidad, que es la más meridional, no podrá dudarse que así aquella isla, como las de Tábago, Granada, las Granadinas, las de San Vicente, la Martinica, María Galante, la Deseada, Antigua y la Barbada, con todas sus adjuntas, forman una cordillera de montañas, cuya direccion es de Sur á Norte, como lo es la de Terranova y tierra de los Esquimales. Despues, la direccion de éstas cambia de Levante á Poniente,



desde la Barbada hasta Cuba. Todas están tan próximas unas á otras, que pueden considerarse como una faja de tierra continuada, y como partes alteradas de un continente sumergido.

## CANTO VII

Las Equinadas. (Pág. 76.)

Casi con las mismas palabras cuentan los mitólogos el nacimiento de aquellas islas, situadas á la embocadura del Aspropotamos (Aquelóo), y más conocidas hoy con el nombre de Curzolari. Entre ellas y la ciudad de Lepanto, se dió la gloriosa batalla de este nombre, en la cual, herido de muerte el islamismo, comenzó su larga y penosa agonía.

Lesbos. (Pág. 79.)

Segun testimonio de Reclus, se unieron en época no muy lejana las dos islas Isa y Antisa, formando la hermosa Lesbos.

Los lesbianos eran los mejores músicos de Grecia; esta isla encantadora fué madre de Safo y Terprandro, que puso á la lira siete cuerdas. En ella depositaron las olas la cabeza de Orfeo, que al llegar allí repitió con voz agonizante el nombre de su perdida Eurídice.

Mirada Lesbos sobre el mapa, parece tener alguna semejanza con el instrumento músico, cuyas armonías resonaron siglos y siglos en sus riberas.

Tempe. (Pág. 80.)

La tradicion, de acuerdo con la geología, refiere que en época muy remota el Peneo inundaba á la Tesalia, país de los centauros, y que un terremoto separó al Osa del Olimpo, abriendo al río paso hasta el mar.

Los mitólogos añadieron aquel hecho á las ya numerosas hazañas de su héroe, y sólo por referirse á esta tan hermosa y verdadera tradicion, he hecho hablar al Tempe entre las islas, licencia poética que ahora á mí mismo me parece imperdonable.

Que el grande río Océano rodea. (Pág. 83.)

Los primitivos griegos miraron á la tierra como un círculo plano, en rededor del cual corría el *gran río Océano*.

De tus hijas las rosas. (Pág. 83.)

Rhodas, del griego *rhódon*, rosa.

## CANTO VIII

El minhocao feroz... (Pág. 86.)

En Brasil, tierra probablemente vecina á la Atlántida, circulan historias terribles sobre este animal, revestidas de un carácter sobre toda ponderacion maravilloso. Habita, dicen, en las montañas meridionales de aquellas comarcas, y los que suponen haberlo visto, le atribuyen una longitud de 250 palmos y unos 25 de ancho, y añaden que va cubierto de huesos, como si fuese una coraza, y arranca los pinos como tallos de césped, y cambia el curso de los ríos á su gusto, convirtiendo los llanos en lagunas. M. Fritz Müller de Itajahy, acaba de dirigir una notable comunicacion al Zoologische Garten, dando cuenta de todo lo que ha podido recoger relativo á tan gigantesco animal, y parece que se inclina á creer que pueda ser un monstruoso pez del orden de los *lepidosirenos* ó del de los *cerátodos*. Otros autores lo creen un enorme descendiente de los clyptodontes.

Junto al cadáver, *drago* lloroso allí nació. (Pág. 90.)

« Tenía otrosí (Cádiz) un árbol llamado de Gerion, por causa que cortado algun ramo, destilaba como sangre cierto licor, tanto más rojo cuanto más cerca á la raíz cortaban el tallo. Su corteza era como de pino, los ramos encorvados hácia la tierra, las hojas largas un codo y anchas cuatro dedos; y no había más de uno de estos árboles y otro que brotó adelante cuando el primero se secó.» MARIANA, cap. xv San Isidoro habla tambien de este árbol en sus *Etimologías: Nascitur in ea (Cádiz) arbor similis palmae, cujus gummi vitrum ceranium gemmam reddit.*

El ejército fiero en pos de Anteo. (Pág. 93.)

*Anteo* quiso combatir con Hércules, pero éste dió con él en tierra tres veces, levantándose Anteo siempre con nuevas fuerzas al contacto de la Tierra, su madre. Dice la tradicion que habiendo Sertorio hecho abrir su sepulcro, encontró allí unos huesos descomunales.

## CANTO IX

Rompen boababs altivos... (Pág. 98.)

Con el nombre vulgar de *Baobab* se conoce á los colosos de la vegetacion que los botánicos nombran *Adansonia digitata*. Los negros tienen en grandísima veneracion á estos árboles, en cuyo tronco, que llega á adquirir un grosor tal, que quince hombres con los brazos extendidos no podrían rodearlo, sepultan á los músicos y poetas, creyendo que estando éstos en comunicacion con los genios, no deben ser enterrados. Hasta la edad de doscientos años no paran de crecer los baobabs. De las cavidades que el tiempo forma lentamente en su tronco, las hay que podrían guarecer ó contener hasta á 240 personas.

Con su raíz chocando las nubes arrogantes. (Pág. 99.)

Hesiodo describe en valientes versos la formidable agresion de los Titanes, hasta que heridos por el rayo son lanzados al infierno en un lago de fuego pestilente, situado en los últimos límites de la tierra, del cual no pueden salir, pues Neptuno lo rodeó con un gran muro, cerrándolo con puertas de bronce.

Mas ¡ay! ¿dó fué el Eliseo... (Pág. 103.)

Homero ponía aquella mansion de la felicidad en los límites ponentinos de la tierra, más acá de la gran mar que la rodea.

Pedazos de la escala por donde á las alturas (Pág. 104.)

Cuenta Herrera en sus Décadas, que en su tiempo duraba la memoria de una raza de gigantes exterminada por el cielo, á causa de su impiedad, en el mismo sitio que conserva el recuerdo de Pueblo Quemado; á una catástrofe semejante se hace referencia en la antigua historia de las islas Canarias, asegurando que en la cumbre del Teyde fueron encontrados huesos colosales, los que se suponía eran restos de hombres que en siglos remotos se habían rebelado contra Dios.

## CANTO X

*Es Hespero* que abre los ojos á la aurora. (Pág. 108.)

En la provincia de Cádiz, cerca del Guadalete, está la villa de Espera, que tiene por armas un castillo con una estrella coronada por esta sencilla leyenda: « Soy Espera, tan antigua como cualquiera. »

El mar en Finisterre los detiene. (Pág. 110.)

De un artículo sobre las antiguas tradiciones de Galicia, publicado hace algunos años en *El Museo universal*, por D. Ricardo Puente, copiamos lo que sigue, referente á aquella leyenda verdaderamente maravillosa:

« Los antiguos que adoraban al Sol, habían determinado seguirlo de Levante á Poniente. Caminaron desde las más lejanas montañas de Caldea, y arribaron á las costas que les parecieron los límites de la tierra. Allí vieron que no podían pasar más adelante, en seguimiento de su estimado ídolo, que se hundía en las aguas del Océano, y le erigieron un Ara que llamaron *Ara Solis*.

» La torre de Hércules de la Coruña, era un monumento que recordaba al mismo tiempo la historia de una conquista y de unos amores.

» Galacte, hijo de Hércules, la había hecho edificar despues que se apoderó de aquel territorio. Galicia tomó nombre de su nuevo rey Galacte, y Coruña de una doncella de quien se había enamorado el jóven conquistador. »

Su altanera beldad, nacer á Elcano  
verá... (Pág. 111.)

Cárlos I le hizo merced en premio de su atrevido y glorioso viaje, de que usase cuarteles alusivos á aquel en su escudo de armas, poniendo por cimera un globo con esta leyenda: *Primus me circumdedisti*.

El apacible valle que Zazinto (Pág. 112.)

Véase aquí cómo explica este pasaje el sencillísimo Beuter:

« Viniendo Hércules á Sagunto ó Murviedro, quiso ver aquella poblacion. Zazinto, caballero principal que lo seguía... poniéndose á dormir á la sombra de un árbol en la siesta, fué mordido de una culebra y murió. Hizo Hércules mucho dolor, enterrándole á la puerta del Norte



do está Sagunto, sobre una torre alta por memoria, que es hoy torre deHércules, y tiene unas tablas de enebro. Queda hoy en un camino que va de Murviedro á Almenara, entre la marina y el camino real, una piedra muy grande casi enterrada, y diz tiene la figura de *culebra*, y se dice *Camino de la Culebra*.

Ya Baleo... (Pág. 114.)

El nombre de *Baleares* que dieron los griegos á las islas de Mallorca, lo refiere Tito Livio, aunque impropriamente, á *Baleo*.

Descuellan doce piedras... (Pág. 114.)

«Unicamente en la menor de las islas los altares han podido atravesar los siglos; y si los *dólmenes* de aquellas regiones extranjeras (Armórica é Inglaterra) se componen de una piedra plana sobre tres ó cuatro verticales clavadas en el suelo, á los de Menorca, más osados, bástanles una roca levantada á manera de pedestal ó columna, y otra atravesada con admirable firmeza y equilibrio, y tres solos entre su gran número admiten doble ó triple apoyo. Variados en sus dimensiones, en lo cual tambien se asemejan á los armoricanos y británicos, unos alcanzan á cinco ó seis palmos en su pedestal y en la longitud de la piedra atravesada, otros sobre una roca vertical de 15 palmos de altura, 12 ó 13 de ancho y dos de grueso, sostienen una mesa larga de 10, ancha de siete ú ocho, y gruesa de tres ó cuatro, miéntras alguno descuella sobre los demás su pedestal de 21 palmos de elevacion, 12 de anchura y dos y medio de espesor, coronado de una peña plana, larga de 18. En torno de muchos, y con mayor ó menor diámetro, gira un círculo trazado con grandes piedras.» PIFERRER, *Recuerdos y bellezas de España*.

En el volúmen de Mallorca tambien puede verse la descripcion de los cláperes de los gigantes, demasiado extensa para trasladarla aquí

*Sardo* que junto á él remando viene (Pág. 115.)

Respecto á este personaje, dice Solin, cap. x, lo siguiente: «Sardo, hijo de Hércules, y Norax, hijo de Mercurio, habían salido uno de Libia, otro de Tarteso, ciudad de España, y llegaron hasta allí. Sardo dió su nombre á toda la isla, y Norax á la villa de Nora.»

San Isidoro, Orig., lib. XIV, cap. vi, cuenta que Sardo, hijo de Hércules, partió de Libia con una armada, ocupó la isla de Cerdeña, y le dió su nombre.

Da testimonio de la riqueza de Cerdeña este verso de un antiguo poeta:

*India ebore, argento Sardinia et Attica melle.*

De Paraiso el nombre... (Pág. 115.)

A propósito de esto, dice Carbonell, fol. 4 de su obra:

«Otros creen que fué un hermoso huerto ó verjel construído sobre ricas columnas en lo alto de la ciudad, y por esto tomó el nombre de *Paradis*, á causa de la amenidad y encantos del verjel..., al cual llegaba el agua por un acueducto que arrancaba del río Bétulo (que se dice Besós), y construído sobre pilares con arcos y bóvedas. Las ruinas y cimientos de esta obra, se descubren todavía por algunos sitios.»

Un templo á su memoria. (Pág. 117.)

«Era de arquitectura fenicia la fábrica del templo gaditano, de 700 piés de longitud; el techo sin bóvedas, de vigas tan fuertes sus enmaderados, que hasta el siglo de Aníbal existieron, sin necesidad de ser tocados para la firmeza del edificio; aspiraban á la incorruptibilidad, segun cantó Silio Itálico:

«En el frontispicio se ostentaban relevados los doce trabajos de Hércules. La divinidad del templo era invisible: ninguna imagen daba á conocer dentro de su recinto la figura del dios á quien se tributaban cultos. Los sacrificios de sangre humana jamás se admitieron en este templo; un fuego, nunca extinto por la incesante vigilancia del sacerdote, ardía en sus aras.

» El vestido de los sacerdotes era de lienzo blanco con toca de igual color y materia. La ropa que usaban éstos para las ceremonias del sacrificio, era blanca tambien, pero bordada de flores carmesíes. Cuando los sacerdotes ofrecían incienso al númen, iban sin ceñidor en la túnica, desnudos los piés, recogido el cabello. Permanecían en el estado de castidad los sacerdotes de Hércules; y así era vedado á las mujeres entrar en el templo.» CASTRO, *Historia de Cádiz*.

Calmet y el P. Alejandro, hablando de este famoso templo, dicen que se observaban allí innumerables vestigios de la religion hebrea, y ven gran semejanza entre muchos de sus ritos y ceremonias, y las que cita Moisés en los sagrados libros del Exodo, Levítico y Deuteronomio.

Dicen que el olivo de oro, que había allí, era presente del rey Pigmeleon, cuñado de Siqueo, pontífice del mismo templo.

Para confirmar y aclarar nuestra opinion respecto al dios que hubieron de adorar los primitivos españoles, trascribimos los siguientes párrafos de la obra de Carrasco, sobre mitología universal:

«Con razon se debe decir que los primitivos españoles tuvieron su culto originario ó indígena, distinto del importado por los celtas, tirios



ó fenicios, cartagineses, griegos y romanos. Eforo, hablando de España, dice que en su tiempo (338 años antes de Jesucristo) no había todavía templos de dioses en la Turdetania (*Andalucía*), y que en vez de éstos se hallaban piedras amontonadas de tres en tres, ó de cuatro en cuatro, y que no hacían sacrificios; tradicion general que estaba admitida entre los españoles. Segun Estrabon, los celtibéricos y los que habitaban los países comarcanos al Norte, adoraban un Dios sin nombre. San Agustín dice que los españoles por sus sabios y filósofos, adoraron un solo Dios, autor de lo criado... incorpóreo... incorruptible, nuestro principio y nuestro bien. Dupleix se expresa así: «... es una cosa admirable que estando todas las otras naciones del mundo sumergidas en la idolatría y en el culto de diversas divinidades, distintas, con nombres diferentes, los celtíberos adorasen á un Dios sin nombre; ellos se conformaban en esto con los principios de la verdadera Teología, la cual confiesa al Dios verdadero, inefable, y cree que ninguno es capaz de nombrarle ni dignamente, ni con propiedad...» Los Padres Mohedanos con referencia á San Epifanio, opinan que el barbarismo, que este santo extiende hasta el tiempo de Noé, duró en algunas naciones hasta la introduccion de la idolatría; citan á Bamir, que dice que algunos autores dividen las religiones de los primeros tiempos en sabeísmo y helenismo, la primera que fué la religion de los antiguos gentiles, la segunda de los griegos, y hablando de España, dicen: «... La religion de los españoles debió padecer tambien daño considerable con la venida de los fenicios. El conocimiento y culto de la divinidad era sin duda entre ellos muy imperfecto y confuso. Verosímilmente reinaba la secta que San Epifanio llama barbarismo ó el sabeísmo, que, segun otros, era la más antigua y comun entre los pueblos primitivos. Aunque no concedamos lo que pretenden algunos de nuestros modernos, que los antiguos españoles conservaron la tradicion y culto primitivo del Dios verdadero, ni extendamos á estos tiempos lo que dice San Agustín que algunos filósofos españoles conocían á un solo Dios, sin embargo, es preciso confesar que apenas nos quedan vestigios de la idolatría en España, ántes de la venida de los fenicios. Su culto y religion, si alguna tenían, no era tan abominable y supersticiosa como la de los pueblos de Oriente. No contentos con la idea interior de la divinidad, la procurarían hacer sensible con símbolos materiales que la representasen. Convirtieron despues estos símbolos ó imágenes en objetos absolutos del culto y adoracion. Reconocieron por divinidades al Cielo, el Sol, la Luna y los demás astros; esta parece la primera y más natural fuente de la idolatría. Tambien el amor de los padres á sus hijos, la veneracion de éstos á sus antepasados, la habilidad de los artífices para ha-

cer imágenes primorosas, fué causa de que las estatuas de los héroes y los retratos de familia se convirtieran en otros tantos dioses, hasta que en fin, una errada filosofía y una política artificiosa, multiplicó sin número las divinidades. Pero esto fué en las naciones cultas y donde florecían las ciencias y las artes. Mas en las incultas y bárbaras no se multiplicó tanto el número de las falsas divinidades. Su misma barbarie las preservó largo tiempo de esta desgracia. Su religion, á la verdad, era falsa, diminuta y más grosera que en los pueblos civilizados; pero al mismo tiempo, más sencilla, ménos absurda y no tan supersticiosa. Tal sería el estado de los españoles ántes de la venida de los fenicios...» Masdeu dice que se debe convenir que la religion revelada se introdujo en España juntamente con los primeros habitantes, y que se mantuvo constantemente por medio de la tradicion, hasta que los fenicios llevaron la muchedumbre de sus deidades. Segun Erro, los españoles, por el rito simplícísimo de aquellos tiempos, no conocían templos ni altares: unas piedras amontonadas eran las únicas aras que usaban y en que ofrecían al Señor las primicias de sus frutos; todo el mundo era para ellos templo de Dios; añade que los primeros templos que se vieron en España, fueron los de las colonias fenicias, que trajeron con sus costumbres la horrenda multitud de sus ridículos dioses, que no llegó sino con mucha dificultad á introducirse en algunas partes de la Celtiberia y jamás en otras muchas, ni en las provincias septentrionales, donde conservaron pura la primitiva religion, hasta la anunciacion del Evangelio.»

## CONCLUSION

De Plinio y Estrabon brillantes plagios. (Pág. 120.)

En el cap. III del lib. II de su *Historia natural*, dice Plinio que el mar circunda la tierra, y que su extension de Levante á Poniente es desde la India á Cádiz.

Estrabon en el lib. I de su *Cosmografía*, afirma que el mar rodea á la tierra, que por Levante baña toda la India y por Poniente la España y Mauritania, y que se podría navegar de uno á otro país á no impedirlo el Atlántico.

Que en los libros de Séneca encontró. (Pág. 120.)

Venient annis  
 Saecula seris, quibus Oceanus  
 Pateat tellus, Typhisque novos  
 Detegat orbis, nec sit terris  
 Ultima Thule.

Véase aquí la preciosa paráfrasis que de estos versos de la Medea hizo Colon en su libro de *Profectas*:

“Vernan los tardos años del mundo ciertos tiempos, en los cuales el mar Océano aflojará los atamientos de las cosas, y se abrirá una grande tierra; y un nuevo marinero, como aquel que fué guía de Jason, que hobo nombre Tiphis, descubrirá nuevo mundo; ya entónces no será la isla Thule la postrera de las tierras..”

FIN.

## INDICE

	PÁGINAS.
DEDICATORIA.....	V
ESTUDIO SOBRE <i>La Atlántida</i> .....	VII
PRÓLOGO DEL AUTOR DE <i>La Atlántida</i> .....	LVII
INTRODUCCION. — Encuéntranse en alta mar una nave genovesa y otra veneciana, y se acometen en batalla. — Sobreviene recio temporal, y un rayo vuela el polvorin de una de ellas que, rajándose, arrastra consigo á la otra á los abismos. — Soldados y marineros sumérgense en las aguas; tan sólo á duras penas se salva un jóven genovés, el cual abrazado á un trozo de mástil consigue arribar á tierra. — Un sabio anciano, que retirado del mundo vivía á orillas del mar, sale en recibimiento del naufrago; le guía á un rústico altar de la Virgen y seguidamente á su choza de rocas y ramaje, en donde le conforta. Algunos días despues, viendo al marino contemplar meditabundo aquellas aguas, le cuenta la antigua historia de ellas para distraerle del pasado naufragio.....	1
CANTO PRIMERO. — <i>El incendio de los Pirineos</i> . — Exposicion. — El Teide. — España naciente. — La voz del abismo. — Invocacion al Dios de las venganzas. — Declárase voraz incendio entre Rosas y Canigó, del cual son presa bosques y rebaños. — La maza de Roldan. — El incendio domina el Pirineo de uno á otro extremo. — Hércules, despues de batir á los gigantes de la Crau, se acerca y saca de entre las llamas á Pirene. — Cuéntale ésta que último vástago de la estirpe de Túbal y reina de España, acaba de ser destronada por Gerion, el cual, para cortarle mejor la retirada, viéndola huir al monte, ha pegado fuego á la maleza. — Muere Pirene, y Alcides le erige un mausoleo de rocas en la extremidad de la cordillera, alargándola hasta el mar. — Regueros de plata y oro que de los riscos descendieron á las llanuras. Conflent y Portvendres. — Baja el héroe hácia Monjuich, en donde se embarca, prometiendo fundar una gran ciudad al abrigo de aquellas sierras.....	7
CANTO SEGUNDO. — <i>El huerto de las Hespérides</i> . — Tarragona. — Las bocas del Ebro. — Los Columbretes. — Valencia y Mongó. — La cuchillada de Roldan. — El Muley-Hasen. — El héroe desembarca y Gerion, para deshacerse de él, háblale de la reina Hespéris y del retoño del naranjo que es fuerza le presente quien la pretenda por esposa. — Descripción de la Atlántida. — El huerto de las naranjas de oro. — Hércules, despues de dar muerte al dragon que custodia el naranjo, alcanza su rama cimera. — Las siete hermanas recuerdan llorando que al morir Atlas dióles como signo de las postrimerías de su patria la muerte del	



dragon. — Recuerdo de la triunfal expedición de los Atlantes al Oriente. — Su derrota. — Fatales auspicios de las Hespérides.....	22
CANTO TERCERO. — <i>Los Atlantes</i> . — Congréganse en el templo de Neptuno. — Razonamiento del caudillo. — Sus malos augurios. — Pregunta á los que vienen de remotos países qué nuevas traen á la asamblea. — Uno que llega de las comarcas de Poniente responde que un brazo de mar las ha medio anegado. — Otro, recién venido de Tule, deduce fatal pronóstico de las auroras boreales. — Entra súbitamente un Titan, que llega por la vía del Sur, y tembloroso aún, refiere haberse escapado de una espada de fuego que abrasó á sus compañeros. — Perciben á la sazón que un terremoto conmueve el templo, á la par que un rayo decapita la estatua triunfal de Neptuno. — Oyen el clamor de las Hespérides y convirtiendo en armas los árboles y las columnas del atrio, embisten á Hércules. — Gran combate.....	33
CANTO CUARTO. — <i>Gibraltar abierto</i> . — Impelido el héroe por fuerza sobrehumana vuelve las espaldas á sus enemigos. — Planta cerca de Gades el tallo del naranjo. — Sube al Calpe, monte que unía el África con Europa. — Al partirlo con su clava, advierte que el Angel exterminador es quien gobierna su brazo. — El Angel, airado, le muestra el combate de los elementos contra la gran víctima. — Prorrumpen en exclamaciones de venganza. — En el fondo de los cielos, el Omnipotente condena á la Atlántida á ser borrada del mundo y á éste desmenuzado en continentes. Hércules penetra, junto con el mar, en la tierra condenada.....	41
CANTO QUINTO. — <i>La catarata</i> . — Invocación al Genio del exterminio. — Gemidos de la tierra medio anegada. — Golpe de agua que por la brecha de Calpe se precipita. — Subversión de las olas con los despojos de la Atlántida. — Hércules á través de campos y marismas busca á Hespéris con un árbol encendido por antorcha. — Al verle venir despídese ella de sus hijas.....	50
CANTO SEXTO. — <i>Hesperis</i> . — Suben los Atlantes á lo alto de la sierra para levantar un edificio que les guarezca contra el nuevo diluvio. — Hespéris sale al encuentro del héroe. — Cuéntale sus amores y desposorios con Atlas, sus cuitas y su mala estrella. — Hércules la toma por esposa y á través de las olas, con ella en hombros, sigue el camino de Gádes. — Desfallecida, da el postrer adiós á los corderos y pájaros que fueron sus delicias. — Afánanse los Titanes elevando su obra. — A punto ya de coronarla, advierten la huida de su madre con el griego y, con los fragmentos del ciclópeo edificio que le arrojan, le impelen monte abajo. — Huye á grandes pasos por entre la nube de piedras y las alteradas aguas. Horribles visiones de Hespéris en la oscuridad. — El rayo enciende la ciudad de los Atlantes y ellos, guiados por su fulgor, casi dan alcance á Hércules.....	55
CANTO SÉPTIMO. — <i>Coro de islas griegas</i> . — Episodio: ensánchase el Estrecho de Gibraltar, y el mar Interior deja fluir más aceleradamente sus	

aguas, descubriendo nuevas islas y continentes. — Grecia al despertar. — Délos. — Las Cícladas. — Las Equinades. — Sicilia. — Lésbos. — El valle de Tempe. — Renacimiento. — Apoteosis de Hércules.....	72
CANTO OCTAVO. — Las aguas se enseñorean de las alturas, y se desposan para siempre las olas del mar del Norte con las del Sur, las de Occidente con las del Mediterráneo. — Aproxímase Hércules al muro de Gádes. — Gerion, después de tomar de sus hombros á Hesperis, derrumba sobre él una gran roca. — El héroe se levanta entre las olas, y da muerte al traidor. — Nace el árbol <i>drago</i> , que llora sangre junto á su sepulcro. Hespéris, desde la cima de un peñasco, envía tristísima despedida á la tierra que se hunde, y cae en fantaseador delirio. — Alcides, arribando al promontorio, mata al gigante Anteo, y, armado de su cadáver, acomete y extirpa la casta de las Arpias, Gorgonas y Estinfálidas.....	85
CANTO NOVENO. — <i>La torre de los Titanes</i> . — Medio destrozados por la marejada, trepan los Atlantes á una sierra no conmovida aún por las olas. Sin esperanza de arribar á Gádes, prueban, para evadirse del diluvio, á escalar el cielo. Al distar dos dedos tan sólo, la torre, hecha de sirtes y de trozos de montaña, viene á tierra, y entre horribles imprecaciones, arrojan contra Dios los escombros del derruido edificio. El Exterminador impele los elementos contra ellos, y con su tajante acaba de abrir el abismo de la Atlántida en la tierra. Húndense en él los Titanes, y de su sepulcro brota el volcan de Tenerife. Envaina el Angel su espada de fuego y remóntase á las nubes despidiéndose de los restantes continentes hasta el día del Juicio. Resuena en las alturas un cántico de gloria al Altísimo. El Angel de la Atlántida, al restituirse al cielo, entrega al Angel de España, que desciende, la corona de la que fué reina de los mundos. — La voz del Teyde. — Terremotos en las islas Atlánticas.	95
CANTO DÉCIMO. — <i>La nueva Hesperia</i> . — Digresión: el sabio anacoreta dirige los ojos á su patria. — Sueño de Hespéris. — Reconoce el ramo de naranjo plantado por Hércules. — Suspira por la tierra sumergida. — Renace en España el huerto de las naranjas de oro. — Las siete Hespéridas convertidas en astros. — El canto del cisne. — Héspero. — Los hijos de Hércules y de Hespéris. — La reina destronada. — Galicia y la torre de Hércules en la Coruña. — Elcano. — Lusitania. — Sagunto. — Balada de Mallorca. — Fundación de Barcelona. — La voz del Táber. — Híspalis. — El ignoto Dios y su templo en Gádes. — Hércules coloca por linderos de la tierra las columnas del <i>Non plus ultra</i> .....	105
CONCLUSION. — A las palabras del anciano siente el genovés nacer un mundo nuevo en su fantasía. El buen anciano le alienta con oportunas razones. — Oferta de Colon á Génova, Venecia y Portugal. — El sueño de Isabel. — Con el valor de las joyas de la Reina, Colon compra naves. El anacoreta, desde el promontorio, le mira volar á la más grande de las empresas y se extasía ante la futura grandeza de su patria.....	119
NOTAS.....	